

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

1º DE SEPTIEMBRE DE 1897

Nº 137

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIO Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGÓYEN & CA.

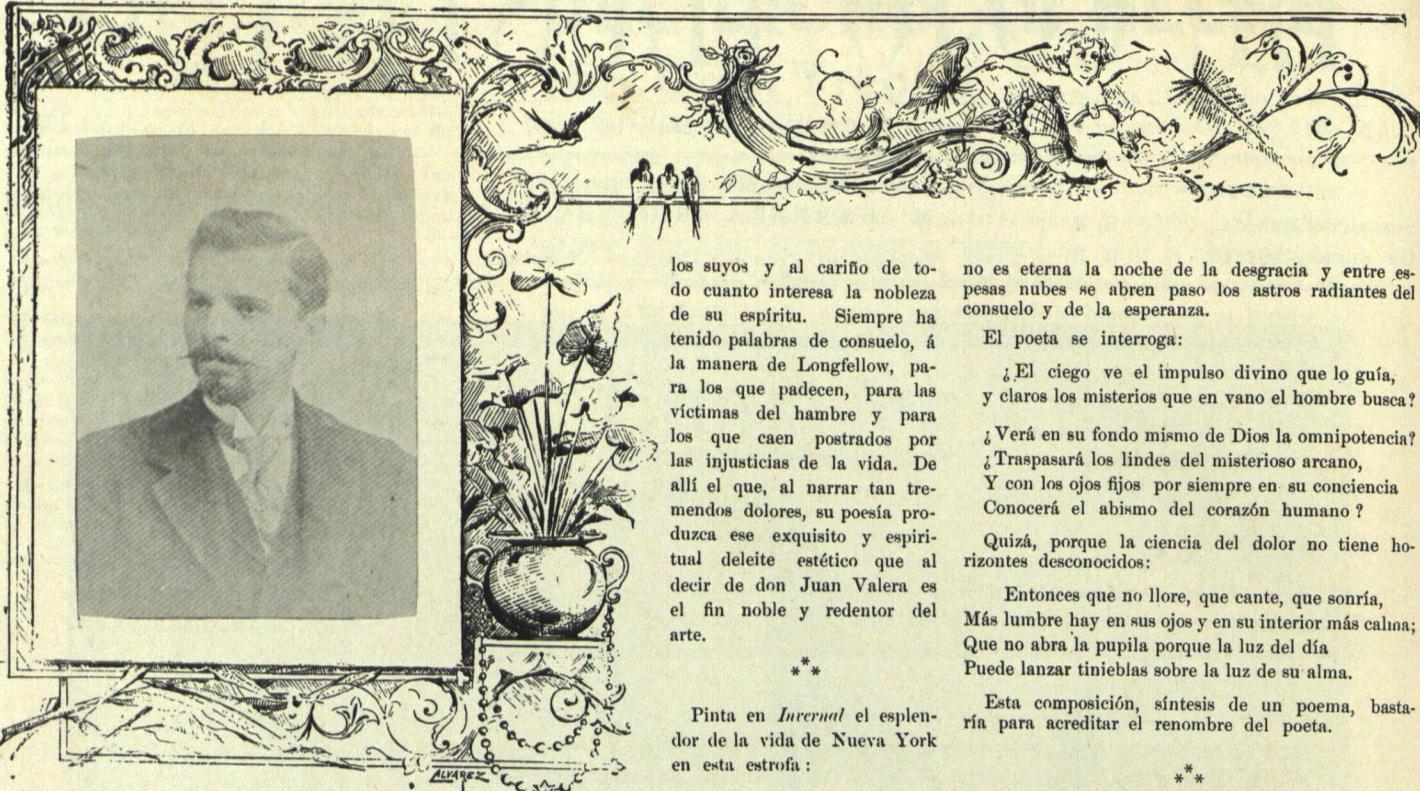
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

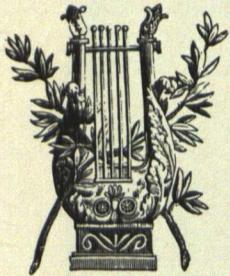
NO SE DEVUELVEN ORIGINALS





COLOMBIA

DIEGO URIBE



por completo los artificios con que la retórica da forma á las pasiones no sentidas interiormente; y con "la canción del cielo" consagran—según el valiente endecasílabo de Díaz Mirón:—

no su dolor, sino el dolor humano!

A esa estirpe de poetas, cuya aristocracia está á la altura del ideal altruista que informa su producción, pertenece Diego Uribe, quien nació en Bogotá el año de 1867 y goza hoy de alta reputación en la moderna lírica de su patria, sin que hayan concurrido á acentuar esa nombradía sus distinguidas prendas de carácter y su honorabilidad genealógica.

Desde niño se dedicó al comercio, al lado de su padre; y

no indigno sucesor de nombre ilustre

en la virtud, en la sociedad y en las rudas tareas dignificadoras, podemos decir—repetiendo otra feliz expresión de Moratín—que ese nombre comienza á "dilatarse famoso" el inspirado autor de *Selva*. El trabajo le ha dado posición independiente, y á tal ventaja debe poder consagrarse con entusiasta fervor al culto de las letras en medio de sus faenas.

Nuestro eximio Pérez Bonalde escribió muchas de sus obras entre el barullo de los negocios. También Uribe en su escritorio mercantil estudia, piensa, se ilustra, siente y crea. Fruto de su ingenio son esos versos delicados como su corazón, rebelde á las mezquinas pasiones, y abierto siempre al amor de

los suyos y al cariño de todo cuanto interesa la nobleza de su espíritu. Siempre ha tenido palabras de consuelo, á la manera de Longfellow, para los que padecen, para las víctimas del hambre y para los que caen postrados por las injusticias de la vida. De allí el que, al narrar tan tremendos dolores, su poesía produzca ese exquisito y espiritual deleite estético que al decir de don Juan Valera es el fin noble y redentor del arte.

**

Pinta en *Invernal* el esplendor de la vida de Nueva York en esta estrofa:

¡Qué lujosos cocheros y postillones,
¡Qué espesos los cristales y los postigos,
¡Qué profusión de plumas y de vellones,
¡Qué envueltas van las damas en sus abrigos!

Tanta magnificencia lo lleva á acordarse de los desdoreados de la fortuna en los angustiosos días de la estación implacable, y exclama, poseído de santa conmiseración:

¡Ay del que siente el hambre cual buitre interno,
Ay de aquel que consuelo busca en el río,
Ay de los que en harapos cogió el invierno,
Ay de los que en la calle mueren de frío!

Allí, como en la generalidad de sus composiciones, palpita la idea noble encarnada en sentimientos delicados.

La hoja seca que halla entre las páginas de un libro despierta en él:

sueños que há tiempo duermen,
y recuerdos, ora alegres, ora tristes:

los unos cual cadáveres que flotan,
los otros como pájaros que vuelan.

Ante esos recuerdos siente:

la profunda tristeza del que mira
caras tumbas abiertas;

pero goza viéndolos desfilar, uno á uno, en las intimidades de su memoria, porque:

.....fulgor de aurora
allá en su fondo llevan,
cual tras la lluvia el resplandor que dora
las brumas que se elevan.

A la hora del crepúsculo vespertino, "sentado en una loma" tañe un ciego "su guitarra amiga," canta sus penas; y mientras canta y solloza, el poeta se enjuga las lágrimas que siente rodar por sus párpados:

.....al ver aquellos ojos
para el placer dormidos, para el dolor despiertos!

No hay luz de sol ni claridades siderales para el ciego; "no hay más que sombra"; pero así como en el mundo físico

en las oscuras noches fulgulan las estrellas,
y el rayo que deslumbra brota de las negras entrañas de la tormenta, también en el mundo moral

no es eterna la noche de la desgracia y entre espesas nubes se abren paso los astros radiantes del consuelo y de la esperanza.

El poeta se interroga:

¿El ciego ve el impulso divino que lo guía,
y claros los misterios que en vano el hombre busca?

¿Verá en su fondo mismo de Dios la omnipotencia?
¿Trasparará los lindes del misterioso arcano,
Y con los ojos fijos por siempre en su conciencia
Conocerá el abismo del corazón humano?

Quizá, porque la ciencia del dolor no tiene horizontes desconocidos:

Entonces que no lllore, que cante, que sonría,
Más lumbre hay en sus ojos y en su interior más calma;
Que no abra la pupila porque la luz del día
Puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.

Esta composición, síntesis de un poema, basta para acreditar el renombre del poeta.

**

Los primeros versos de Diego Uribe corren insertos en el libro que con el título de *La Lira Nueva* publicaron en Bogotá varios jóvenes el año de 1885. El último de esos poetas, por la edad, era el futuro cantor de *Selva*. "A un árbol viejo" se intitulaba una de sus composiciones, y de todas las del volumen fue la que más llamó la atención de don Rafael Pombo, el poeta sabio y de inspiración vigorosa cuya autoridad será siempre respetada, á pesar de que sus obras de hoy se resienten de las de sus primeros tiempos de maestro.

Uribe fue aceptado luego como colaborador de los principales periódicos de la República, y especialmente de *El Heraldo*, que ornó sus páginas con el retrato del poeta y le consagró un estudio autorizado por Diego Mendoza, brillante escritor boyacense.

"*En el jardín Zoológico de París*" y "*En un día*," publicadas ambas en *EL COJO ILUSTRADO*, son poesías en las cuales se manifiesta el culto apasionado á la forma y el sello de la originalidad espontánea.

Su obra de más aliento es *Selva*, y está escrita en alejandrinos de rima grave, metro que maneja con natural facilidad. En este poema, cuya acción se desarrolla con amable sencillez, luce el autor sus facultades descriptivas y pone de relieve sus ideas filosóficas.

El poeta suspende su himno jocundo á la selva al ver que en ella encuentra:

la misma eterna guerra, la misma eterna lucha
en que se resuelve la vida del hombre.

Callé—dice—porque ví la tigre hirsuta:

.....que hambrienta y anhelante
cayó sobre la cierva en las tupidas hojas,
y así que hubo rasgado la carne palpitante,
bebió la sangre tibia de sus entrañas rojas.

Se oyeron en la selva lamentos y rugidos,
el suelo dejó tinto la víctima inocente,
cantaron impasibles las aves en sus nidos,
y el sol siguió tranquilo su marcha al occidente!

La profunda convicción de que el imperio del dolor se extiende en todos los dominios de la vida, no es causa que le desaliente, porque:

.....el dolor nos rasga la tenebrosa venda;
es el cincel que á golpes modela la escultura,
es aguijón que anima por la tortuosa senda,
y grito que nos hace mirar hacia la altura.

¿Tiene alguna esperanza la humanidad para ver tornada

en realidad su anhelo y en lumbre sus dolores?

El amor, dice el poeta:

Es rayo que del odio la sombra espesa y negra
Disipa y desvanece cuando en el alma brilla;
Es cántico celeste que la creación alegra,
Y faro que nos muestra la sosegada orilla.

Columna luminosa que á los viajeros guía,
Y puebla de belleza la senda solitaria,

Y trueca los lamentos en himnos de alegría,
Y trueca las blasfemias en mística plegaria.

Es astro que disipa la tempestuosa nube,
Paloma que nos lleva consoladora rama,
Escala misteriosa que hacia los cielos sube,
Y voz del infinito que á la criatura llama.

**

Uribe no ha tomado parte en las agitaciones estériles de la política, que fatigan y agotan á la larga los más preclaros ingenios en esta tormentosa vida de las Repúblicas hispano-americanas. ¡Cuán-

tos poetas se han malogrado al descender de la región serena del arte al infierno donde se agitan las pasiones banderizas!

Ha llevado siempre vida tranquila, pero ésta acaba de ser interrumpida por la muerte de su angelical compañera.

¿Tan rudo golpe robustecerá la redentora filosofía de su producción, ó lo llevará á beber en la fuente amarga del pesimismo?

Selva trae estos versos que recordamos al poeta:

las sombras tienen rayos, las penas esperanza,
el arrenal, oasis; las tempestades, puerto!



INSTITUTO DE BELLAS ARTES — CONSERVATORIO DE MUSICA Y DECLAMACIÓN

Clase de piano.—Profesora: Sra. Rosa de Basalo.—Inspectora: Sra. María Brito de Las Casas.—Auxiliar: Srita. Isabel O. Silva

EL ARPA MUDA

I

Ya la noche en el éter despliega
el triunfal pabellón de sus alas,
y en mudo silencio
suspiran las auras.

Y desciende á mi lóbrega alcoba
el tropel de las sombras calladas,
y cercan mi frente
los sueños del alma.

En el mundo letal del recuerdo,
entre nimbos de luz se levantan
las pálidas formas
de glorias pasadas.

Ah! son ellas!—las blancas visiones,
el enjambre de rubios fantasmas
que besan mis sienas
y arrullan mi almohada.

Ah! son ellas!—las blancas visiones
que iluminan la noche de mi alma,
y sueñan, y rien,
y alumbran, y cantan!.....

II

Sólo tú, sólo tú, virgen núbil
de apostura gentil y gallarda
me abandonas al hondo silencio
que llena mi alcoba
de sombras poblada.

Yo te busco en los átomos leves
de la bruma que bulle en mi estancia,
y en mi loco delirio no encuentro
siquiera la huella
de luz de tu planta.

Tengo miedo, ese miedo profundo
que despierta en el seno del alma
la visión funeral de esos sueños
que asaltan la mente
bañados en lágrimas.

Tengo frío, ese frío de nieve
que entumece, que hiela, que mata
cuando mira la mente alejarse
en rotos jirones
la azul esperanza.

¿Será acaso ilusión lo que anhelo?
¿Será acaso que tú no me amas?

¿Será acaso que sobre la tierra
no son una sola
tu alma y mi alma?.....

III

Virgen núbil de pálidas sienas,
de blondos cabellos
y formas gallardas:
¿ven á mí! y á tu sola presencia
brotarán en la alcoba sombría
los himnos del arpa.

Virgen núbil de labios rosados,
de rubias mejillas
y frente de escarcha,
¿ven á mí! y á compás volaremos
á cruzar la región de los mundos
de luz y de ansias.

Virgen núbil de olímpico talle,
de intensas pupilas
y nítidas alas:
¿ven á mí! yo conozco la ruta
que conduce al palacio en que cuelgan
sus nidos las hadas.

Virgen núbil de rostro nevado,
de senos turgentes
y cuello de garza:
¡ven á mí! yo sé un himno de fuego,
de suspiros, y risas, y notas,
y luz, y esperanza.
¡Ah! yo tengo un gran cetro de oro,
de ricos brillantes
y perlas de nácar:
¡ven á mí! ¡ven á mí, virgen núbil!
¡que el espléndido harem de mis sueños
también te reclama!.....

IV

¡Es en vano luchar!—La pupila
se agita nerviosa
y en la sombra fatal se dilata,

buscando en la bruma
las curvas divinas
que diseñan tus formas gallardas.
¡Es en vano luchar!—Ya clarean
los lindes lejanos
de la pálida azul lontananza;
y en himnos gigantes
de notas de fuego,
la alborada en los cielos estalla.
¡Es en vano luchar!—Ya la sombra,
en mudos tropeles,
abandona mi lóbrega estancia;
y vuelan con ella
las blancas visiones
que iluminan la noche de mi alma.
¡Es en vano luchar!—¡Ah, Dios mío!

¡por qué, si eres justo,
tu agría cólera en mí se desata;
y en hondas angustias
y densas tinieblas,
implacable mi espíritu arrastras?
¡Virgen núbil! ¡lo ves?—Entretanto
que brota en la tierra
el rumor del espléndido hosanna,
yo espero, yo dudo,
yo gimo, yo lloro,
¡y están mudas las cuerdas del arpa!.....

EDUARDO GREZ PADILLA.

Santiago de Chile.



INSTITUTO DE BELLAS ARTES. — CONSERVATORIO DE MUSICA Y DECLAMACIÓN
Clase de Canto. — Profesora: Srta. Budriesi.—Inspectora: Sra. María Brito de Las Casas.—Inspectora: Srta. María Irazábal

LAS TRES GRACIAS

De recatada violeta
Sobre las tupidas hojas,
Como joya que del manto
Se desprendió de la Aurora,

Gota de fresco rocío
Rueda, al caer temblorosa,
Y se esconde breve instante
Del follaje entre la sombra.

A poco el aire se impregna
De penetrantes aromas,
Y el sol con ardientes rayos
El recinto oscuro dora.

Y allí, como en dulce abrigo,
En caliz de flor preciosa,

Brilla reflejando el Cielo
En sus cristales la gota.

Y empapada de rocío
Luce la flor más hermosa,
Su belleza recatando
Entre las tupidas hojas.

Así virtud y modestia
Escudan al par la honra;
Que sin ella es la hermosura
Leve sombra de una sombra.

La que modestia y virtud
Con hermosura atesora,
Cuida siempre que las únas
Sirvan de escudo á la otra—

DIEGO JUGO-RAMIREZ.

Caracas—1897.

DEL NATURAL

Después de que miré brillar sus ojos,
Vi eclipsarse la luz de sus pupilas,
Veladas por quiméricos enojos;
Y dos lágrimas puras, intranquilas,
Cayeron al pañuelo, de sus ojos.

Al punto recogílas con el beso
Que en la tela mis labios estamparon;
Y fue de mi pasión tal el exceso,
Que las lágrimas tuyas se secaron
Al calor de mi alma y de mi beso.

RAFAEL LINARES BERNAL.

Agosto—1897.



INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES.—CONSERVATORIO DE MUSICA Y DECLAMACIÓN
Dirección, Junta Inspectorá, Cuerpo de Profesores y Alumnos del Instituto

OFRENDA

Diosa de sacro altar á quien invoca
El que os adora y con amor coloca
A vuestros pies su nombre y su ventura;
Permitid al poeta que os admira
Que rindiendo tributo á la hermosa-
ura
Deje también á vuestros pies su lira.

ANDRES A. MATA.

LIRA DE ORO

Á MANUEL PIMENTEL CORONEL

Tu canto es heroico
Y bello, como una amazona;
Perfuma la lira;
Es lluvia fragante de rosas;
Un cóndor, si vuela;
Si arrulla, una blanda paloma.
Tiberio, te infama;
Amor, á tus pies se deshoja.

Tú tramas, poeta,
Urdimbre de fúlgidas notas;
Y vistes la Musa
Con peplo de luz vaporosa,
Tejido con hebras
De cielo, y con rayos de aurora.

Y vése en tu canto,
Poeta de áureas estrofas,
Cuál vibra la Idea
Sus alas de plumas radiosas.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

MI RANCHO

A LA SEÑORA SOLITA DE BRAUN

Gallardo el continente, ceñido el limpio acero,
Bajo el capuz la lira que canta el ideal;
A la tallada reja llegaba el caballero
En las silentes noches del tiempo medioeval.

Sus cuitas, apoyado en la ojival ventana,
Contaba á la señora de la mansión feudal;
Y al bardo peregrino, la noble castellana
Brindábale solícita la lumbré de su hogar.

.....
.....
.....

Verdad que ya no existen alcázares feudales,
Ni apuestos caballeros que vibren el laud;
Que huyeron para siempre los tiempos señoriales
De la dorada espuela y el clásico capuz.

Pero hay un encantado palacio en miniatura,
Un parque delicioso, un RANCHO original,
Donde conserva intactas vuestra genial cultura
Las prácticas galantes del tiempo medioeval.

J. A. PEREZ CALVO.

MADRIGAL

Si Dios me permitiese, oh dulce anhelo !
Engarzar en la bóveda del cielo
Dos soles más, al punto engazaría
Tus ojos, vida mía.....

Y ¿por qué? me preguntas, insensata !.....
Porque así lo que intento alcanzaría:
Arrancarte los ojos por ingrata,
Y hacer más bello y luminoso el día !

JULIO FLOREZ.

(Colombia)

Como la vida es lucha
El fuerte en ella vence.
Pero al débil le queda
la victoria suprema de la muerte.

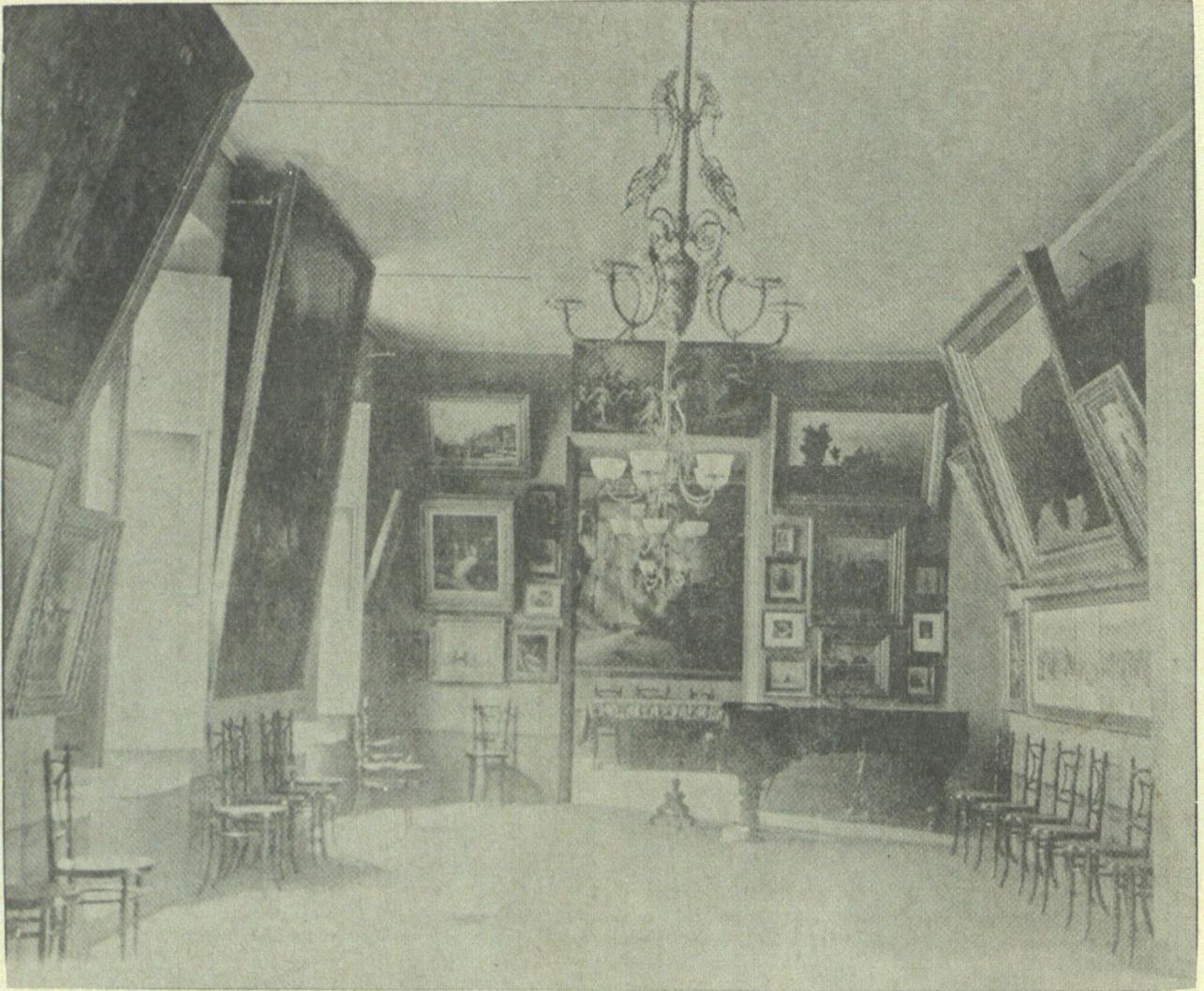
JOSÉ ECHEGARAY.

CONSEJO O LO QUE SEA

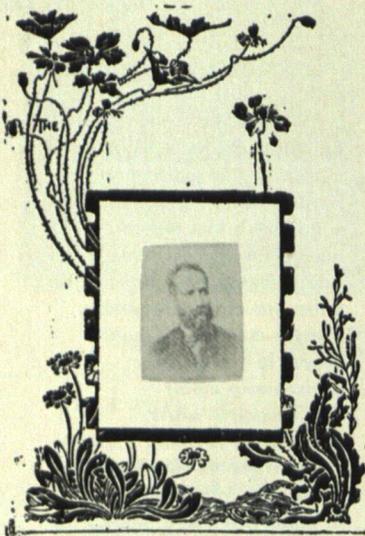
Te voy á dar un consejo
que aprendí, para mi daño,
un día en que me hice viejo
á causa de un desengaño:
si quieres á una mujer
quírela de tal manera
que la dejes de querer
antes que ella no te quiera.
Porque con esto de amar
ocurre lo que al reflexir:
es necesario matar
ó es necesario morir;
y el que no es tonto, prefiere,
siempre que de esto se trata,
al golpe de que se muere,
el golpe con que se mata;
porque al que mata lo encierran
pero lo indultan después;
y al que se muere..... ya ves,
al que se muere lo entierran.

Aquí tienes el consejo
que aprendí, para mi daño,
un día en que me hice viejo
á causa de un desengaño.

JOAQUÍN DICENTA.



INSTITUTO DE BELLAS ARTES. — Sala de Pintura y Sala de Exámenes del Conservatorio de Música y Declamación



UN SECRETO

La luz sonrosada de una lámpara, que casi desaparece bajo la pantalla que, á manera de vestido de cintas, encajes y flores la cubren, á penas si ilumina un suntuoso dormitorio, en el cual se encuentra un hombre todavía joven, acostado en el lecho, y una dama de peregrina hermosura, que se halla sentada cerca del velador.

—Puedes ir á descansar, Margarita, estoy mejor.

—No tengo sueño.

—Pero debes estar fatigada. Además, ese remedio, me ha hecho mucho bien: casi no siento el dolor, pero sí mucho sueño. Tal vez ese poderoso calmante produce tal efecto.

—Duerme, el sueño seguramente te hará mucho bien.

—Así lo espero; pero por eso mismo debes descansar.

—Y las fricciones?

—No te inquietes por ellas: llamaré cuando llegue la hora. Coloca ahí, cerca de mi mano, la copita con la bebida, que yo la tomaré al despertar.

—Bien, duerme, que cuando yo me sienta con sueño me retiraré.

El enfermo cambió de posición, arregló las almohadas, y luego volvió el rostro hacia el muro.

Momentos después cerró los ojos, y á poco, el ruido acompasado de una respiración tranquila, anunciaba que el enfermo dormía.

Margarita, que había tomado un libro, que por cierto no leía, miró el rostro de su marido por algunos instantes, luego se acercó como para oír mejor el ruido de la respiración del enfermo, y tornó á sentarse.

Pasaron muchos minutos, durante los cuales Margarita repetía la escena antes descrita, y volvía á su asiento revelando no estar tranquila del todo.

Por último, vuelve á oír, y como si ese examen ya la hubiese convencido de algo, su mirada se cambia de dulce en airada, en

su frente se delinea un pliegue siniestro, y sus labios se contraen y murmuran palabras que nadie oye.

Se acerca al velador, donde hay varios frascos rotulados: toma uno y vuelve el rostro hacia el lecho: después de un momento de vacilación, lo deja y toma otro.

Torna á mirar al enfermo, vuelve á manifestar fluctuación, y por último, vierte en la copita dos cucharadas del líquido que hay en el frasco.

Luego pone el remedio al alcance del enfermo, á quien contempla un instante con ansiedad, y de puntillas se aleja de allí, no antes de haber mermado un poco la luz de la lámpara.

Pasados algunos minutos, el enfermo entreabre las cortinas del lecho, mira hacia la puerta por donde salió Margarita, se incorpora; hace como si quisiera oír, y luego, salta del lecho, aumenta la luz de la lámpara, y va á observar los frascos de los remedios.

—No hay duda: ha vertido en la copita el líquido de este frasco que dice: *para uso externo*, líquido que ella sabe muy bien lo que es: un veneno activísimo.

—Es tan fácil una equivocación! Acontece eso tan á menudo! Los frascos son iguales y el color de los líquidos semejante.

—Luego, ¿quién había de culpar á la amantísima esposa?, añadió con amarga sonrisa.

El enfermo deja los frascos y va á sentarse pensativo en la cama.

—Y si no obstante todo lo que he observado, y si no obstante todo lo que ha hecho, fuese esta una equivocación! pensaba.



CARACAS: INSTITUTO DE BELLAS ARTES. — Sala de Dibujo

—Imposible! aquellas miradas, aquellas precauciones no engañan.

—Sin embargo, llevemos la prueba hasta el extremo, murmuró después de un momento. Y volvió el enfermo á acostarse; pero no antes de haber ocultado la copita con el remedio, la cual reemplazó con otra igual, que tomó de un aparadorcito, mueble primoroso colocado cerca del velador.

Después esperó que pasase una hora, durante la cual nada alteró el silencio. Luego llamó.

Sonó el timbre, y unos momentos más tarde se oyó ruido de pasos apresurados y luego el roce del vestido de Margarita.

Esta entra con paso vacilante, y con la ansiedad pintada en el rostro se acerca al lecho.

—¿Qué tienes, Fernando? murmura; y con una mirada recelosa examina la copita que está vacía en el velador.

El enfermo responde con una especie de gemido.

—Tomaste el remedio? Qué sientes? Necesitas algo?

Otro quejido fue la respuesta á esas interrogaciones.

—No hay duda, murmura Margarita; por fin.....

El enfermo, que observa hasta las menores impresiones que se revelan en la fisonomía de su esposa, á quien contempla con los ojos desmesuradamente abiertos, y como si estuviese aletargado, con un movimiento brusco, aparta el cobertor y se incorpora en el lecho, al oír la última frase de Margarita.

—Es necesario llamar al médico, dice entonces la joven sobrecogida.

—Sería inútil: mirad, y el enfermo muestre la copa: está vacía, vacía. No lo ves?

—Y qué, tartamudeó Margarita, temblando.

—Ese veneno es activísimo, tú lo sabías muy bien.

—Veneno! pero el remedio. Acaso tomaría yo un frasco por otro! Es preciso llamar al médico.

—Pero, entonces vendrá con el médico el juez de instrucción también, replicó Fernando, quien ya había abandonado el lecho y se vestía con aparente calma.

—Estoy perdida, murmuró la joven, y cayó anonadada en una poltrona, donde se cubrió el rostro con las manos.

—Haces bien en no procurar engañarme con una defensa imposible; haces bien en no añadir al crimen la hipocresía.

—Fernando, puedes creer? Acaso supones?...

—Silencio, añadió éste con voz firme, no me digas ni una palabra más, pues sería inútil, y peligroso para tí y tal vez para mí también, añadió con voz solemne.

Y tomando tranquilamente asiento al lado de Margarita, continuó:

—Cuando al regresar de mis viajes, te encontré huérfana y arruinada, te hice mi esposa y juré hacerte feliz, como tributo de gratitud á tu padre, quien fue para mí, amigo, hermano, padre, protector.

—Yo no era joven, es cierto, pero tampoco viejo, y confieso que, cuando aceptaste mi mano, no me forjé la ilusión de que me amases, pero sí esperé cautivar tu gratitud y que fueses buena.

—Nada omití para alcanzarlo, y á poco, tuviste la habilidad de hacerme comprender que lo había obtenido.

La joven permanecía en silencio; violentas crispaturas hacían estremecer su cuerpo.

—Un día, la casualidad, mejor dicho, la Providencia, vino á desengañarme.

—Estábamos en el campo: vine á la ciudad, y como no alcanzase, en la tarde, el tren para regresar, tuve que pasar la noche aquí.

—En la mañana siguiente, fastidiado de leer, salí de la biblioteca y entré en tu saloncito.

—No sé por qué me llamó la atención el ramillete de flores de porcelana que está adherido al fondo de uno de los muchos compartimientos de tu escritorio, y al pretender sacarlo, moví sin querer un resorte, en el cual había una especie de nicho secreto, en el cual había un retrato, un paquete de cartas y algunas flores marchitas.

—No había tenido tiempo sino para leer dos de aquellas cartas, que en seguida guardé, cuando creí escuchar ruido de pasos en la sala vecina. Sin mover el rostro, pude, por medio del espejo de tu precioso mueble, contemplar el semblante lívido con que tú, medio oculta tras las cortinas, observabas la profanación del santuario de tus amores criminales.

—Tuve el valor de lograr contener mis ímpetus, y resolví disimular. Coloqué sin leer las cartas en su puesto, hice como si no hubiese advertido el retrato de don Luis, nuestro amigo íntimo, y cerré el escritorio. Cuando volví el rostro, tú habías desaparecido ya.

—Resolví estudiar hasta dónde llegaba la depravación de tu alma. Poco después pude observar que mi disimulo no logró en-

gañarte. Sin duda, echaste de ver que faltaban dos cartas y adivinaste lo demás.

Margarita parecía cada vez más postrada: de vez en cuando dejaba escapar un gemido sordo.

—Hé ahí la explicación de mi enfermedad, de los dos remedios y del veneno de cuya eficacia tuviste conocimiento.

Y acercándose al aparador, toma la copita con el remedio y los dos frascos.

—Aquí, está el veneno que me serviste con mano segura, aquí las dos cartas: no falta sino el juez de instrucción, el jurado, y después.....

Un grito se dejó oír, y Margarita cayó de rodillas implorando perdón.

—Tranquilízate, eso no sucederá si accedes dócilmente á mis deseos. Vas á escribir la declaración que te dictaré, y luego, tomaremos el tren que sale dentro de una hora: te acompañaré hasta á bordo del vapor que ha de conducirte á Buenos Aires.

—Allí tengo un apoderado que cuidará de que nada te falte; pero te advierto que, ese frasco, esa copa con el veneno, las dos cartas y la declaración, irán á poder del juez el día que trates de abandonar aquel país.

—No te preocupes por el cómplice: antes que todo arreglé cuentas con él; y puedo asegurarte que no irá, no podrá ir á reunirse contigo en la hermosa ciudad de Buenos Aires. Hé ahí cuanto puedo hacer, no por tí, sino por tu padre.

Margarita escribió con docilidad cuanto su esposo quiso dictarle.

—Dispones de media hora para prepararte á partir. No tienes nada que objetar?

—Nada.

Una hora más tarde, Margarita y su esposo subían al carruaje que debía conducirlos á la estación.

JOSÉ MARÍA MANRIQUE.

EN UN TEMPLO

BAJO-RELIEVE

Este libro es un bosque en donde el canto de las aves celebra tu Belleza.

Yo, esas aves melódicas no espanto.

Soberbio en su tristeza, el buitro solitario, que aislado y sanguinario, en abrupto peñón de la alta sierra, soñando con la guerra, el ala negra bate, con heroicas nostalgias de combate, y enyo grito audaz tan sólo estalla fatídico y salvaje, cuando agita furioso su plumaje sobre el sangriento campo de batalla; no extenderá el ala ensangrentada, ni lanzará su lúgubre graznido, aquí, donde en idílica bandada, las aves carifosas han venido á cantar tu Belleza inmaculada.

Este libro es un Templo, en donde canta, un coro de creyentes tu Belleza.

Detengo ante él la planta. Inclino la cabeza. No voy al Ara Santa, ni nuevo Ozáa, extenderé mi mano, sacrilego y profano, á donde está la santidad del Arca.....

Incurable heresiarca, de extrañío culto y con ajenos dioses, no lanzaré mis voces, hechas para el rumor de la Blasfemia, aquí donde se premia la Fe de una alma pura con cantares.

Yo, peregrino adusto, no entraré á profanar tu Templo augusto, ni arderá en tus altares mi cirio de rebelde iconoclasta.

¡Oh, niña bella, y cuanto bella, casta!

El viajador obscuro que no ha querido que tu Fe se asombre, escribirá por fuera, sobre el muro del Templo blanco y puro, su perseguido nombre.

Y, ese nombre por tantos combatido, será en el Templo alzado á tu Pureza como un Bajo-relieve, allí esculpido, para probar á cuantos ha rendido el poder cegador de tu Belleza.

VARGAS VILA.



UN HOMBRE QUE SUDA SANGRE

(CRÓNICAS JUDICIALES)

Por los años de 1853 ó 1854 se agitó en los tribunales de Valencia un proceso criminal que revistió formas horribles y misteriosas á la vez, pues se trataba nada menos que de un hombre que había asesinado cruelmente á una infeliz mujer, por no haberse querido prestar á sus impuros deseos.

El reo fue bautizado al fin de los debates jurídicos con la siguiente frase: "El hombre que suda sangre."

Se llamaba Eusebio Ladera, y había consumado su crimen en estas terribles condiciones:

Eusebio era muy dado al amor y á los demás placeres que agitan fuertemente los sentidos. Bebía, bailaba, enamoraba y era muy amigo de pendencias.

Sin embargo, Eusebio era laborioso. Tenía su labranza, su burro y su rancho de paja donde vivía con su madre y dos hermanas, en las cercanías de Borburata.

Una tal Rosa, muchacha rústica también, pero con una cara como regalo de Dios y una gracia que traía atontados á los hombres de la comarca, le había trastornado la cabeza á Eusebio; y no había fiestas, ni parrandas, ni quemazones donde no estuviera Rosa, que á poco no apareciera Eusebio.

Llovían los galanteos en forma de proposiciones de futura vida, como es costumbre entre las gentes de nuestros campos, pero siempre Rosa respondía con esta frase: "lo impide el sacramento."

Rosa había llevado á recibir las aguas bautismales á un hijo natural de Eusebio, pero para éste la excusa era fútil, y crecía la impetuosidad de su pasión en razón directa de la resistencia de Rosa.

Una mañana que ésta se dirigía, acompañada de una tía vieja, de Borburata hacia Puerto Cabello, se encontró en el campo con Eusebio quién, desnudo de la cinta arriba, rozaba en su conuco. Ver á Rosa, saltar por sobre la empalizada y lanzarse al camino, todo fue ejecutado con rapidez.

—Mi vieja: nos podía dejar solos á mí y á Rosa, díjole Eusebio á la tía.

—¿Cómo ha de ser eso Eusebio? Es imposible.

—Pues si no lo hace por las buenas lo hará por las malas; y le descargó un fuerte planazo que hizo huir precipitadamente á la infeliz.

Rosa no se daba cuenta de lo que le acontecía. Estaba como petrificada, sin atinar á dar un paso en ninguna dirección.

—Vamos, Rosa: estamos solos y necesito tu última palabra.

Presa de un temblor, convulsivo la muchacha pudo sin embargo articular con claridad su acostumbrada frase:

—Lo impide el sacramento.

—¿De modo que no te prestas á mis ruegos?

—No puedo.

—¿Y si te hago fuerza?

—No puedo, volvió á repetir temblando.

No siguió adelante el diálogo porque Eusebio lo cortó rápidamente yéndose encima de Rosa, rodeándola la cintura y pretendiendo echarla á tierra; pero como la mujer que defiende su honra saca fuerzas del fondo de su propia debilidad, Rosa aceptó aquella lucha desigual, oponiendo al hombre que así la vilipendiaba una resistencia física tan robusta como había sido de constante en su *pernataz negativa*.

El forcejeo era terrible: no se oían voces sino crujir de miembros, rasgamientos de ropas, ruido de pisadas.

El hombre se había bestializado y bramaba: la mujer se había transformado en heroína y resistía.

Sublime lucha! Es la de la esposa del romano Colatino: es la muerte de Virginia, huyendo de la persecución libidinosa del Decenviro Apio Claudio.

Ciego de cólera Eusebio, pasó con la rapidez del relámpago del amor al odio, de la fuerza al crimen.

—Pues que ya no puedes ser mía, no lo serás de nadie dijo, y descargó terrible machetazo sobre aquella infeliz.

Rosa se le asía al cuello, salpicándole con su sangre y buscando desarmarlo; pero el bárbaro lograba retirarse y descargaba otro golpe de machete.

Así le dio hasta treinta machetazos; y cuando ya la vio postrada, exánime, mutilado aquel rostro que le había inspirado amor frenético y sin brillo aquellos ojos que antes hicieran sus delicias, pensó en huir pero ya era tarde.

La vieja tía había alborotado la comarca y apareció con el comisario del lugar y cuatro vecinos armados, que no llegaron á tiempo para evitar el asesinato, pero sí para reducir á prisión al asesino.

A la cárcel de Puerto Cabello fué á dar Eusebio, pero luego se le trasladó á la de Valencia, lugar de residencia del Tribunal de Provincia; competente para juzgar el delito.

Como además de la vindicta pública, que era menester desagrar, los deudos de Rosa estaban empeñados en el castigo del criminal; el juicio siguió con rapidez y Eusebio Ladera fue condenado á diez años de presidio cerrado; pero habiendo subido los autos á la superioridad, uno de los Ministros que componían la Corte Superior propuso, y sus otros dos colegas aceptaron, que se llevase el reo al Tribunal para ser interrogado.

Así se hizo, y la sesión fue por demás interesante.

Eusebio era presumido: vestía el traje de la gente rústica y llevaba camisa blanca, risada en las mangas y en la pechera.

Había muchos curiosos, entre ellos algunos de los deudos de Rosa.

Comienza el interrogatorio: el reo no niega, pero pretende, si no justificar, atenuar su conducta.

El Ministro de la justicia apura sus interrogaciones: sus palabras son vibrantes, su lógica es abrumadora. El reo no puede resistir ni á



ALUMNAS DEL COLEGIO DE SAN JOSÉ DE TARRES, QUE DIRIGEN EN CARACAS LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. — Fotografía de Esperón

la mirada ni á la palabra del juez; y cuando aparece más abatido surge del concurso de los asistentes esta frase terrible:

¡Suda sangre!

Todas las miradas se fijan, y efectivamente los rizos de la camisa de Eusebio aparecen teñidos en sangre.

—Está clamando justicia, dicen únos.

—La sangre lo delata y Dios pide la suya, exclaman ótros.

Aquel signo exterior que ofrecía el reo alarmó á todos, inclusive al respetable Tribunal, y el Presidente suspendió el interrogatorio para continuarlo á las doce del día de la próxima audiencia.

Al día siguiente estaban plenas de curiosos las salas y corredores del tribunal.

Comienza de nuevo la audiencia: repítense las preguntas: el Ministro ahonda con sus palabras de acero el antro del crimen; el reo se conturba y á poco se repiten las voces del día anterior:

—Suda sangre! suda sangre!

—Clama justicia!

—Pide condenación.

—Pues que mató, á morir!

Tilín . . . suena la campanilla, que pone término al acto: el reo es llevado de nuevo á su prisión seguido de gran muchedumbre. El Tribunal entra en conferencia y á poco confirma el fallo de primera instancia, no imponiendo la pena de muerte vigente entonces para algunos delitos comunes, por haber conceptuado al reo presa de enagenación mental en el acto de su crimen.

¿Sudaba en realidad sangre? El vulgo lo juraba así en aquellos días, pero el carcelero aclaró el sangriento misterio del modo siguiente:

Ladera estaba desnudo de la cinta arriba cuando mató á Rosa: la sangre de ésta le salpicó el cuerpo: preso en el acto del delito, no tuvo tiempo de lavarse, ni tampoco lo hizo en la cárcel al vestirse de limpio para ir al Tribunal: acosado por el interrogatorio, conmoviasele todo su sér: traspiraba por la porosidad del cuerpo y la sangre adherida á la epidermis se licuaba. De aquí el sudor de sangre. Poder de los misterios!

F. GONZALEZ GUINAN

Valencia, Venezuela.

VEGUERA

La encallecida mano ya no aporca
El tallo, de falanges empinadas,
En cuyo seno abulta la mazorca. —

De las últimas hojas, lanceoladas,
La vida en torno diligente riega
De polen volador nubes doradas. —

Junto á la troje la esperanza ruega ;—
En el amor abrevan las fatigas ;
Y del seno oloroso de la vega
Sube el himno triunfal de las espigas. —

*

Huelga la luz en las tupidas frondas ;—
El viento canta en el manglar sombrío
Y tiembla el junco entre las claras ondas. —

Junto al verde tablero del plantío
Mueven al sol sus cálices rosados
Las abiertas campánulas del río.

Y nunca por el hombre codiciados
En el verde jaral de los rastrosjos
Exhiben sus colores sazonados
Aureos racimos y mereyes rojos. —

*

En el declive de arenosa rampa,
Que lentamente el batatal estrecha,
Yergue su torre y su para! la trampa. —

Tiene para atraer miga deshecha ; —
Y desde el fondo oscuro del mogote
El ojo negro del gandul, acecha. —

Atenta al menor ruido, al menor frote,
Como quien teme peligrar cercano,
Con el ojo avisor y siempre al trote
La tímida perdiz atisba el grano.

*

Cuelgan bajo la nave del sendero
Parásitas de flores amarillas
Y gajos de cristal que da el uvero.

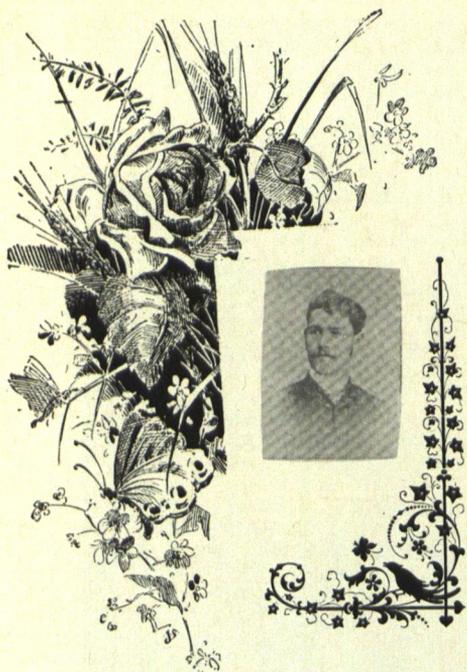
Saltan sobre los troncos las ardillas;
Domina el color verde en las feraces
Costas en que maduran las patillas.

Sobre la greda corren las torcaces;
Flota al viento la húmeda atarraya;
Y cae formando láminas fugaces
El humo del hogar sobre la playa!

F. LAZO MARTI.

Vida, inmenso torcedor,
cárcel obscura del hombre;
vida, sarcástico nombre
con que se llama el dolor;
lágrima que su amargor
jamás en dulzura trueca;
la dicha, mentira hueca
es luz que se tornasola.
Pero la muerte, ella sola
es el viento que te seca.

EMILIO FERRARI.



LUMBRERAS

Son tantas las notabilidades que cuenta en su seno la nueva generación, que á los que nos leen, y sobre todo á los que nos oyen, no les queda más camino que revestirse de paciencia, ó emigrar.

Yo presiento á las eminencias contemporáneas mías, las veo venir, y soy el primero en saludarlas alborozado.

Un joven de mediano talento escribe unos versos regulares, dos ó tres cronistas amigos suyos le recomiendan á la admiración del público, luego viene la fotografía en apoyo de aquella naciente reputación, y, á vuelta de unas cuantos versos más, y de otros tantos sueltos de crónica, al joven poeta no le preocupa sino una cosa: si sabrá la posteridad elegir un buen escultor que le haga la estatua.

Lo propio acontece con los prosistas, y con los que lo son todo á la vez; rimadores, tribunos, críticos, novelistas, dramaturgos y cuanto hay que ser.

En materia de literatura á nosotros no se nos agua el ojo por nada. Lo mismo pronunciamos un discurso que confeccionamos un drama, ó despachamos una oda.

Un día recibe usted un volumen titulado: —“Eduvigis ó las ventajas del alumbrado eléctrico.”—Novela eminentemente naturalista, por Luis Membrilla.”

—¡Hombre! dice usted ¿este Membrilla no es el que escribía aquella crónica detestable en “El Pito?”

—El mismo.

Los Membrilla de la prensa echan á vuelo las campanas celebrando la obra, y no falta quien declare en un juicio desapasionado, que “Eduvigis ó ventajas del alumbrado eléctrico,” es una obra de combate con la cual se coloca el autor á una altura en que no es posible distinguirlo con el ojo desnudo.

Después de ésto, el bronce.

Porque Membrilla no se conformaría con que se le perpetuara en yeso.

—Algunos han querido encontrar puntos de semejanza entre yo y la escuela naturalista francesa, dice Membrilla con énfasis, pero no hay tal. Llevamos rumbos distintos.

—A la vista está.

Por supuesto que Membrilla, á partir de la aparición de “Eduvigis ó ventajas de la

luz eléctrica” mira al resto de los mortales casi con lástima.

Yo sé á qué atenerme respecto al nacimiento, desarrollo y apogeo de las eminencias contemporáneas mías.

Siempre que leo una firma nueva en un trabajo literario, y referente al trabajo, un suelto como éste: —“Engalanamos hoy nuestras columnas con una bella composición de nuestro ilustrado colaborador Fulano”, etc., me pregunto ¿qué haremos con este joven dentro de unos meses?

Conversando con las eminencias es que se las aprecia en sus verdaderas proporciones.

—¿Has visto qué felpa le doy anoche á Víctor Hugo? me preguntaba no hace mucho un joven que acaba de publicar un folleto titulado “Carne Humana.”

—Hombre; no lo he visto.

—Pues, lee eso, y verás qué queda del ídolo.

—Ya me supongo.

Hay genios de estos que después de haber adquirido nombre en la literatura al detal se retraen para entregarse á trabajos de gran aliento y mucha trascendencia.

Conozco uno que está escribiendo un “Alcance á la Divina Comedia.”

El mozo está pálido, flacucho, cabizbajo. Aun en los corrillos más animados permanece silencioso, casi sombrío.

Se adivina en él al Genio latente.

—¿Qué te pareció el discurso de fulano?

—Phs.

—¿Y el libro de Perencejo?

—Bah!

—¿Y los últimos versos de Menganito?

—Oh!

Hay otros que están aquí como de tránsito, y viven suspirando por un escenario más amplio.

Pero caen y surgen “gabinetes,” y no hay un Ministro inteligente que los llame y les diga: “Señores, el gobierno desea que ustedes vayan á brillar á otra parte. Ahí tienen ustedes el *viático*, y un trimestre. Cúmbrenlo, si pueden, y andando.”

—¿Qué vida, chico! me decía uno de estos inconformes.

—Oh!..... Y lo que falta. Hasta los cereales se están poniendo inaccesibles.

—Yo no hablo de eso. Me refiero á los que nos hemos formado un medio intelectual propio; y nos vemos obligados á vivir aquí.

—Aah!..... Pues lo que soy yo se lo tengo anunciado á la familia: en la primera ocasión ¡zas! á París.

Tan familiarizado estoy con las eminencias de mi época que he llegado á tenerme por tal.

—¿Ha leído usted á Mesonero? me preguntó el otro día una señora amiga.

—¿Para qué quiere usted que le lea? En mi género no hay más que yo y Larra.

Si esto digo yo ¿adónde van ustedes á buscar una medianía resignada?

AL REDEDOR DEL TREN OFICIAL

Siempre me ha llamado la atención el caprichoso reparto de las gangas oficiales.

Hay individuos que se lanzan á la agitada vida política apenas salidos de la escuela; sirven á su causa con brillo, meten el hombro valerosamente al lote que les toca en los reveses, y al fin y al cabo pasan á mejor vida sin saber lo que es una Tesorería ni una Aduana.

En cambio hay otros que parece que han venido al mundo con el único objeto de vivir del Erario. Y vivir bien, por de contado.

Yo los conozco, y los admiro.

Entran y salen gobiernos, llueven sobre

el tren oficial decretos de cesantía, caen unos y surgen otros, en tanto que ellos permanecen tranquilos y dichosos en el regazo del Presupuesto.

El público, habituado á ellos, llega á adjudicarles las oficinas en que prestan sus servicios. Y con frecuencia oímos decir: “la Tesorería de don Fulano”; “la Dirección de don Perencejo.”

Nadie sabe como piensan hoy ni como pensaban ayer. Ni se tiene conocimiento de lo que poseen en efectivo é inmuebles hasta que se mueren.

Entonces no falta quien nos diga:

—¿Sabe usted cuánto dejó don Eliodoro?

—¿Qué Eliodoro?

—Pulpo. Aquel que era empleado de tal parte.

—Ah, sí! ¿Cuánto dejó?

—Doscientos mil pesos.

—Eh!

—Como dos reales.

—¿Y con quién lo han sustituido.

—Con un hijo suyo á quien él tenía en la oficina desde chiquito.

—Sería un hombre de talento.

—No, señor.

—¿Especialista en el ramo?

—Tampoco.

—¿De grandes servicios?

—Menos.

—¿Qué opiniones profesaba?

—Nunca se supo. Era un arca cerrada.

Ya se podía hablar de política en su presencia: permanecía silencioso hasta que se presentaba la oportunidad de escurrirse.

Así son efectivamente los que se dedican á empleos perpetuos.

Suelen llegar hasta aplaudir los actos del Gobierno. Pero de ahí no pasan.

Ninguna causa política les debe una transnochada.

Debieran mirarse en este espejo los que se jactan de tener opiniones, y se enorgullecen de que se las pidan, ó las emiten espontáneamente.

Nada más contrario á la estabilidad de los servidores públicos que las propias opiniones habladas. Sobre todo en ciertos detalles de la administración.

¿Que al empleado le parece que el último fraude del Ministro tal ó cual pasa de castaño á oscuro?

Pues guárdese el empleado como secreto profesional.

Ah! La discreción es una virtud preciosa, que algunos servidores públicos no aprecian debidamente.

Un mudo no tendría precio para ciertos empleos.

El empleado opinante es un tonto de capirote sobre el cual se cierne constantemente la cesantía con todos sus horrores. No calienta puésto.

¿Y los probos?

Ah! los probos son carne de hospital; materia prima para las benéficas labores de la sociedad “Tributo á los pobres.”

Los probos son muy estorbosos.

¿Se va á quemar un expediente, ó á arrancar las hojas de un libro, ó á trasladar ciertos fondos?

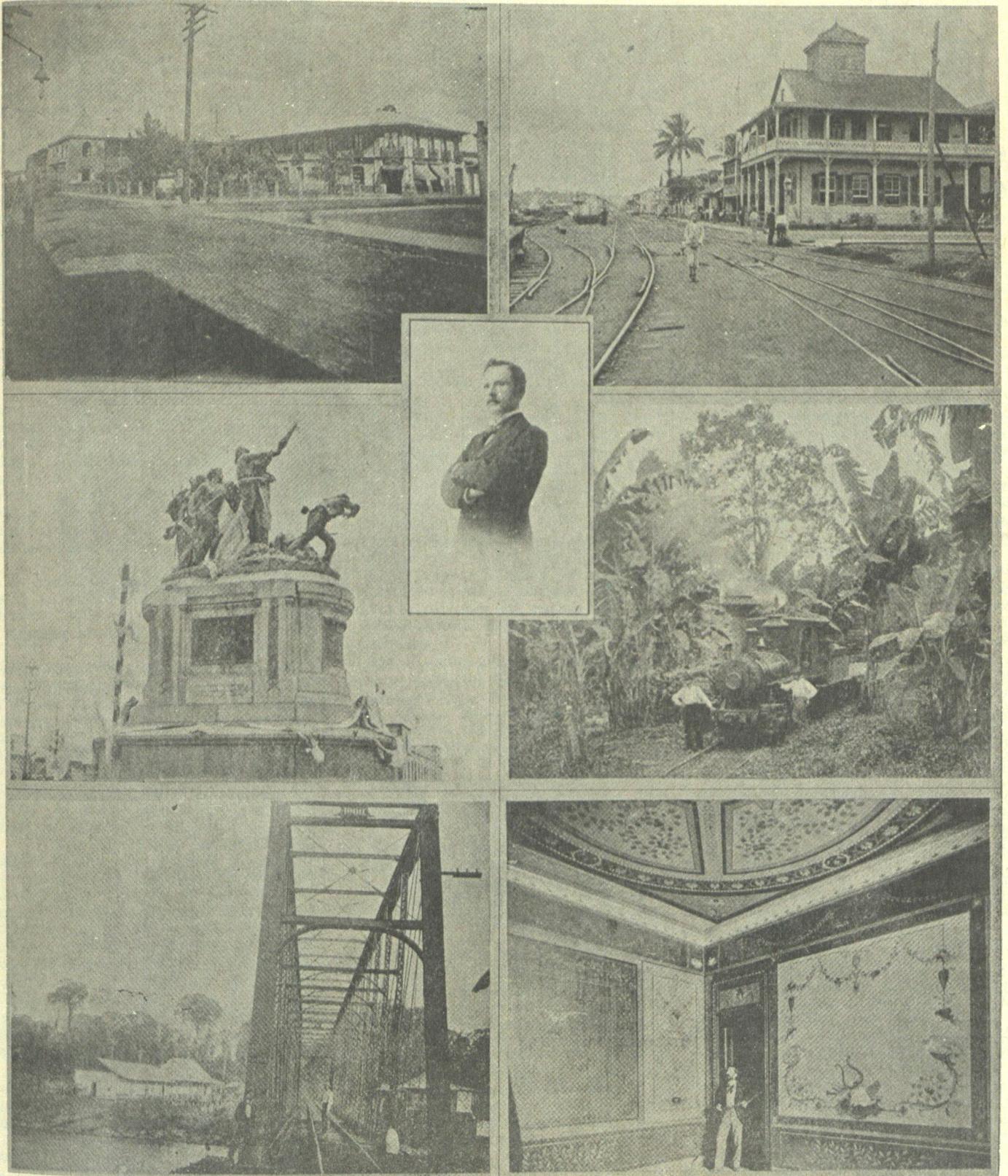
El probo se opone. Rompe á disertar sobre la conciencia y otras zarandajas, y, por lo regular va á terminar el discurso á su casa, con este lúgubre apóstrofe á su esposa:

—Hija; estoy destituido.

No! El tipo del empleado subalterno, el tipo perfecto, el que me es simpático, es don Eliodoro Pulpo, á quien acabo de mencionar.

JABINO.

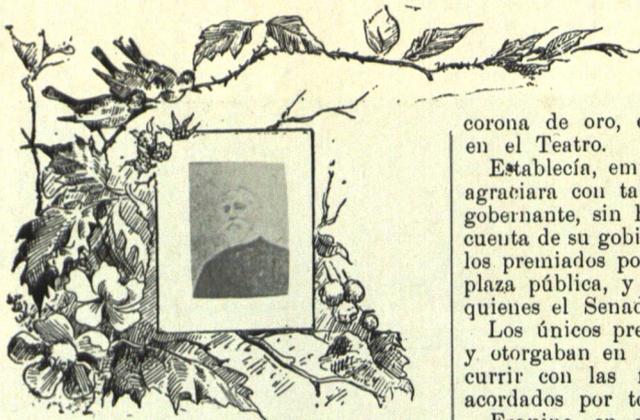




COSTA RICA

1 Doctor Rafael Iglesias, Presidente de la República

2 Hotel francés, San José.—3 El Banco de Puerto Limón.—4 Grupo de circo repúblicas en el parque Mozaran, de San José.—5 Ferrocarril de la compañía industrial Río Banano.—6 Puente sobre el Río Reventazón, del ferrocarril de Puerto Limón, San José.—7 Interior del teatro: cantina de señoras (decoración de Pablo Serra.)



LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

—
POR MARCO-ANTONIO SALUZZO

—
(Continuación)

III

EL PROCESO DE LA CORONA es uno de los acontecimientos notables ocurridos en Grecia, y aun pudiera graduarse de excepcional.

Los litigantes en aquel Proceso son, aparentemente, Esquino y Demóstenes:—el acusador y el acusado; pero en realidad las partes eran Filipo vencedor y Atenas vencida.

Esquino, consecuente consigo mismo, quiere que sea condenada en juicio la resistencia de Atenas contra Filipo, por la propia Atenas.

Es decir: quiere la deshonra después de la desgracia.

Demóstenes, fiel á sus deberes para con la patria, al defenderse á sí propio, defiende la independencia de la República y la causa de Grecia.

Es decir: quiere que el heroísmo abnegado prevalezca sobre la desgracia del vencimiento.

En aquel juicio entre el triunfador y los vencidos, el patriotismo heleno alcanza en el Pnyx lo que no pudo alcanzar en Queronea:—la reivindicación del derecho contra la fuerza.

Diez años, según los más, duró el famoso proceso, que no pudieron ahogar, aunque sí detener, las victorias de Filipo, ni las conquistas de Alejandro; y cuando se proclamó el triunfo de Demóstenes sobre Esquino, el vencedor de Darío había dejado de ser hombre para transformarse en dios y recibir como tal adoraciones y ofrendas.

En la vergonzosa postración del mundo, sólo en Grecia hubo hombres; sólo en Atenas hubo ciudadanos.

Este acontecimiento único redime á la ciudad de Minerva de todos sus errores y flaquezas, y la presenta á la admiración de las edades como campeón invencible del derecho.

Hé aquí el historial de los sucesos:

A poco de haber declarado Atenas la guerra á Filipo cediendo á los consejos y exhortaciones de Demóstenes, temerosos los atenienses de verse atacados en sus propios hogares, confiaron á aquél la reparación de las murallas, resguardo de la ciudad; encargo que cumplió el Orador no sólo con la eficacia por el caso requerida, sino con patriótico desinterés, pues á sus costas hizo cavar dos fosos en torno del Pireo, invirtiendo así parte de su peculio en bién de la patria.

Como recompensa á tal conducta, cierto ciudadano de nombre Tesifonte, propuso al Senado se premia al Orador con una corona de oro, efectuándose la coronación en el Teatro.

Establecía, empero, una ley que no se agradiera con tal distinción á ningún exgobernante, sin haber previamente rendido cuenta de su gobierno; y prescribía ótra que los premiados por el pueblo lo fueran en la plaza pública, y en el Senado aquéllos á quienes el Senado premiara.

Los únicos premios que se proclamaban y otorgaban en el Teatro y se hacían concurrir con las fiestas de Baco, eran los acordados por toda la Nación.

Esquino, en cuyo pecho dormía vivo aún el odio por Demóstenes á causa de la acusación que intentara éste contra él con motivo de LA EMBAJADA, citó en juicio á Tesifonte como violador de las leyes en beneficio de alguien que ni poseía virtudes, ni había prestado servicios á la República, sino, al contrario, acarreadole graves desgracias.

“Esta causa se aparta de todas las formas de nuestro derecho, pero es grande, dice Cicerón. Hay en ella cierta interpretación de las leyes, bastante aguda por entrambas partes, y gravísima controversia sobre los respectivos méritos de aquéllas para con la República.”

“El móvil á que obedeció Esquino al querer vengarse de Demóstenes llevando á juicio los actos y la fama de éste en la acusación contra Tesifonte, fue el haber sido acusado él mismo capitalmente por Demóstenes con motivo ó so pretexto de mal desempeño de una embajada.”

“Ni habló tanto de las cuentas que no se habían rendido, como de los elogios por Tesifonte tributados á un hombre que, en concepto de Esquino, no era óptimo sino pésimo.”

“Esquino presentó esta acusación cuatro años antes de la muerte de Filipo de Macedonia, pero el juicio no fue sentenciado sino algunos años después, cuando Alejandro estaba ya en Asia.”

“Dícese que á este juicio concurrió Grecia en cuerpo.”

El discurso de Esquino, considerado desde el punto de vista del arte retórico, es perfecto, absolutamente hablando.

Tiene el brillo del puñal lenta y pacientemente fabricado, y también el filo del arma homicida.

Bien se conoce que el contendor de Demóstenes, el acusador de Tesifonte, estaba poseído de dos pasiones: el odio y la venganza.

Esta escribe bajo el dictado de aquél. En el ruidosísimo proceso hubo dos criterios: el del legista, que era el de Esquino, y el del jurisconsulto, el del hombre de Estado, que era el de Demóstenes.

El pueblo de Atenas sentenció, no aplicando la letra muerta de la ley, sino ateniéndose al espíritu justiciero de la jurisprudencia universal, tan antigua como los tiempos sociales, tan inmutable como la noción del derecho puesta por Dios en la conciencia humana.

De aquí el que Demóstenes dirigiéndose á sus jueces les dijese: “¡Atenienses! no debéis juzgar de igual manera las causas privadas y las causas públicas. Los asuntos que cotidianamente se presentan, han de resolverse según los hechos y las prescripciones de la ley; pero cuando se trata de los máximos in-

“tereses del Estado, no debéis perder de vista la grandeza de vuestros antecesores. Al sentaros en este Tribunal para decidir un proceso político, cada uno de vosotros debe tener presente, á fin de no incurrir en nada indigno de sus mayores, que con las insignias de la magistratura representa el genio soberano de Atenas.”

Pero el genio soberano de Atenas, cifrado en la belleza estable bajo todas sus formas, así en lo artístico como en lo social y en lo político, no podía inspirar á Esquino, quien miraba sólo á lo útil en un momento dado del tiempo.

Rabino estéril que invoca la letra de la ley prescindiendo de toda elevada consideración, de toda trascendencia justiciera, cuando se trata de una causa en que actúan como partes, la Patria en vindicación de su imperio y el invasor extranjero para justificar sus propósitos liberticidas.

Ningún triunfo militar hubiera podido compararse al que habría alcanzado el macedonio con la condenación de Demóstenes, en la cual iba envuelta la propia condenación de Atenas.

¿Cómo negar, sin embargo, el poder oratorio de Esquino, siquiera prevalezcan en él los rebuscados atavíos de la más refinada retórica? Necesitábase de la poderosa palabra de Demóstenes, que vibra en defensa de la patria, por sus altares y por sus hogares, *pro aris et focis*, para combatir á aquel atleta adiestrado ahora en los combates de la tribuna, como antes en los de la arena.

¡Y con qué maestría se insinúa en el ánimo de los jueces para ponerlos de su parte! ¡Y cómo cubre con el bello colorido del lenguaje los propósitos de venganza y de odio que lo animan!

Fingese víctima cuando no es en realidad sino victimario; invoca los fueros de las leyes, cuando conspira contra la justicia; habla de verdad, y la mentira le mueve la lengua; dícese defensor de la gloria helénica, y ha sido y es el más esforzado de sus enemigos.

Preséntase ante los jueces confiado en los dioses, númenes de las leyes; en las leyes, expresión de la justicia; en la justicia, razón de los pueblos.

Invoca á Solón el poeta de las instituciones, el jurisconsulto de la poesía; describe la edad de oro de la República, con las prácticas ya arcaicas que echa de menos en la ocasión; dice el panegírico de los gobiernos fundados en la democracia; recuerda la antigua fórmula de las asambleas en la ilustración de los problemas públicos; y todo para protestar contra la licencia de los oradores á quienes, como á Demóstenes, no reprimen ya ni pritáneos, ni poedros, ni la tribu turnante en el gobierno.

Sólo queda á Atenas, según Esquino, un poder en los días de ruina que alcanza, y es: el derecho de perseguir al autor de toda proposición ilegal.

Renunciar á él es aniquilar la Constitución de la República:—es decretar su ruina.

Después de trazar tan fatídico cuadro, y de hacer consistir, por decirlo así, la salvación de la patria en el castigo de Tesifonte, ó sea de Demóstenes, afirmase en el campo que juzga más seguro para salir victorioso, á saber: en el estricto cumplimiento de leyes cuya interpretación fija con criterio sofístico.

Y cuando mira asegurada la victoria, lánzase sobre Demóstenes como can hidró-



EL GENERAL LA MUERTE. — Cuadro de H. B. Vieland

fobo, cuyas presas, cubiertas de baba letal, son seguros instrumentos de muerte.

Es el eco de la escuela sofística, que pretende renovar con Demóstenes, en la propia Atenas, el sacrificio de Sócrates.

La cultura social de nuestra época y ciertos elementos especiales creados por la civilización moderna, nos impiden apreciar en lo que valían las libertades permitidas á los oradores antiguos.

Cicerón no se cansa de recomendar el respeto al decoro, hasta el punto de proscribir de la tribuna toda palabra ominosa; y sin embargo, ¿qué orador moderno, aun en los pueblos donde la libertad parlamentaria ha vestido desde su origen el sayo encarnado del insulto, ha igualado al Padre de la Patria romana en sus diatribas contra Verres ó en sus virulencias contra Catilina?

Esquino nos da á cada paso paradigmas de ello.

Hé aquí algunos de colérica elocuencia: "Supo Demóstenes con anticipación, dice Plutarco, la muerte de Filipo; y para preparar á los atenienses á tener confianza de mejorar su suerte, se presentó alegre en el Consejo, significando haber tenido un sueño que le hacía pronosticar á los atenienses sucesos muy prósperos; y de allí á poco parecieron los que traían la noticia de la muerte de Filipo. Sacrificaron, pues, inmediatamente por la buena nueva, y decretaron coronas á Pausanias. (*) Presentóse así mismo Demóstenes coronado, con un rico manto, sin embargo de que no hacía más que siete días que había muerto su hija, como lo dice Esquino, para motejarle por este motivo y censurarle de desnaturali-

zado: acreditándose con esto él mismo de poco generoso y de abatido de espíritu, pues que tenía el llanto y el lamento por señales de un ánimo benigno y piadoso, y desaprobaba en otros el que llevasen los infortunios con entereza y resignación.

"Porque en mi concepto es de un ánimo social y esforzado, atendiendo siempre al bien común y subordinando los intereses y sucesos particulares á los públicos, el saber guardar en todo la dignidad y el decoro."

Dramatízase la sencilla narración del biógrafo en el discurso del orador, quien nos presenta á Demóstenes, no ya dolorido sino alegre, trocado el manto negro por otro de gala y ceñida la frente con festiva corona. No es sólo el orador quien habla en Esquino: es el pintor que traza y colorea admirable cuadro; es el poeta que entona dolorosa elegía sobre la memoria de la juventud, de la belleza y del caudor segados á deshora por la muerte.

Ya antes, como para dar mayor solemnidad á su lenguaje, pónelo bajo la protección de los archivos públicos, memoria de los hombres, y de la piedad paterna, herencia de los dioses:

"Qué hermosa institución ¡oh atenienses! son los archivos del Estado"

"Inmutables por naturaleza, nada padecen en las metamorfosis políticas, y merced á ellos el pueblo puede leer cuando le place en el alma de esos hombres que, envejecidos en el crimen, se cubren el rostro con la máscara de la virtud."

Y luego, abalanzándose, como quien dice, sobre Demóstenes:

"Ese mismo adulator ¡oh atenienses! ese cortesano, tiene el primero noticia de

"la muerte de Filipo; noticia que le comunican los espías de Caridemo; y fin-ge un sueño enviado por el cielo. No fue de Caridemo de quien el impostor recibió el aviso, sino de Júpiter y de Minerva. Estas divinidades, á quienes el embaucador ofende con sus perjuros, acuden á revelarle en sueño los sucesos futuros."

"Era el séptimo día después de la muerte de su hija; y antes de llorarla, antes de rendirle los últimos deberes, coronado de flores y vestido de blanco, ofrece sacrificios con violación de todas las leyes. ¡Y acababas de perder la primera, la única criatura que te daba el dulce nombre de padre!

"No insulto tu infortunio; estudio tan sólo en aquel trance tu carácter.

"¡Atenienses! el que no ama á sus hijos, el mal padre, no podrá ser buen guía para el pueblo. Sin entrañas para los seres más queridos, que son su propia sangre, ¿os amaría á vosotros que le sois extraños? El mal padre de familia no puede ser buen magistrado."

"Perverso en su casa, no mostró Demóstenes en Macedonia ni honor ni virtud: cambia de lugar, no de costumbres."

¿Cómo pudo el odio, grosero de suyo, expresar con tanta belleza tan delicados sentimientos?

La apelación á la piedad paterna traída á largo drama por Esquino, tiende en mi concepto, á romper la árida, analítica monotonía de la tesis legal, poniendo así de manifiesto la habilidad retórica del orador.

No satisfecho aún con exponer á Demóstenes al desprecio y al odio de los hombres, quiere condenarlo á la venganza de los dioses como violador de los mandatos promulgados por los genios tutelares de Atenas; y á fe que sin la defensa del

(*) El matador de Filipo.

Grande Orador; en vista de las contradicciones de la historia; quedaríamos indecisos al juzgar de tal causa si hubiéramos de atenernos á la palabra de Esquino, quien asume en este pasaje de su discurso el tono solemne, mejor dicho, hierático, no ya del augur griego, sino del antiguo sacerdote indio.

Servirále de tema la guerra sagrada promovida por la conducta de los locrios de Anfisa, tan funesta para la independencia griega como propicia á los ambiciosos planes de Filipo.

“Hay una llanura ¡atenienses! un puerto conocido con el siniestro nombre de “Puerto de las Imprecaciones.”.....

“Este fue en un tiempo habitado por los cirrheos y los cravalidas, razas sin freno, que forzaron el Templo de Delfos, mancharon las santas ofrendas y ultrajaron á los anfictiones.”

“Más indignados aún que los otros miembros de esta Asamblea, nuestros antepasados preguntaron al Oráculo qué castigo debían sufrir los profanadores.

“¡Guerra á los cirrheos y á los cravalidas, respondió el Oráculo! ¡Guerra de día y de noche! Llevad á esos pueblos el hierro, el fuego, la esclavitud; consagrad á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva, sus tierras completamente abandonadas: no trabajéis en ellas ni consintáis en que otros trabajen.”

“Conforme á esta respuesta, y según consejo del ateniense Solón, aquel hábil legislador y poeta filósofo, los anfictiones decidieron armar á los pueblos para lanzarlos contra aquellos hombres proscritos por los oráculos. Reunidas en suficiente número las tropas, vencieron y destruyeron á los habitantes, cegaron los puertos, arrasaron la ciudad, consagraron el suelo, según la orden del Oráculo, y juraron solemnemente prohibirse á sí mismos y á los demás hombres toda clase de trabajos en los campos consagrados; defender al dios y la tierra sagrada con armas, con manos, con pies; con todas sus potencias. Pero era poco aún el juramento, y lo afirmaron con esta imprecación.

“Si hubiese algún infractor de este juramento, así fuere particular, ciudad ó pueblo, maldito sea por Apolo, y por Diana, y por Latona y por Minerva! ¡Rehúsele la tierra sus frutos! Parán monstruos sus mujeres; no engendren sus ganados conforme á la naturaleza; sean vencidos en la guerra, en los tribunales, en las Asambleas. Queden exterminados ellos, sus casas y su raza. Jamás sacrifiquen santamente á Apolo, ni á Latona, ni á Diana ni á Minerva; y sean rechazadas sus ofrendas.”

“Va á leerse el oráculo. Escuchad la imprecación; acordáos del juramento de los anfictiones; del juramento de vuestros antepasados

“A pesar de estos juramentos, del anatemá, de los oráculos todavía escritos en vuestras tablas, los locrios de Anfisa y sus caudillos, hombres sin ley, cultivaron la llanura; reconstruyeron y habitaron el Puerto de las Imprecaciones, exigieron tributo á los navegantes, y compraron algunos oradores enviados á Delfos, entre ellos á Demóstenes. Sí: el orador que elegisteis en el Consejo Anfictionico, vendió su silencio á los locrios por mil dracmas. Prometiéronle, además, enviarle á Atenas todos los años, veinte minas del

“dinero maldito, para que fuese aquí el celoso protector de los anfsios.”

“Desde el día en que se consumó aquel crimen, el particular, el príncipe ó la república que con él trató, fue víctima de irreparables infortunios.

(Continuará)

ESPAÑA



MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

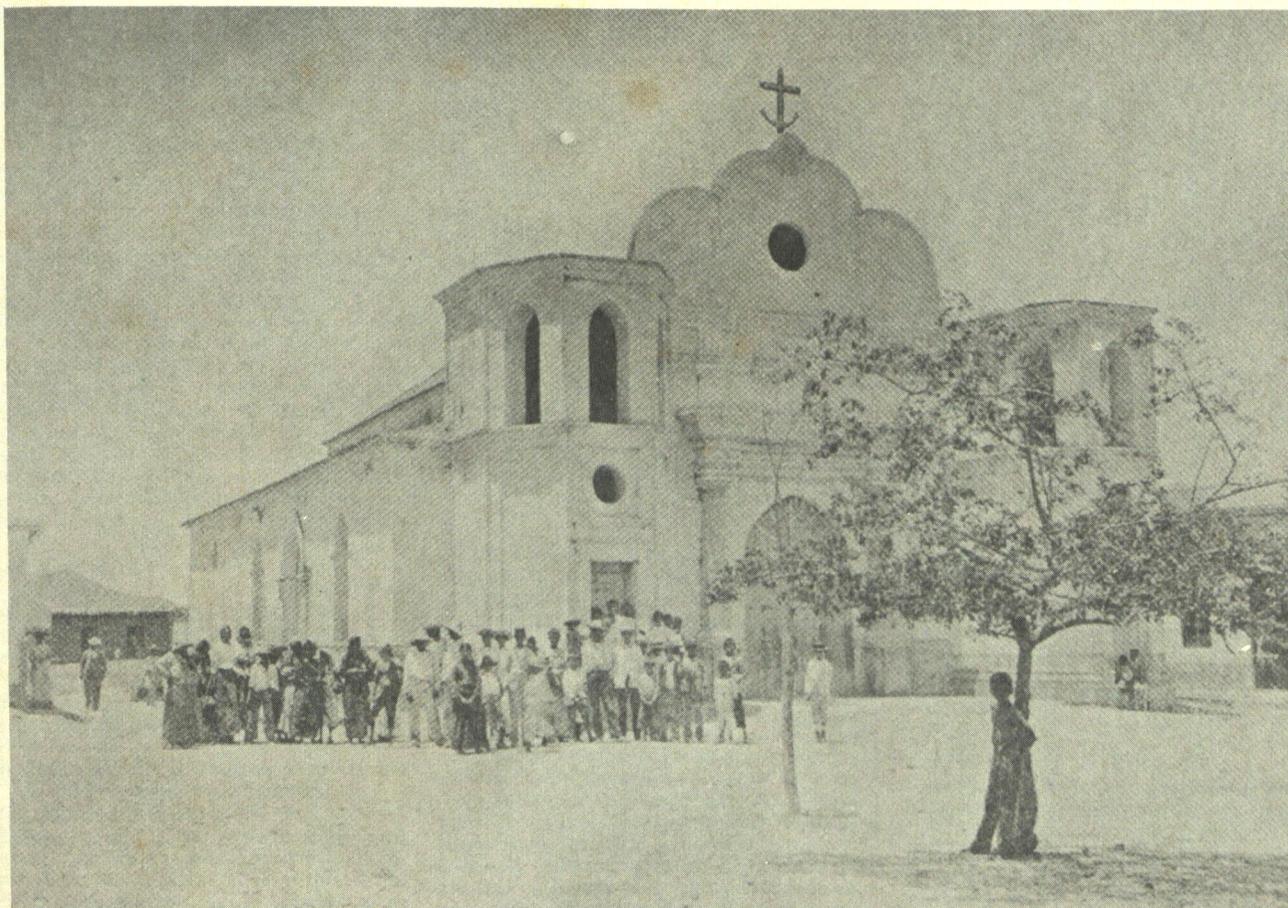
Meses en que mueren los genios.—Escritores fallecidos últimamente.—Camaféos, por Salvador Ruedas.—Poesías, por Morera y Galicia.—Estudios literarios, por don Marco-Antonio Saluzzo.—Estudio sobre Alfredo de Musset, por Rufino Blanco Fombona.

La estación más bella del año, la que parece destinada á infundir vida y movimiento á todo lo creado, aquella con que la naturaleza se transforma y se renueva en todas sus faces, es no obstante, la menos propicia para los hombres que, por las cualidades de su espíritu, se han distinguido de los demás; podría decirse que la primavera es la época en que generalmente mueren los genios. He observado que los más de los hombres notables, en todos los tiempos y en todos los países, mueren en los meses de Abril, Mayo y Junio. Sin recurrir á los diccionarios biográficos que me facilitarían abundante materia para probar esta tesis, sólo fiando en mi memoria, que ya no es buena, y concretándome á los tiempos relativamente modernos, recuerdo ahora que en los meses de Abril, Mayo y Junio han fallecido: Rafael de Urbino, Colón, Copérnico, Benvenuto Cellini, Cervantes, Camoens, Racine, Calderón de la Barca, Bacon, Luis Vives, Cromwell, Bossuet, Buffon, Franklin, Volney, Lavoisier, Diderot, Napoleón I, Schiller, Talleyrand, Moratin, Stuart Mill, Espronceda, Enrique Heine, Garibaldi, Víctor Hugo, Darwin, Prescott y otros menos notables que sería prolijo enumerar.

Sugiere me la precedente observación al ver entre las notas dispuestas para escribir esta *Miscelánea*, una referente á los literatos españoles fallecidos estos últimos días, á quienes considero deber mío tributar un recuerdo en estas humildes crónicas. Don Lázaro Bardón—sabio humanista que, cargado de años y de servicios, estos últimos en pro de la enseñanza, después de haber brillado en Madrid ha ido á rendir oscuramente la jornada de la vida en la soledad de una aldea de Castilla, era un sacerdote liberal, en el sentido político de esta palabra; pero no de los que para serlo se creen obligados á colgar los hábitos. Bardón no renegó de la fe jurada: fue hombre de este siglo, no obstante, en lo dogmático, si vaciló alguna vez, no llegó á apartarse de la ortodoxia católica. Figuró en política en tiempos de grandes agitaciones; fue miembro del Senado, y Rector de nuestra Universidad Central en los gobiernos liberales, cargo que en España tiene significación política; pero, antes que todo, era humanista. Catedrático de griego, nadie ha llegado, en cuanto á dominar este idioma á donde él llegó: era en esto una notabilidad europea, y, en España, maestro de maestros. A más de gran helenista era Bardón consumado filólogo. Poseía, casi tan bien como el griego, el latín, el sánscrito, el hebreo, el árabe y cuatro ó seis lenguas modernas.

No era orador: en la cátedra no peroraba, convencía como casi todos los grandes pensadores, hablaba mal y escribía bien. Su carácter independiente, le hacía incompatible con toda sujeción, rebelde á todo mandamiento que él no considerase razonable y justo. Así amargaron su existencia grandes disgustos. Luchando con el Consejo de Instrucción pública dio á la estampa un folleto titulado: *Testamento civil*, lleno de virulencias de lenguaje, pero tan bien dichas que la forma hizo bueno el fondo, y se sobrepuso á la razón que en buena dosis estaba de parte del Consejo. Bardón sólo era amable con sus discípulos aplicados: llegados los exámenes de curso; rechazaba toda recomendación y quemaba las cartas que en este sentido se le entregaban. Así fueran de ministros y altos personajes, hacíalo ante el mismo que en esas recomendaciones fiado, iba á solicitar la indulgencia del terrible profesor. Publicó, como libro de texto, sus *Lecciones de griego* y, no encontrando en Madrid tipografía que se lo imprimiese con la limpieza y exactitud por él deseadas, compró tipos en el extranjero, aprendió el oficio de cajista, y el mismo compuso su libro. Luego lo vendió á bajo precio, recomendando en advertencia puesta en la primera página que los alumnos ricos lo prestasen á los pobres, á fin de que éstos se ahorrasen el dinero necesario para comprarlo. No quiso además que su gran estudio sobre las *Estirpes*, se imprimiese por cuenta del Estado. Toda la prensa de Madrid ha dedicado un recuerdo al sabio, al varón íntegro que ha muerto, huyendo del mundo, en un rincón de las montañas donde vio la luz primera y en el seno de la naturaleza que tanto amaba.

Francisco García Ayuso es el nombre de otro español eminente fallecido en Madrid ha pocos días. Era Catedrático del Instituto, buen escritor y notable filólogo. Muy joven pasó á Alemania pensionado por nuestro Gobierno, donde se formó. Volvió á España, tres años después distinguiéndose al poco tiempo de entre nuestras lumbreras del saber, tanto en la prensa como en la cátedra. Publicó los libros: *Estudios de la filología en relación con el sánscrito*, *El lenguaje y su estudio*, y *los pueblos iránicos y Zoroastro*; trabajos todos muy elogiados por la prensa extranjera, especialmente por las Revistas inglesas y alemanas. Deja además de sus conocidas y magníficas gramáticas de las lenguas, francesa, inglesa, alemana y árabe, el *Ensayo crítico de gramática comparada de los idiomas indo-europeos*; una serie larguísima de traducciones, en que descuellan los ocho tomos de la *Historia de Max Duncker*, la de la *Iglesia*, por el cardenal Hergenrother; la *Demostración cristiana*, por Hettinger; la *Historia Natural*, por Schubert; la del *Problema social*, por Hitre; la versión francesa de la obra intitulada *Marruecos*, por Marcet, y las versiones directas del sánscrito, al castellano de los dramas de *Vikramorvasi* y *Zakuntala*, del poeta indio Kalidasa. Era miembro de la Academia Española de la Lengua, y su muerte deja un gran vacío en aquella docta casa. García Ayuso era además gran trabajador, y, como dice uno de sus biógrafos sería ardua tarea recordar cuánto deben á su cooperación reputada, revistas y diarios literarios y políticos, la enseñanza general de los idiomas vivos y muertos, primero en conferencias particulares, y después en las aulas. La muerte le ha sorprendido trabajando en un magnífico *Diccionario etimológico español* que había empezado á publicar una de las mejores casas editoriales de Barcelona.



VISTAS DE LA CIUDAD DE JUANGRIEGO. — Fotografía de Avril

Los periódicos de esta ciudad, nos anuncian también la muerte de don Mariano Aguiló, el patriarca de las letras catalanas, el iniciador, puede decirse, del despertar de aquella literatura regional. Era poeta, prosista, bibliófilo, rebuscador de curiosidades y coleccionador de documentos que puedan servir para trabajos históricos y literarios en general. Incansable en sus aficiones, pasó su larga vida abstraído de todo cuanto á ellos no se refería. Escribió mucho y publicó poco, pues el afán de acumular materiales para grandes obras le absorbió el tiempo. Muestra de estas aficiones es su *Índice* de todos los libros que se han publicado en Cataluña desde que se llevó allí la imprenta hasta nuestros días. Desde muchos años se ocupaba en escribir el "Gran Diccionario de la lengua catalana;" con este objeto y para la obra *Romances caballerescos* de la que sólo ha llegado á publicar la primera serie, recorrió los pueblos y aldeas de aquella vasta región en pos de las tradiciones que se conservan en las clases populares. Muchos de sus trabajos andan esparcidos por los periódicos y Revistas y en los tomos que contienen los discursos y poesías de los Juegos florales; pero la mayor parte de lo que escribió queda inédito y á medio hacer, por lo cual poco podrá aprovecharse. Se publicarán en dos ó tres tomos las poesías *Aniversarios*, escritas por Aguiló á la memoria de su madre, un poema *Tochfollets* (fuegos fatuos) y varios estudios folklóricos y lingüísticos.

Salvador Rueda ha publicado en Madrid otro tomo de poesías que titula: *Camafleos*. No se ha puesto á la venta. Según se dice, un admirador del poeta ha pagado la edición, que ha sido de pocos ejemplares repartidos entre las personas de la intimidad del autor y del Mecenas. En estas mismas Revistas, hablando del poema *Flora* ya expuse en otra ocasión mi humilde parecer sobre el fondo y forma de los versos de Rueda, y por algunos de los contenidos en el nuevo libro de Rueda ha publicado recientemente el *Globo*, induzco que de leerlos todos, no habría motivo para enmendar, en bien ni en mal, aquel mi parecer humilde. Un crítico anónimo, al emitir sus juicios en un periódico madrileño acerca de *Camafleos*, dice tratarse de una colección de sonetos que forman una "sarta de perlas," que en ellos hay "imágenes de relieve en piedras preciosas" y además, "tendencia pictórica, sólida fantasía meridional é inspiración poética sobre la irisada pedrería de sus imágenes," las cuales, añade: "rutilan en los endecasílabos con luces de bengala que nos dejan ver los sonetos de *Camafleos* como marnóreas columnas de un templo helénico." Además dice que los versos "centellean."

Con tanta luz y color, tanta orfebrería y piedras preciosas, esculturas y relieves, el libro de Rueda debe ser, realmente, rico y deslumbrador.

No puedo decir otro tanto del tomo que con el título sencillo y escueto de: *Poesías* acaba de publicar el señor Morera y Galicia, un poeta provinciano que no ha necesitado venir á Madrid y agitarse en los círculos literarios para abrirse paso y merecer que críticos tan competentes y tan poco dispuestos á la benevolencia como Alas y Valbuena, le alaben sus versos y nos lo presenten como poeta de verdad. Morera es catalán, y reside en Lérida; dióse á conocer, hace algún tiempo, publicando versos escritos en su idioma patrio y premiados en los certámenes que allí se celebran; pero ha querido demostrar ahora que no desdennan su trato las musas castellanas—de algún tiempo á esta parte hurañas y

esquivas con los poetas que hablan la lengua de Cervantes,—y hálo felizmente conseguido. De Barcelona y formando parte de la hermosa colección elzeviriana que edita el señor Gili, nos ha venido el tomo que contiene esas poesías. Hay en ellas sentimiento y elegancia en la dición y sobriedad y casi siempre exactitud en el concepto. El poeta resulta subjetivo y descriptivo á la vez: en lo primero recuerda mucho á Campoamor, pero más en la forma que en el fondo, pues Morera no es escéptico, no tiene el dejo amargo y burlón del ilustre maestro, y cuando en tenerlo se esfuerza, lo hace con cierta originalidad que revela al poeta influido por determinadas maneras de expresión dominantes en su tiempo, no al imitador frío, insustancial y sin propias iniciativas. De entre todos los campoamorianos que por aquí pululan, Morera es una honrosa excepción. Véase, en prueba de ello, la siguiente estrofa:

"Mariposa, tú y yo somos pequeños:
menguados son mis sueños y tus galas,
Tú, que puedes volar, no tienes sueños;
yo, que puedo soñar, no tengo alas."

Hace meses en estas mismas Revistas, hablé de algunas producciones del eminente poeta y escritor venezolano Marco-Antonio Saluzzo, y, por distracción indisculpable no lo he hecho aún del tomo: *Estudios Literarios* que recibí poco después y en el que el autor recopila varios escritos suyos que, según él mismo dice, tenía hace tiempo olvidados. Hay en este libro un preámbulo tan bien pensado como elegantemente escrito, seis ú ocho elocuentes párrafos notables además por el entusiasmo y la sinceridad que revelan. Reitera en ellos el escritor sus convicciones espiritualistas en política, filosofía y arte, ganoso de reñir batallas contra las escuelas materialistas, debeladoras de las energías de una gran parte de nuestra juventud, y se esfuerza por levantar el ánimo de los descreídos y vacilantes en la idea de Dios, del derecho y de la libertad; recordándonos que en esa doctrina inspiróse la generación que sentó las bases de todas las conquistas de la democracia moderna, que reveló al mundo el espíritu generoso y amplio de tolerancia para todas las ideas, y estableció en los Códigos la igualdad de todos los hombres ante la justicia y la ley. "Creo, dice, en el derecho y en la libertad como en los primeros días de mi juventud: sólo que entonces esos divinos atributos que se encarnan en la humanidad como aspiración sublime á lo infinito y á lo eterno, parecíanme herencia natural del hombre, al paso que ahora los considero como laborioso galardón de las sociedades." Es cierto: la libertad no es un dón gratuito de la naturaleza; es una conquista hecha por el hombre tras porfiada labor: la naturaleza con sus misteriosas fatalidades, es á menudo obstáculo al pensamiento y á la acción del hombre y de la sociedad: por eso no estimamos la libertad como fin de todo progreso, sino como medio de llegar á él. En esta fe, vívida y ardiente, de los veteranos que han luchado en las batallas que para la conquista de la libertad política se han librado durante este siglo, habían de inspirarse cuantos intentan estancar el movimiento sociológico de estos tiempos en una pasividad filosófica y estoica, y nos presentan por todo ideal la mera investigación fría y metódica de los fenómenos individuales y sociales, y, por todo medio de impulsar el progreso, la dictadura de los sabios, que á menudo se equivocan, ó la autoridad de la tornadiza muchedumbre, apoyada en la fuerza.

El estudio crítico literario acerca de Juan Vicente González, célebre humanista y es-

critor político que brilló en Venezuela durante el segundo tercio de este siglo, es un trabajo muy notable que ocupa la mayor parte del volumen que examino. Revélase en él profundo conocimiento del estado intelectual de la América latina en los tiempos á que se refiere, y una observación delicada y sutil de la fisonomía moral de aquel sabio: fructuoso resultado de un atento estudio de cuanto escribió. Es un trabajo hecho con *amore*, y hay en él notables observaciones acerca la vida pública del biografiado, relacionadas con la historia contemporánea de Venezuela. Los juicios concernientes á la que el señor Saluzzo llama literatura de las guerras civiles, ó sea el estudio crítico de los escritores que aparecen en las épocas de grandes disturbios interiores de las naciones, son muy acertados; observa el autor que esa literatura empieza con plétora de vida y acaba anémica. Es cierto: calmadas por la acción de los años las vehemencias físicas del periodista y del tribuno, ocupan su lugar los desengaños y las decepciones que constituyen la gran enfermedad moral de nuestro siglo, y, entonces el escritor se vuelve elegiaco, y cuando no habla de cobardes arrepenimientos se entrega al pesimismo más desconsolador.

Elogia el señor Saluzzo el *Manual de Historia Universal* que en los últimos años de su vida escribió González, y lo hace de una manera tan insinuante que inspira deseos de conocer este libro. Las consideraciones que, á este propósito hace el señor Saluzzo acerca la filosofía de la Historia, las condiciones que ha de tener el historiador y las dificultades que ha de vencer son muy discretas. En este punto apártese del tradicionalismo á que se inclina en algunos otros juicios literarios, y concibe la Historia á la manera que modernamente se escribe. Sigue al historiador venezolano en todos los trasportes de la imaginación á que éste se entrega al relatar los magnos hechos que han dejado estela luminosa en el espacio del tiempo; pero, al referirse al "Cuadro de España" en que aquél, poseído de filial afecto, al recordar los buenos tiempos de la nación madre, muestra la aspiración á un retorno de los hijos extraviados al antiguo hogar para cumplir juntos altos destinos, Saluzzo califica de ensueño irrealizable esta aspiración. Aquí el comentarista aparece olvidado de aquellas inexorables leyes que él mismo nos dice un poco más arriba presidir la historia de los pueblos y de las razas. Olvida además que el historiador concienzudo, cuando ejerce de poeta, cuando se entrega á la vehemencia del corazón es adivino, y la previsión de un acercamiento, algo más que puramente afectuoso, de todos los pueblos de origen ibérico á España, aún hoy que soplan vientos de fronda entre España y América, dista mucho de ser una ilusión del buen deseo. Las naciones tienden, es verdad, á disgregarse en entidades territoriales autónomas; en este movimiento podrá llegarse hasta el anseatismo municipal; pero los lazos formados por la identidad de raza, historia, idioma y costumbres, en vez de aflojarse se estrechan cada día, y este fenómeno ha de influir forzosamente en las organizaciones políticas del porvenir, y, ¡quien sabe si á realizar el ensueño generoso del historiador venezolano!

Llena además algunas páginas del libro un estudio acerca del drama de Coppée, *Severo Torelli*. El señor Saluzzo se penetra bien de la intención de esta obra: analiza y desentraña su argumento, ensalza la moralidad de la tesis y emite breves pero muy acertados juicios sobre la emoción estética; cree que esta emoción sólo puede producirse por medio de recursos de carácter idealista, no incompatibles con la ex-



MERCADO DE FRUTAS. — Buenos Aires.

posición y el desarrollo del drama, sujeto á aquella realidad ya inseparable del gran arte en nuestros tiempos.

En el estudio crítico sobre el libro: *Venezuela Heroica*, de Eduardo Blanco, y el del drama del doctor Anibal Dominici, *La honra de la mujer* que completan el libro, el señor Saluzzo expone, bajo distintos puntos de vista, las mismas teorías sobre la filosofía de la Historia y los fines del arte ya desarrollados en sus trabajos antes citados.

Rufino Blanco Fombona es un joven poeta venezolano sincero devoto del modernismo, á juzgar por algunas de sus composiciones que he leído en *EL COJO*. Cuando el autor colecciona sus versos podré apreciarlos en conjunto y hablar de ellos. Apremióme á decir que lo haré impulsado por la simpatía que me inspira todo carácter independiente que fía el éxito de sus acciones exclusivamente á la propia inspiración. Cierto que quien tal hace, yerra fácilmente pero en sus errores es digno de respeto, y lo es más cuanto esos errores no trascienden á la realización de los altos fines del arte, ya sea considerado el arte simple expresión de la belleza, ya se eleve á las regiones de lo docente ó trascendental.

Envío del autor y recientemente impreso en los talleres tipográficos de *El Cojo*, llega á mis manos un pequeño volumen del señor Blanco Fombona, un breve estudio sobre Alfredo de Musset. La publicación de unas cartas de Jorge Sand dirigidas al célebre cantor de *Las Noches*, allá en los tiempos de sus amores con este poeta, suscitó, no hace mucho, en la prensa de París polémicas acerca puntos oscuros

en las intimidades de aquellos dos seres que, sin negarles la cualidad de genio, las nuevas escuelas llaman hoy desequilibrados. El poeta venezolano aprovecha esta ocasión para decirnos elocuentemente sus impresiones sobre la personalidad literaria de Musset, y terciar, á su manera, en las nimiedades que sobre los amores del poeta con Jorge Sand, han entretenido unos días á los admiradores de aquél. Escribe unas páginas muy bellas, con ese estilo fugaz, alado como ahora se dice, todo impresionismo, en que las ideas sólo se señalan ó se esbozan, reveladoras, no obstante, de haberse producido por efecto de una gran tensión del espíritu, y que para expresarlas se ha quinta esenciado el pensamiento.

No es, pues, un trabajo crítico el del señor Blanco Fombona: es primero, melancólica y dulce expresión de recuerdos que en él despierta el nombre de Musset por lo que la lectura de los versos de este poeta influyó en su adolescencia, y es, después motivo para desbordar su carácter vehemente en una especie de himno ensalzando á Víctor Hugo, Musset y Baudelaire, en quienes ve una trinidad extraña y gloriosa. Acudiendo á un simil basado en los principales colores del prisma, expresa ingeniosamente la idea que de cada uno de esos poetas tiene formada.

La prosa del señor Blanco Fombona: aun cuando influida por el modernismo francés aparece clásica en el fondo: su realismo es simpático y atractivo.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 24 de Junio de 1897.



LA VIDA PARISIENSE

DEBUREAU

6

LA HISTORIA DE UN MIMO

No recuerdo si en mi crónica anterior tuve ocasión de citar *Le Theatre à Quatre Sous*.—En todo caso, si lo cité hice bien y si no lo cité hice mal, porque el primero y el más sagrado de los deberes del literato que habla de la pantomima francesa, es consagrar un breve recuerdo á ese libro que fue célebre hace medio siglo y que hoy ya no es sino una curiosidad bibliofílica.

Tan raro es, en efecto, el tal *Teatro á Quatre Sous* de Julio Janin, que en París casi no se encuentra en ninguna tienda de libros. El ejemplar que yo tengo, fue hallado en Cataluña por uno de mis compañeros de *Barcelona Cómica* que, conociendo mi afición apasionada hacia todo lo que con Pierrrot y Colombina se relaciona, me lo mandó como regalo.—(Mil gracias, camarada.)

* **

¡Pobre *Theatre à Quatre Sous*! Aquí está, en mi mesa de trabajo, al lado de otros diez ó doce libros que, por serme muy queridos, me sirven al mismo tiempo de *presse-papiers* y de archivos. Casi nunca puedo leer uno de sus capítulos porque al abrirlos las flores secas y los billetes ajados aparecen entre sus hojas y me hacen olvidar, con el opio sutil de los recuerdos, todas mis curiosidades intelectuales.

.....Aquí está.—En su cubierta azul se leen aún algunos nombres de propietarios: Alice, Marcela..... ¡Será Marcelo ó Marcela? La letra no es clara y lo mismo podría ser de un hombre que de una mujer..... Supongamos, empero, que sea un nombre masculino y tendremos toda una novela:



ACARREO DE LANA. — Buenos Aires

“Álice y Marcelo!” Dos comediantes, sin duda, que fueron á España en busca de fortuna y que entre sus libros, se llevaron éste, con objeto de leerlo en la soledad discreta de la alcoba..... ¿ Lo leerían en Valencia ó en Cataluña?... A mi me gustaría más que hubiese sido en Valencia, una noche de primaveras, ó por lo menos en Barceloneta al lado del mar azul del Mediodía.....

**

Le Theatre à Quatre Sous es la historia de un actor de los Funámbulos, de un pobre mimo cuya elocuencia consistía en entreabrir expresiva y silenciosamente los labios para adorar, y en levantar los brazos para ser elocuente.

A mediados del siglo ese artista se llamó Debureau. Hoy ya no tiene nombre, puesto que nadie lo nombra.

Su leyenda está tan olvidada como el libro que la refiere. Una pertenece á los curiosos de vidas humildes; otra á los curiosos de libros raros.....

Y sin embargo Debureau fue uno de los más admirables y de los más adorables tipos de comienzos del siglo. Como “mimo” tuvo genio y como hombre tuvo gracia.....¿Qué más?

**

Debureau fue el Pierrot desgraciado que alimentó con su propia tristeza la alegría de los demás. La anécdota del médico y el comediante, que todos hemos oído atribuir á mil clowns ingleses y á dos mil payasos españoles, es un rasgo verídico de la vida de Debureau, según lo asegura Arsenio Houssaye en sus *Memorias*.

Una mañana presentóse en casa del médico Ricord, que todavía no tenía mala fama pero que ya era curandero del emperador, un hombre triste y pálido:

—Estoy enfermo, muy enfermo —dijo.

—¿De qué?

—De nada y de todo.

—Mucho es eso y también muy poco.

—Del alma.

—Usted quiere decir que sufre de tristeza crónica.....

—Perfectamente.

—Pues vaya usted á ver á Debureau.

—Debureau soy yo, Doctor!

Cuando alguien le cumplimentaba por su gracia, él respondía:

—No me extraña que sea hermosa porque está hecha de lágrimas.

En el pináculo de la gloria llegó á ganar siete duros por semana, y durante los primeros años de su adolescencia se alimentó “de palos mojados con llanto.”

**

Su padre, bohemio húngaro cargado de familia, tuvo un día noticia de que un pariente lejano acababa de morir en Francia legándole sus bienes. Era necesario, pues, ir á recoger esos bienes. Pero ¿cómo hacer el viaje? con qué dinero?... en que caballo? Su único recurso consistía en seis ó siete hijos, y como entre todos no podían tirar de un carruaje, decidióse á emprender la ruta á pie y á ganar la vida haciendo saltar á los chicos en las plazas de las aldeas, Debureau, que era el primogénito, tenía ya quince años y, naturalmente, saltaba con menos agilidad que sus hermanos. Cada tarde de representación le costaba una paliza.

Al fin la familia entera llegó un día á Francia y se encontró con que la sofiada herencia no consistía sino en una casa demantelada de un villorrio del norte. Ese día, para vengarse de la suerte adversa, el padre bohemio propinó á su primogénito la mejor y la más completa de sus tundas.

La familia volvió á ponerse en viaje para Oriente y atravesó, saltando de plaza en plaza, toda la Europa cristiana. Luégo regresó al Occidente y, saltando siempre llegó á París en donde la casualidad la hizo figurar en un circo lujoso y obtener muchos aplausos con más algún dinero. “Adoro á París, decía Debureau, porque allí fue donde comí de veras por la primera vez de mi vida.”

**

¡Buen París, gran París, noble París, cuántos otros artistas podrían decir lo mismo; cuántos talentos que llegan á tí, desperados, después de oír las burlas de las aldeas sencillamente necias y de las ciudades estúpidamente pretenciosas, que llegan con hambre, que llegan sin esperanzas, encuentran en tu seno calumniado la Gloria y la Riqueza!..... Te llaman egoísta,

París, te llaman metalizado y, yo mismo que te adoro con adoración de hijo, como los antiguos florentinos amaban su ciudad natal, yo mismo te calumnio á veces. Pero siempre encuentro, para comprender la injusticia pasajera de mi alma, un ejemplo definitivo..... Y hoy después de haber pensado en que Verlaine fue pobre, me consuelo reflexionando en que Heredia se moriría de hambre si escribiese en español y sólo tuviese una lira como instrumento de trabajo!

**

Debureau no se quejó nunca de París. Ganaba siete duros á la semana, es cierto, y trabajaba como un negro á pesar de su máscara blanca de Pierrot; pero en los demás países del mundo no habría ganado ni un cuarto.

Además la época en que el gran mimo florecía no era una época de laureles dorados para los autores. Federico Lemaitre, el genial comediante, tuvo que contentarse, durante muchos meses, con un humilde papel en el mismo teatro de los Funámbulos.

**

Para consolar la tristeza de su vejez, Debureau tuvo un recuerdo glorioso: su viaje en compañía del emperador.

No os figuréis que fue un viaje muy largo, ni siquiera un breve viaje artístico. Fue un simple viaje casual.

Una tarde Debureau, vestido de Pierrot, corría hacia Versalles, á pie, sudoroso y jadeante, con objeto de tomar parte en una representación foránea. Por el mismo camino iba Napoleón, en un carruaje modesto, sin ayudantes y sin libreas. Apiadado ante la carrera del pobre funámbulo. Napoleón hizo detener su coche y llamó á Debureau para que se sentase al lado suyo.

En su vejez gloriosa y modesta, el gran mimo contaba esa anécdota con enternecimiento. Se la contaba á todo el mundo. Y cuando, de tanto contarla, ya no encontró á quien contársela, hizo su propio epitafio y murió.

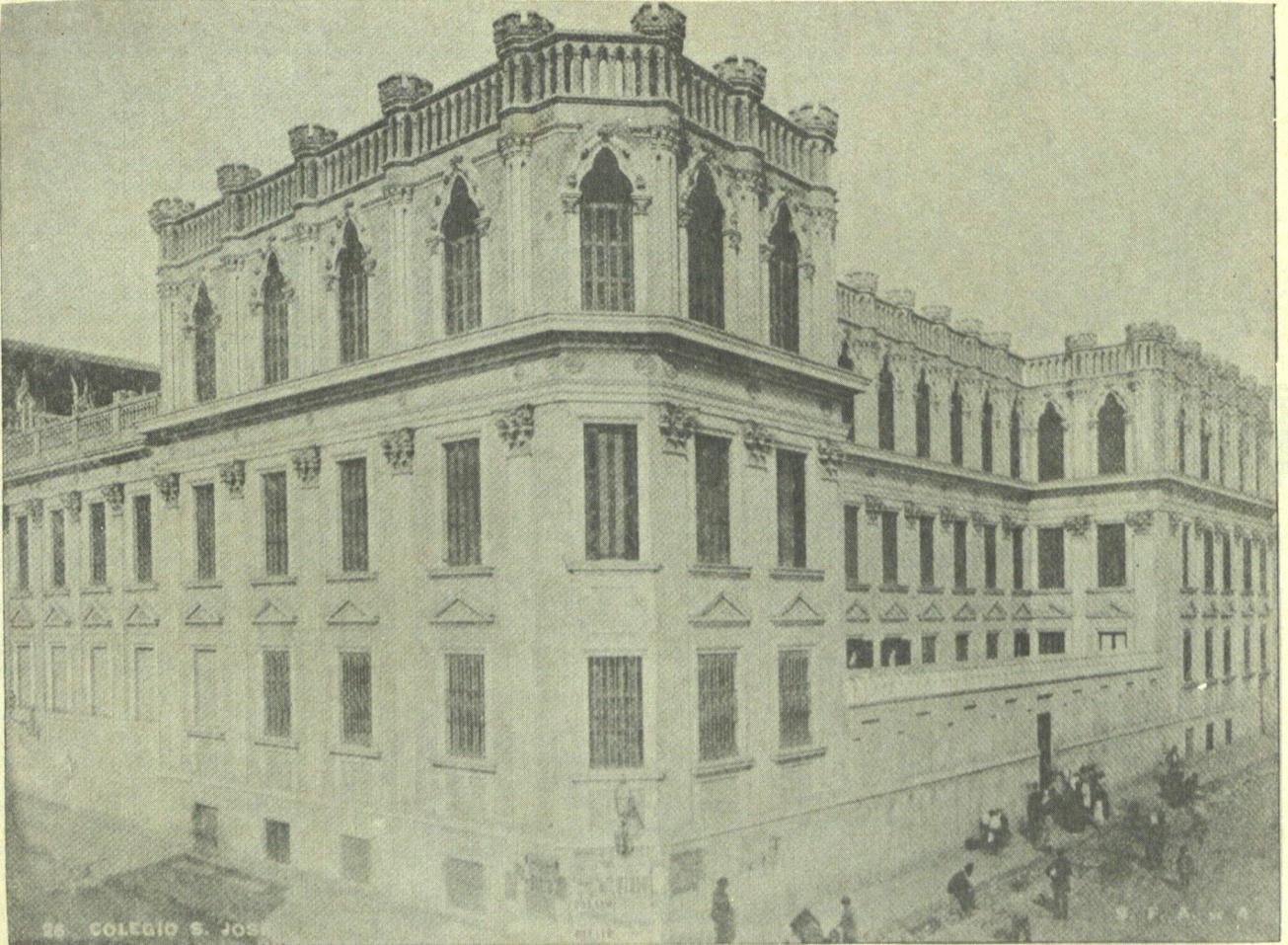
“AQUÍ YACE EL QUE

LO DIJO TODO

SIN HABLAR NUNCA”

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

París, 1897.



COLEGIO DE SAN JOSÉ. — Buenos Aires

REMEMBRANZAS

—
 ¿A qué el recuerdo? ¿A qué? La costa lejos;
 Mui cercana la noche: el mar airado:
 Negros los cielos: cárdenos reflejos,
 Rompiendo á veces el confín cerrado.

—
 Y no es posible detener la nave,
 Ni hacer que vuelva al punto de partida;
 Porque en la ley universal no cabe
 Desandar el camino de la vida.

—
 Y fatigado voy..... y si los ojos
 Torno á mirar el desigual sendero,
 Tan mezclados están placer y enojos
 Que en vano verlos separados quiero.

—
 Mas, cuántas veces en el fondo obscuro
 Surge de la memoria extraña imagen;
 Sin que el aliento de la tierra, impuro,
 Ni el dolor con sus lágrimas la ultrajen.

—
 Una mujer!.... que flota en la penumbra
 De la noche del tiempo en forma vaga:
 Astro que un punto del pasado alumbraba
 Con luz que aunque se aleja no se apaga.

—
 Luz rara, inmaterial, siempre distinta
 Que pone en cada sér diverso sello,
 Y que al brotar del alma, nunca extinta,
 Da vida á lo ideal, gracia á lo bello.

—
 Hay un recuerdo juvenil que viene
 A hacer volver á mí sueños ya idos;
 Y qué poder tan milagroso tiene
 Que el alma me despierta y los sentidos.

—
 De mayo en una noche tibia y bella,
 En suntuoso retrete perfumado,

Los dos nos encontráramos, y ella,
 Que estaba triste, se sentó á mi lado.

—
 Predestinada á recorrer la vida
 Del dominio del arte bajo el yugo,
 Le dio su corazón, por él vencida,
 Y el arte fue su gloria y su verdugo.

—
 Se ofrendó pura sobre el ara infausta
 De aquel tirano culto en sacrificio;
 Mas luego de su fe la copa exhausta
 El anhelado lauro fue suplicio.

—
 Que cuando el tierno corazón despierta
 De un afecto sentido á la alborada,
 El lazo estrecho á deshacer no acierta
 Con que la tiene su destino atada.

—
 ¿Cómo la conocí? No lo he olvidado:
 La vi entre aplausos, reina del proscenio;
 Y fui por su hermosura deslumbrado,
 Y me sentí cautivo de su genio.

—
 Lleno estaba el salón; cantaba á Norma,
 Y era tal su beldad, su poder tanto;
 Que deslumbraba su gallarda forma
 Y arrebatava su divino canto.

—
 Espléndida de gracia y de hermosa
 La contemplé con indecible pasmo;
 Y fue fascinación y fue locura
 Mi admiración, mi amor y mi entusiasmo.

—
 Me hallé luego en la pléyade que atada
 A su carro de triunfos la seguía,
 Y amándola y sufriendo, enamorada
 El alma en su dolor se complacía.

—
 Y su beldad canté, canté su gloria;
 Flores regué á sus pies, ceñíle palmas;
 Y guarda sus miradas mi memoria
 Porque en ellas se hablaron nuestras almas.

—
 Y las dos de tal modo se entendieron
 Que siempre y donde quiera se buscaban,
 Y nunca que se amaban se dijeron
 Por más que era de amor cuanto se hablaban.

—
 Largo tiempo pasó..... y yo encantado
 Me olvidé de la vida en aquel cielo;
 Y me vi por la suerte condenado
 A alejarme y llorar en mi desvelo

—
 Mas, cuando me juzgaba ya en olvido
 Leí estas frases que trazó su mano:
 —“Me ausento para siempre y no he querido
 Alejarme sin verte—Ven temprano.”

—
 ¿Qué pude hacer?... Fui á verla... y parecía
 Más tierna para mí: no me dio quejas;
 Y yo loco de pena y de alegría
 Supe apenas decir:—“¿Por qué te alejas?...”

—
 Y silenciosos ambos nos veíamos
 En el delirio de éxtasis extremo,
 Porque guardar mirándonos queríamos
 Memoria eterna del adiós supremo.

—
 Yo estrechaba su mano: de repente
 Se acercó á mí, nerviosa, conmovida:
 —“Te amo”—me dijo—y me besó en la frente!
 ¡Era el momento ya de la partida!

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.



corazón y os haré conocer lo que haya resuelto . . .

Y Pedro se preguntaba, ya próximo el momento decisivo, cómo había podido soportar aquellas cuarenta y ocho horas; jamás, en circunstancia alguna de su vida, las agujas del cuadrante le habían parecido girar con tanta lentitud!

—Dirá sí? Sí, dirá sí . . . Estoy seguro . . . tengo el presentimiento . . .

—Pero, inmediatamente, le sorprendía la duda. —Y si fuese nó? . . .

Y ante aquella idea de una posible repulsa, casi asomaban lágrimas á los ojos del joven.

—Pero es que yo la adoro! se decía, y todo lo que de mi amor le he dicho está muy por debajo de la verdad!

E insistiendo consigo mismo, continuaba:

—Sinembargo, con cuánta rapidez ha nacido en mí este sentimiento! . . . Dos ó tres encuentros en casa de amigos comunes, unas vueltas de vals . . . y héteme sometido!

II

La puerta se abrió en aquel momento y apareció Mme. Delvour.

—Ah! . . . adelantado?

—Sí . . . yo . . .

Mme. Delvour sonreía.

—No os excuséis; vuestra precipitación no puede serme sino muy lisonjera.

Y como Pedro esperase de pie, fija en ella la mirada ansiosa, le dijo:

—He reflexionado mucho, mi querido amigo, sabéis? . . . y tenemos que hablar.

Mme. Delvour se sentó graciosamente en una butaca baja, cerca de la chimenea, é hizo señal á Pedro de que tomase asiento enfrente, en una silla. Un minuto de silencio,—un siglo para Pedro,—y la explicación comenzó:

—En primer lugar, mi querido amigo,—y esto tengo que decíroslo antes que todo,—la idea de un matrimonio entre nosotros no me desagradó en manera alguna.

—Ah! . . .

Ya comenzaba á radiar la fisonomía del enamorado.

—Tenéis treinta y dos años; yo tengo veinte y tres. Vuestra situación es independiente, la mía también lo es. Somos del mismo mundo, tenemos unas mismas relaciones. Por consiguiente, desde estos diversos puntos de vista, todo parece marchar admirablemente.

Nueva radiación en la fisonomía del joven. Mme. Delvour continuó:

—Además, reconozco que permaneciendo viuda tan joven, y por consiguiente expuesta á más de un fastidio, no podría soportar eternamente una situación semejante; dicho de otro modo, siento que un día ú otro me será necesario pensar en el matrimonio . . .

—Muy bien.

—Y por qué os lo ocultaría? . . . Física y moralmente me gustáis mucho.

—Cuán feliz me hacéis!

—Esto quiere decir que me parecéis mejor que otro alguno para ser mi marido.

—Si ese es mi sueño . . .

—¿Añadiré que desde hace algún tiempo he observado la impresión que en vos ha producido mi modesta persona? . . . Jamás una mujer permanece insensible . . .

—Ah! señora . . . el gozo! . . . la dicha! . . .

—No es esto todo: antier, cuando me confesásteis los sentimientos que he sido bastante feliz para inspiraros, habéis sabido,—no debo disimularlo,—despertar en mí sentimientos completamente nuevos de emoción y de ternu-

ra . . . No he podido permanecer indiferente á ellos . . . En fin, ya que hemos entrado en el terreno de las confidencias, llevaré hasta lo último mi confesión: creo que os amo un poco, amigo mío . . .

Pedro estaba ya de rodillas delante de Mme. Delvour y le besaba las manos . . .

—Ah! Carlota! mi Carlota adorada! . . .

Pero ésta retiró vivamente su butaca.

—Os suplico . . . Esperad . . . Aún no hemos resuelto nada.

—Cómo? . . . ¿Me amáis, y nada se ha resuelto?

—Justamente: os amo . . . pero yo quiero saber si vos también me amáis.

Si el momento no hubiera sido tan solemne, Pedro habría prorrumpido en carcajadas.

—Veamos, permitidme que me asombre! . . . Soy yo quien pide vuestra mano, soy yo quien tiembla á la idea de no agradaros . . . y dudáis de la sinceridad de mis sentimientos! . . .

Pero, reflexionad un momento! . . . Vos misma lo habéis dicho: tengo una situación independiente como la vuestra, somos del mismo mundo; no podéis, por consiguiente, acusarme de que obro por interés . . . Entonces, si no os amara, no veo efectivamente con qué objeto . . .

Mme. Delvour hizo un movimiento de aquiescencia.

—Sí, sois sincero . . . Estáis persuadido de que me amáis . . . No lo niego . . . Pero, de qué persistencia es capaz ese amor? . . . Hé ahí lo que quiero saber antes de unir mi vida á la vuestra . . . Un joven encuentra á una joven. Ella le gusta. El se lo dice. En el momento de decirselo, se exalta y hélo ahí creyendo buenamente que su amor será eterno. ¿Pero qué garantía tiene la mujer de la duración de ese amor? . . . Humo de pajas . . . Yo quiero estar segura sobre ese punto . . .

Probadme que efectivamente me amáis, y entonces os seguiré . . . Pero hasta que no me hayáis dado esa prueba, la prudencia me aconseja esperar.

—Pero . . .

—Yo soy tenaz en mis resoluciones . . . Una prueba . . . Dadme una prueba.

—Pero, para probaros mi amor es preciso que se presente la ocasión. Yo no puedo incendiaros la casa para venir á arrebataros de entre las llamas . . . Yo no puedo arrojaros al agua para ir á retiraros con peligro de mi vida.

—Eso no sería, sinembargo, una prueba de amor . . . Bastantes bravos realizan actos heroicos, sin que los guíe la idea de casarse con las personas que salvan . . . Bravura y amor no son la misma cosa.

Pedro insistió, rogó, suplicó, juró que jamás había amado como la amaba á ella: en vano.

—Una prueba, repetía Mme. Delvour, una prueba, por insignificante que sea, de que me amáis, y nos casaremos! . . . Me hace falta, necesito esa prueba!

El pobre muchacho tuvo que despedirse desesperado, preguntándose por medio de qué milagro le sería posible dar aquella prueba que se le pedía.

III

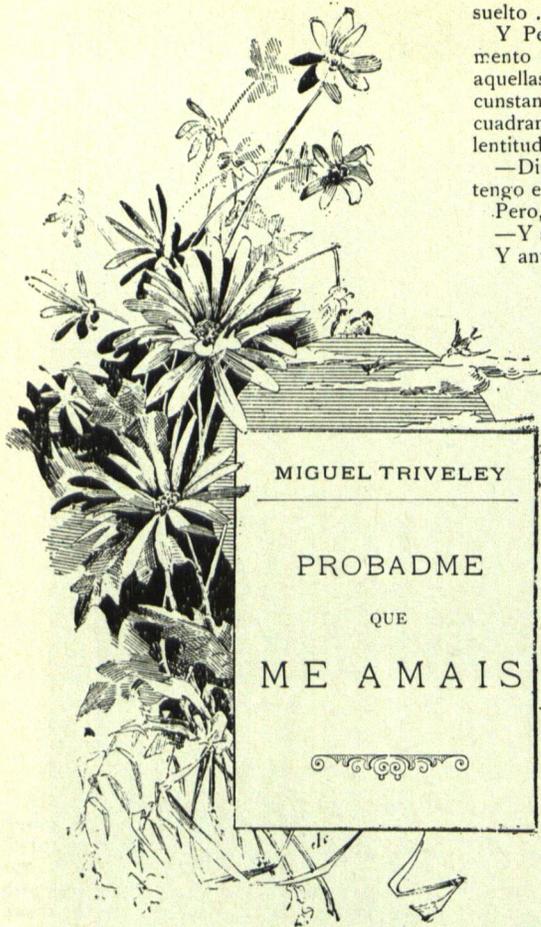
Las cosas continuaron en ese estado durante dos meses. Pedro había vuelto á ver á Mme. Delvour, en casa de sus relaciones. Cada vez que la encontraba, hacía esfuerzos para que creyese en su amor, bajo palabra, á falta de la prueba material que no podía dar. Pero ella persistía en su idea.

—Haceos arruinar, le decía, y veréis si me caso, á pesar de vuestra pobreza!

—Bella prueba de amor! le contestaba ella. Casarse con una mujer arruinada, después que se le había pedido su mano cuando era rica, es sencillamente caballeresco. Todo hombre dotado un poco de cierta dignidad de carácter haría otro tanto.

—Pero cómo, entonces? . . . cómo?

—Ah! mi amigo, eso es cosa vuestra: buscad!



I

Pedro Bridault subió á casa de Mme. Delvour un poco emocionado; llegado al descanso del segundo piso, se detuvo y miró la hora.

—Cuatro menos veinte, murmuró . . . y la cita es para las cuatro y media! . . . ¡Diablo! me he adelantado demasiado! . . . Esperemos!

Bajó la escalera y comenzó á andar á paso lento por enfrente de la casa; pero era tal su impaciencia, que no pudo dejar correr el tiempo necesario, y aún mucho antes del momento fijado para la entrevista, hizo sonar el timbre de la puerta de entrada.

—Mme. Delvour, está? preguntó, dirigiéndose á una criada.

—Ha salido, señor . . . Pero creo que no tardará . . . Espera á alguien que debe venir . . .

—Ese alguien soy yo.

—En ese caso, si el señor quiere pasar . . .

Y Pedro fue introducido en el salón, cerrándose la puerta de éste tras él.

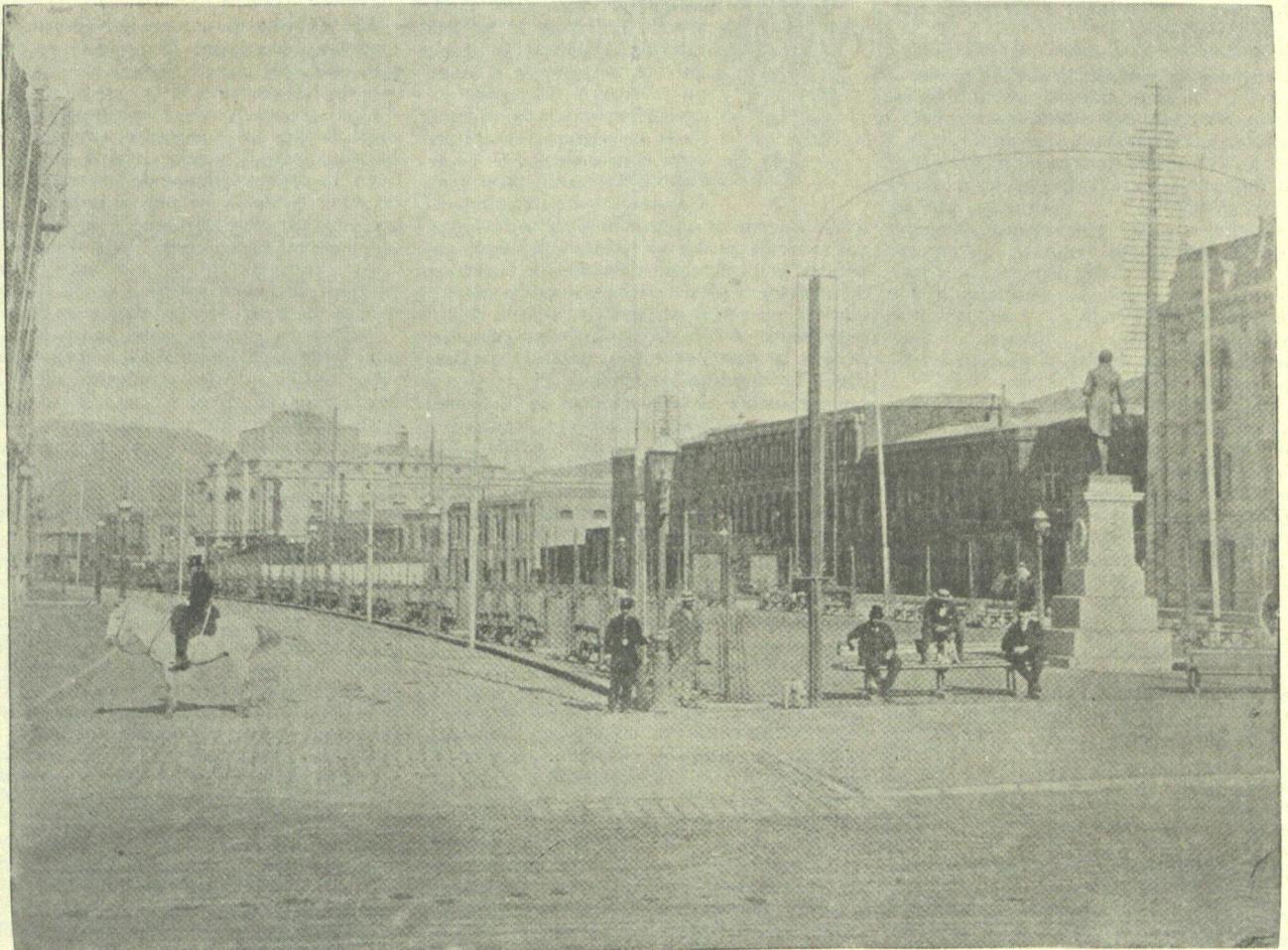
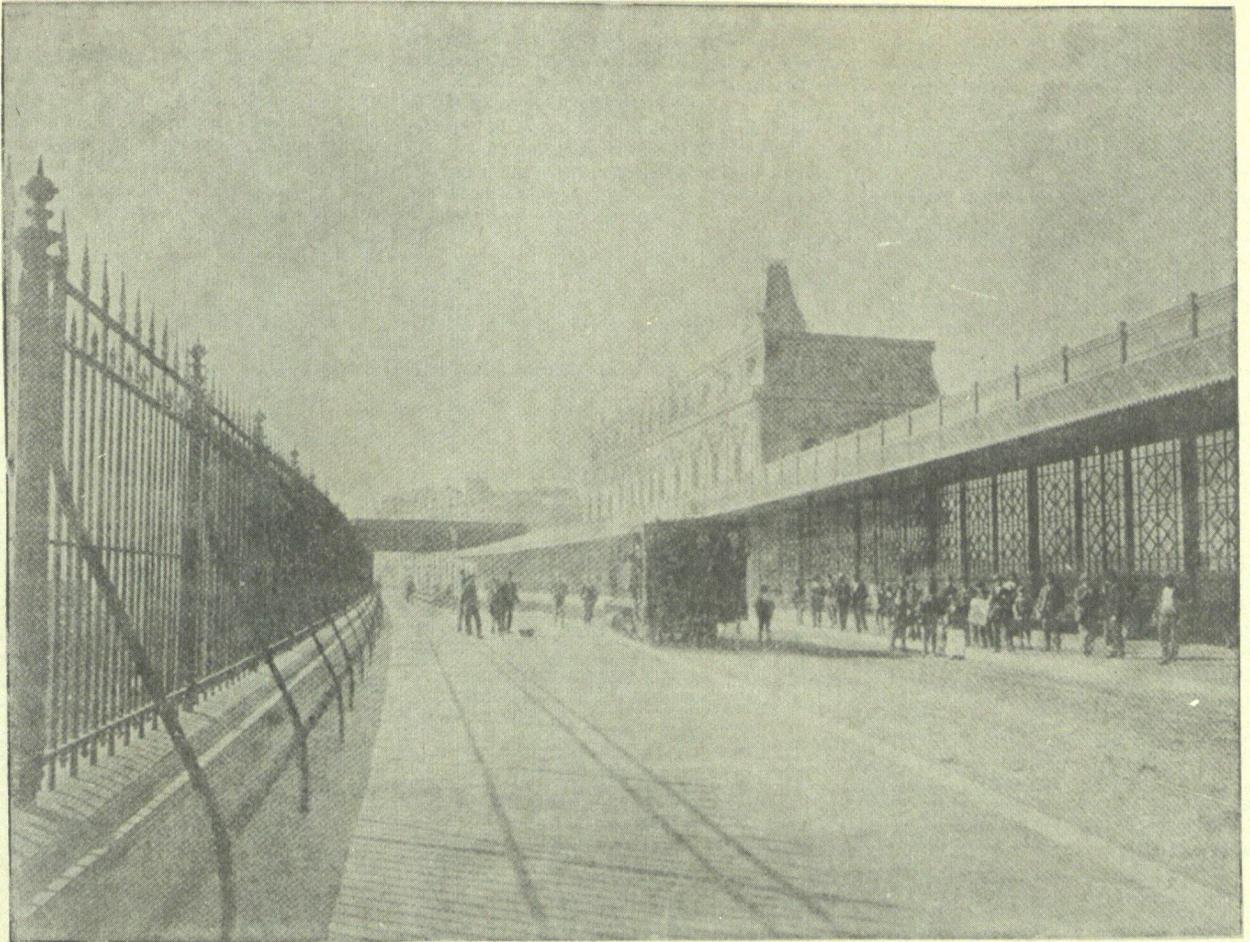
Tomó un libro que se encontraba sobre la mesa, se sentó en un sillón é intentó leer; pero bien á su pesar, no lograba fijar la vista en las páginas que tenía delante.

Meditaba, mirando con insistencia el reloj:

—Las cuatro y veinte . . . Si es exacta, dentro de diez minutos estará aquí . . . Entrará por esa puerta, y sólo por lo que digan sus miradas, adivinaré la respuesta . . .

Y contando con sus probabilidades de éxito, reconstituía la escena de la antevíspera, la turbación de la joven, su emoción visible después de la demanda en matrimonio que le dirigió, su respuesta evasiva, en fin, pero tan llena, sinembargo, de promesas:

—Cómo queréis que me resuelva tan pronto? . . . El matrimonio es una cosa tan grave! . . . Dejarme reflexionar y volved á verme pasado mañana, á las cuatro y media . . . Para entonces, ya habré podido consultar mi



VALPARAÍSO: ESTACIÓN BELLAVISTA; Y GRAN AVENIDA

Y Pedro seguía buscando, torturándose la imaginación.

El bravo muchacho, preocupado por su idea, había llegado á sumergirse en la lectura de novelas pasionales, á caza de alguna aventura análoga á la suya. Quién sabe! Acaso la imaginación de algún novelista podría presentarle la manera de salir del conflicto en que se encontraba!

Pensaba en las aventuras extraordinarias . . . Ruy Blas, que se hiere la mano por ir á buscar la flor favorita de la Reina de España . . . Inventaba combinaciones romancescas . . . Habría deseado batirse por Mme. Delvour, sin decirse. . . Un duelo en que fuese herido . . . Y cuando ella supiese la causa, se enternecería y consentiría en el matrimonio.

Desgraciadamente, todo no pasaba de ficciones. Ninguna flor nacida en el flanco de un escarpado y que Mme. Delvour manifestase el deseo de poseer. Ningún adversario á quien herir ni por quien ser herido, en honor de aquella mujer seductora.

IV

Había terminado el invierno. Cansado de esperar, desesperanzado de poder jamás llevar á Mme. Delvour el testimonio imposible que exigía, Pedro Bridault, presa de un desencanto profundo, acabó por resignarse á renunciar á la lucha.

Fué á verse con Mme. Delvour. Como la primera vez, la misma criada vino á abrir.

—La señora está en casa?

—Sí, señor; acaba de entrar.

El visitante fue introducido al salón.

—Vos por aquí? exclamó Mme. Delvour, yendo hacia Pedro . . . Pero hé ahí una visita que yo no había autorizado . . . Quizá la etiqueta mundana encontraría en eso algo que decir.

Y agregó, tomando asiento al lado del visitante:

—Sin duda, tenéis que decirme algo grave, no es cierto? . . . venís á traerme la famosa prueba? —No, vengo á deciros, al contrario, que renuncio á traéroslos.

—Ah!

Y Pedro continuó, tomando un aire grave: —Sí . . . durante todo el invierno la he buscado y Dios sabe con cuánta obstinación!

Y sonriendo á pesar suyo, agregó:

—Como los obreros sin trabajo, habría tomado no importa qué . . . Pero la mala suerte no lo ha querido así . . . Veo bien que jamás encontraré nada, y si lo he de encontrar será de aquí á mucho tiempo . . . Por otra parte, esta vida de incertidumbre y de fiebre me consume, me mata . . . Desgraciado por desgraciado, prefiero serlo por completo y de manera más tranquila . . . Rompiendo todo compromiso con vos, tendré al menos el recurso de poder olvidar . . . Adiós, pues . . . parto para no volver á veros . . .

Y al levantarse concluyó:

—Al menos, antes de abandonaros, me daré la satisfacción de deciros que os habéis conducido mal con respecto á mí! . . .

—Eh? . . .

—Perfectamente . . . O me amábais, ó no . . . Pero la condición que pretendáis imponerme era cruel . . . Por otra parte, hoy que he tomado una resolución, veo más claro en mí . . . y en vos. Y bien, os digo que todo lo que habéis hecho ha sido por pura coquetería! . . .

—Oh! . . .

—Sí . . . Y podría agregar . . . Pero á qué bueno? . . . Os soy completamente indiferente, verdad? Adiós, señora, y seriamente esta vez . . .

Pedro se dirigió hacia la puerta.

Mme. Delvour no volvía de su asombro.

Semejante inconveniencia con ella! Estaba furiosa.

—Buen viaje, pues que así lo queréis! estuvo á punto de contestarle.

Pero, —rareza de la naturaleza femenina! — qué pasó en ella? . . .

Ciertamente, Pedro le era simpático; lo amaba, y acariciaba dulcemente la idea de ser su mujer; pero sin que nada la apresurase; aun cuando pasaba ocho días sin encontrarle, no experimentaba impacencias de enamorada . . .

Luégo, cómo explicar aquella revolución que se operó en ella cuando el joven le hizo conocer que la abandonaba sencillamente? . . .

Olvidando toda reserva, todo amor propio; sintiendo desaparecer en sí toda resistencia, corrió tras él, lo detuvo, y de sus labios se escapó esta frase:

—No, no . . . Pedro . . . no partas! . . . te amo!

Por supuesto que Pedro no se lo hizo repetir . . . que rápidamente volvió sobre sus pasos.

—Me amas? . . . Ah! mi querida Carlota! . . .

Fue una explosión de alegría.

V

Como acontece á menudo, después de los primeros trasportes, los nuevos novios razonaron sobre el caso.

—Y yo que me había jurado, decía Mme. Delvour, obtener de vos una prueba real de vuestro amor! . . . Pero ahora comprendo . . . En tanto que mi voluntad vacilaba, os exigía prodigios . . . pero, ha poco, en el instante mismo en que sentí que me amábais profundamente, no he soñado más en exigencias . . . No es según la condición del amor del otro que una se decide, sino por la condición del propio amor!

NOTAS LITERARIAS

PARÍS.—Carlos A. Villanueva.—Prólogo de Julio Calcaño, de la Academia Venezolana.—París, 1897.



El título impone. Escribir «París» en la portada de un libro es comprometerse á mayores cosas que el santo autor de la *Suma*. A Zola se le ha acusado de audacia por haberse atrevido, infelizmente, á asunto tan soberbio y desmedido como es *Roma* y su próxima obra, *París*, consagrará ó echará por tierra el monumento de su fama, según corresponda ó no el desempeño á la magnitud del

tema. Es necesario poner en ese libro cuanto se abarca desde lo alto de Montmartre—vasto panorama gris tachonado de verde—y cuanto se divisa desde el pie del obelisco—insólita avenida gloriosa que por el un confín va al arco triunfal napoleónico, ó vía de las Tullerías derruidas se lleva la vista por entre estatuas y jardines hasta los claustros legendarios del Louvre y proyecta sobre el arco imperial del Carrousel el blanco, imperioso monumento republicano á Gambetta, ó allende el Sena señala la aureola que el sol enciende sobre la dorada cúpula de los Inválidos. Es necesario poner en esas páginas, agitando dentro de ese paisaje que se desarrolla de Charenton á Bougival, la conciencia compleja y fantástica de París, á formar la cual concurren la Sorbona y el Moulin Rouge, la Bolsa y el Quay d'Orsay, el arrabal de San Germán y La Villette, la sombra de San Luis y la de Cartouche, la herencia de Pasteur y la de Ravachol . . .

Antes de abrir el libro el título me intimidó. Cuando después de leído lo hube cerrado y desde mucho antes aún me persuadí con intenso placer de amigo y camarada que es bello ver destacarse en los esparcimientos de un estudiante el perfil indeciso y cautivador de la ciudad incomparable; que en ocasiones ella se revela íntegra y sin velos en un episodio, en un incidente y como para premiar á quien tan bien la ama se insinúa en alguna página sincera y sencilla, sonríe, late en ella y la ilumina con el prestigio de su comparecencia.

Lo dudáis? Dejad que Carlos Villanueva os conduzca al mesón del *Père Lunette*. Es de noche. La luz de un enorme candel disipa á medias en cada sala la sombra que la inunda. A las mesas y en los bancos enclavados en el suelo están sentados tipos de mala facha y aspecto miserables. Juegan á las cartas, ó charlan, ó engullen una pitanza nauseabunda servida en platos y vasos de estaño, que como los cubiertos están encadenados á la mesa. En el suelo, donde y como cada quien puede, duermen hombres y mujeres harapientos, escuálidos, patibularios. Un centavo cuesta el derecho á tenderse en esa nueva corte de los milagros á donde el frío, la miseria y el vicio empuja por docenas á criminales y menesterosos.

Y bien, á ese antro de lobos hambrientos «Ivette Gilbert, la estrella parisiense de la *chansonnnette*, tuvo la humorada una noche—dicen que después de una comida donde corrió á mares el champagne—de ir á cantar su repertorio. Se presentó como una loca: el pelo destrenzado, el traje medio abierto, la garganta al aire y el pecho lleno de diamantes, alguien hubiera dicho que sus labios estaban aún húmedos de la última copa y trémulos del contacto ardiente del último beso . . . Los harapientos la recibieron como en ovación espléndida y quedaron sorprendidos al ver aquella mujer, vestida de manera tan rica, cosa por demás nunca vista en aquella casa—que, montada sobre una mesa de la taberna, entonaba sus picantes canciones de café-concierto. Dicen que la diva cantó con sentimiento y ardor tan grandes, que nunca más lo hizo igual, ni aun cuando arrebatada de entusiasmo al pueblo de París, desde las tablas de la *Scala*.—Aquellos hombres respetaron á la diva del arte, que abandonó en noche triste y fría la sala de triunfos, en donde la coronaban el amor y el dinero, para ir á obsequiar á aquellos infelices abandonados de la suerte, con el trinar de su garganta; y ellos, reconocidos, la colmaron de aplausos y de vivas, por haber traído con su canto la alegría á sus tristes y enfermos corazones.»

Ahí en esas líneas, en esa piedad, en ese contraste, está París. Como está en otra página que con placer copiaría de *Al natural*, uno de los artículos de la colección.

París, es una conversación tranquila y amena en la que un amigo nos refiere cosas bellas ó grandes ó raras, vistas ó sentidas por él en la capital del mundo, conversación que se anima hasta la elocuencia cada vez que lo posee la emoción artística. Y el libro resulta complejo en su sencillez. París, siempre abrumador, proyecta en esas crónicas siluetas formidables de acontecimientos y de hombres y siluetas grotescas de episodios y de tipos.

Sonriente y paternal como un patriarca, aparece Pasteur en las fiestas universitarias de 1889, en las que los estudiantes de los Estados Unidos se descubren ante el pabellón venezolano, lo reciben conmovidos, formados en fila, y llevándolo á sus labios el representante del grupo, exclama: «Esta es la bandera de Bolívar, y nosotros los hijos de Washington la besamos y abrazamos con orgullo, pues es nuestra hermana en la libertad.»

El alma del barrio latino anima esa frase generosa y fraternal.

Desfilan luégo Zola, el rebelde, y Lisbonne, el petrolero, visitando ambos á los académicos en demanda de un sillón de inmortal: Sarah Brown, la impura, sin más traje que su propia impudicia, aparece haciendo de Afrodita en un jolgorio de Quatz-Arts, llevada en andas por faunos en frac, y Rochefort, el apóstol rojo, vuelve del destierro á recibir del proletariado parisiense los honores del triunfo: Lesseps decrepito, Dreyfus degradado; Carnot apuñaleado por Caserio; Miranda, en gloriosas remembranzas, Checa, el escultor, en su taller, y Michelena, el nuestro, en la consagración de la Sala de Honor del *Salón* de los Campos Elíseos; Boulanger, aquella parodia de César que muere parodiando á Romeo, y Napoleón,



VISTA TOMADA EN EL FERROCARRIL DE COSTA RICA

en torno á cuya tumba se inclinan, plañideras excelsas, todo el coro de sus batallas desde Aboukir á Waterloo, y la Francia y la gloria. En la última página del libro, aparece en lúgubre lontananza la guillotina, y tendido en la báscula un sacerdote católico. La cabeza ungida cae en el cesto como en los días del Terror . . .

..*

No hay frases de indignación y de cólera en este libro sino para los anarquistas. Caserio, Henry, Ravachol, Vaillant son monstruos que no merecen piedad á los ojos de nuestro amigo: bien descabezados están, bien está que á las afueras de Barcelona se les fusile en pelotón . . . Confieso que no aplaudo á los terribles carbonarios de la bomba y el puñal. Son siniestros. Si fuera juez ó jurado, y creyera en la pena de muerte, condenaría á algunos de ellos. Si fuera Dios, infinitamente sabio, que mide todos los infortunios y pesa todas las injusticias, Dios infinitamente piadoso que sondea todas las desesperaciones y penetra todos los anhelos, yo los perdonaría. Simple contribuyente como soy, detesto sus métodos pero no los odio á ellos, los convencidos. En los senos de la montaña, sin que pueda yo remediarlo, miro en la roca ponderosa é impasible algo tiránico, odioso, y en la mina que la revienta, un ímpetu de libertad.

No cólera sino piedad debe inspirar el tenebroso error de los anarquistas.

..*

Y, pues que llega la hora del correo, y debo interrumpir estas notas, las cerraré saludando á Villanueva del propio modo que lo hace el señor Julio Calcaño, su muy discreto prologuista: *Oterque quaterque beatus!* quien en esta edad y en aquella Babel mantiene libre de ateneadoras dudas el espíritu, y vive en la tranquila serenidad de la fe.

CÉSAR ZUMETA.

EL TIGRE Y EL GATO

(FÁBULA)

Llevaron, con engaño, al despoblado
Un gato reputado
Por dentista de ciencia,
Que sacaba las muelas sin dolencia,
A extraerle un colmillo dolorido
Al tigre más temido.
Y obró con tal maestría,
Que el tigre en su alegría
De verse bueno y sano,
Abrazó con afecto al cirujano
Y su amistad sincera
Le ofreció sin reserva, y duradera,
Poniendo por testigo á un zorro viejo,
Privado y miembro de su Gran Consejo.

El gato malicioso
Miró al zorro, mostrándose dudoso:
Este picóle el ojo, y con falsía,
Ratificó cuanto el señor decía,
Como hacen de ordinario los traidores
Con quien les da riquezas y honores.
Al punto en que se vieron
Sin testigo, este diálogo tuvieron
Dando principio el gato:
—Amigo zorro, dime, sin recato,
¿Qué tal es esta *pieza*?
Te hablaré—dijo el zorro—con franqueza:
Entre los hombres pasaría por bueno,
Porque es cortés y oculta su veneno;
Mas... Dios te libre, *niño*,
De su falaz carifño!—

En esto, el tigre regresó con hambre
Y tomó con su amigo chivo fiambre:
Como hermanos cenaron,

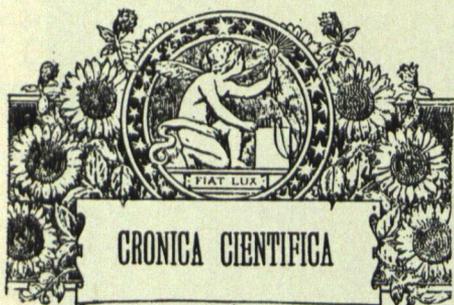
Y luégo, en dos hamacas se acostaron;
El gato quietecito, como muerto,
Mas con un ojo abierto.
Al aclarar se fueron hasta el río
Y tomaron los dos un baño frío.
El tigre untaba al gato
Jabón, por la región de omoplato;
Y el gato se sumía,
Del miedo que tenía.
Al terminar el baño, el tigre dijo
—Te quiero como hijo
Y te voy á enseñar todas mis mañas
Industrias y patrañas
Para hallar la comida
Sin exponer la vida—

De la caza le habló sin escopeta
Sin trampas ni zaeta,
Y de otra tontería,
Que el gato de memoria se sabía.
Y terminó con esto, el muy malvado:
—Pues que yo mis secretos te he mostrado
Es justo que me enseñes cuanto sepas
¿Cómo tan ágil trepas
Por árboles derechos?
¿Cómo andas por los techos
Y no quiebras las tejas
Ni las señales de tus pasos dejas?
Y ¿cómo puedes, cómo
Caer siempre de pies, nunca de lomo?
—Eso es muy fácil—respondióle el gato—
Te enseñaré en brevísimo relato
La destreza, finura y alta ciencia
Con que plugo dotarme Providencia.
Oyelas una á una,
Sin reservar ninguna—
Y, cual maestro docto, las lecciones
Acompañó de ejemplos y razones.
El tigre muy contento,
Las escuchó sin pestañear, atento,

Y al fin le dio un abrazo
 Que por tris le revienta el espinazo.
 ¡Cuán pronto se arrepiente
 De ser agradecido.....! De repente
 Crüel y traicionero,
 Salta rugiendo fiero
 Sobre el pobre gatito á devorarlo.....
 Mas, antes de alzarlo
 El gato asaz ladino,
 Da salto atrás y burla al asesino!
 —Ah pilló!—dijo el tigre—me engañaste
 El salto para atrás te reservaste!
 —¡Muy bien me hubiera ido! bien, por cierto;
 Si te lo enseñó, ya estuviera muerto,—
 Agarróse á un bejuco de camasa
 Y por los aires se marchó á su casa.

Reserva tu secreto al enemigo
 Aunque se finja tu mejor amigo.
 Andate con recato
 Si quieres escaparte como el gato!

F. DE SALES PEREZ.



Literatura médica de la India—El *Ayurveda* y el *Samhitá*.—Doctrinas médico-filosóficas.—Hipócrates y la Medicina en Grecia.—Psicopatías y fobias.

Es una verdad axiomática y como tal universalmente aceptada que el movimiento y la producción literaria de un país da la medida exacta de su grado de cultura y de progreso en una época dada. Y si también es cierto que en la historia primitiva, en la era de gestación de los pueblos antiguos, pierde un tanto su valor este criterio, porque la fábula y la leyenda desfigurando la realidad de los hechos amengua y oscurece la verdad histórica, no es tampoco menos cierto que á la luz de las modernas civilizaciones, la ardiente investigación de los espíritus y la tendencia analítica del siglo han diafanizado el velo que cubría las épocas remotas devolviendo á la verdad su alteza y predominio.

Entre los pueblos antiguos en los que la ignorancia humana haya estratificado mayor suma de inconciencia existe la India, la amada del Fakir, esfinge y atalaya del Asia.

Su literatura nebulosa y fantástica, sus misteriosas y complejas teogonías, sus ritos y sus castas han sido siempre campo fecundo de investigaciones y de estudios que la paciente labor de los hombres acumula á través de los siglos en el trabajo de reconstrucción de pueblos y de edades ya extinguidas.

El estudio de la literatura médica de la India debe hoy al profesor Lietard los progresos que sus numerosos trabajos sobre esta materia han realizado.

Juzgábase como pobre y escasa la bibliografía médica de la India según el concepto de los historiadores, mas por los trabajos del profesor de Plombières sabemos hoy que ella cuenta más de 800 obras diferentes atribuidas á 300 autores, sin contar las anónimas.

La ausencia en las citadas obras de todo dato cronológico dificulta un tanto la clasificación de ellas, á la cual sólo puede lle-

garse por la comparación razonada de los diversos textos y el estudio metódico de las citas y referencias en ellas contenidas.

Dos importantes obras forman la base de este monumento literario de donde parecen haberse derivado todas las demás; estas son, el *Ayurveda* y el *Samhitá* de los autores *Sucruta* y *Charaka* respectivamente.

El mismo papel que la obra de Galeno desempeñó en la medicina de Occidente ocupan estas dos en las ciencias médicas de los Indios.

Iguórase á punto fijo la edad de estas producciones; pero se ha podido comprobar que estos textos han sufrido múltiples modificaciones y que sus formas primitivas, hoy perdidas, datan de los primeros siglos de nuestra era.

Posteriormente á estos autores y separada de ellos por cierto número de siglos, se encuentra otra obra, de gran reputación en toda la India, especialmente en las provincias occidentales y setentrionales.

Esta obra es el *Ashtangahridaya*, escrita por *Vagbhata* el más célebre de los médicos de la India después de *Sucruta* y *Charaka*. A datar de 1.862 ha tenido este libro catorce ediciones comentadas y traducidas á la lengua moderna de la India.

Aunque generalmente se admitía que *Vagbhata*, el autor de la citada obra, existió en el siglo doce, un sabio alemán acaba de descubrir que esa obra fue traducida á principios del siglo IX, al tibet, lo cual hace datar la existencia de dicho autor al siglo VIII.

A partir de éste en la serie sucesiva de los siglos han aparecido en la India multitud de compendios, manuales, comentarios creados por las exigencias de estudios privados ó para satisfacer el capricho de algún príncipe, de modo tal que el período de actividad científica, verdaderamente productor, ha cesado hoy en la India, encontrándose actualmente en definitiva decadencia científica.

Por el estudio cronológico de las obras antiguas de *Sucruta* y *Charaka* se advierte cierta relación entre estas obras y las análogas de la literatura griega; y aunque, como ya se dijo la forma primitiva y original de ellas se ha perdido en el polvo de los siglos y en los ulteriores desarrollos sufridos en el texto, es muy probable, sin embargo que ellas hayan precedido á las de Galeno. Lo que si está comprobado es que ellas son posteriores á las obras hipocráticas.

La similitud que existe en las ideas y teorías desarrolladas en las obras griegas é indias, es lo que da interés y valor á estos datos, pues tan exacta analogía no puede atribuirse en manera alguna al acaso.

No queda duda de que los Indios por una ó por otra vía tuvieron con los Griegos comercio intelectual, asimilándose así las ideas principales y la teoría humoral de la medicina griega, incorporándolas en el cuerpo de sus dogmas y doctrinas filosóficas y formando finalmente esa alianza médico-metafísica, característica de su teogonía, la cual combatió Hipócrates sistemáticamente, hasta desembarazar de ella la medicina griega.

Existe en el dominio de las enfermedades mentales un curioso fenómeno psicopático que todos habremos tenido ocasión de observar, como hecho que comprobamos sin intentar analizarlo; es el fenómeno de las *fobias recíprocas*: un estado psicopático especial que se manifiesta solidariamente entre dos ó entre varias personas.

En el estado actual de nuestros conocimientos se aceptan dos facies de esta especie de locura: 1º la locura recíproca *simultánea* porque aparece en dos individuos al mismo tiempo y por las mismas causas; 2º la locura recíproca *comunicada* es decir, impuesta, inducida, transmitida de un individuo á otro.

En ambas especies existen variedades, por ejemplo: la locura simultánea propiamente dicha desarrollada entre marido y mujer, madre é hija etc., que viviendo en contacto íntimo se influyen recíprocamente y la simultánea gemelar que se produce hereditariamente entre gemelos

También la segunda especie, la locura comunicada, tiene sus variedades: puede ser comunicada por imitación, como resultante del choque moral que el aspecto de las locuras emosivas produce en los predispuestos y puede también ser comunicada por persuasión, como producto de la penetración lenta de los delirios de un loco en el cerebro de un individuo sano.

Así pues, la locura, cualquiera que sea su género es susceptible de propagarse en ciertas condiciones y por mecanismos especiales. Existe pues también el contagio en la locura.

Esto por lo que hace á la locura general; ahora bien, las *ideas fijas*, las *obsesiones*, las *fobias* son también susceptibles de contagio? El punto no está dilucidado, pero existe el hecho de que los terrores mórbidos son hereditarios según la opinión del profesor *Feré* que cita el caso de un degenerado, en cuya familia habían existido varios *hematofobos* (horror á la sangre) el cual no había podido nunca ver sangre, ni aún oír hablar de ella sin experimentar inmediatamente una angustia indescriptible que llegaba á veces hasta el síncope.

A propósito de esta observación el profesor *Arnozan* cita el caso de uno de sus discípulos que un día que traducía en la clase de literatura la muerte de *Séneca*, al llegar al pasaje en que el filósofo romano se abre la vena sumergido en el baño, á la sola evocación del cuadro sangriento, cayó, presa de una crisis de angustia extrema.

Es muy común la observación, y á diario la hacemos, del horror por ciertos insectos, la cucaracha por ejemplo, transmitida por herencia á toda una familia. Hombres de gran serenidad y valor ante los mayores peligros los hemos visto huir, como ante un enemigo formidable, en presencia de una inofensiva cucaracha.

El horror á las tempestades, la *astrofobia*, es también una psicopatía muy común, una *fobia* que se trasmite por herencia de ascendientes á descendientes.

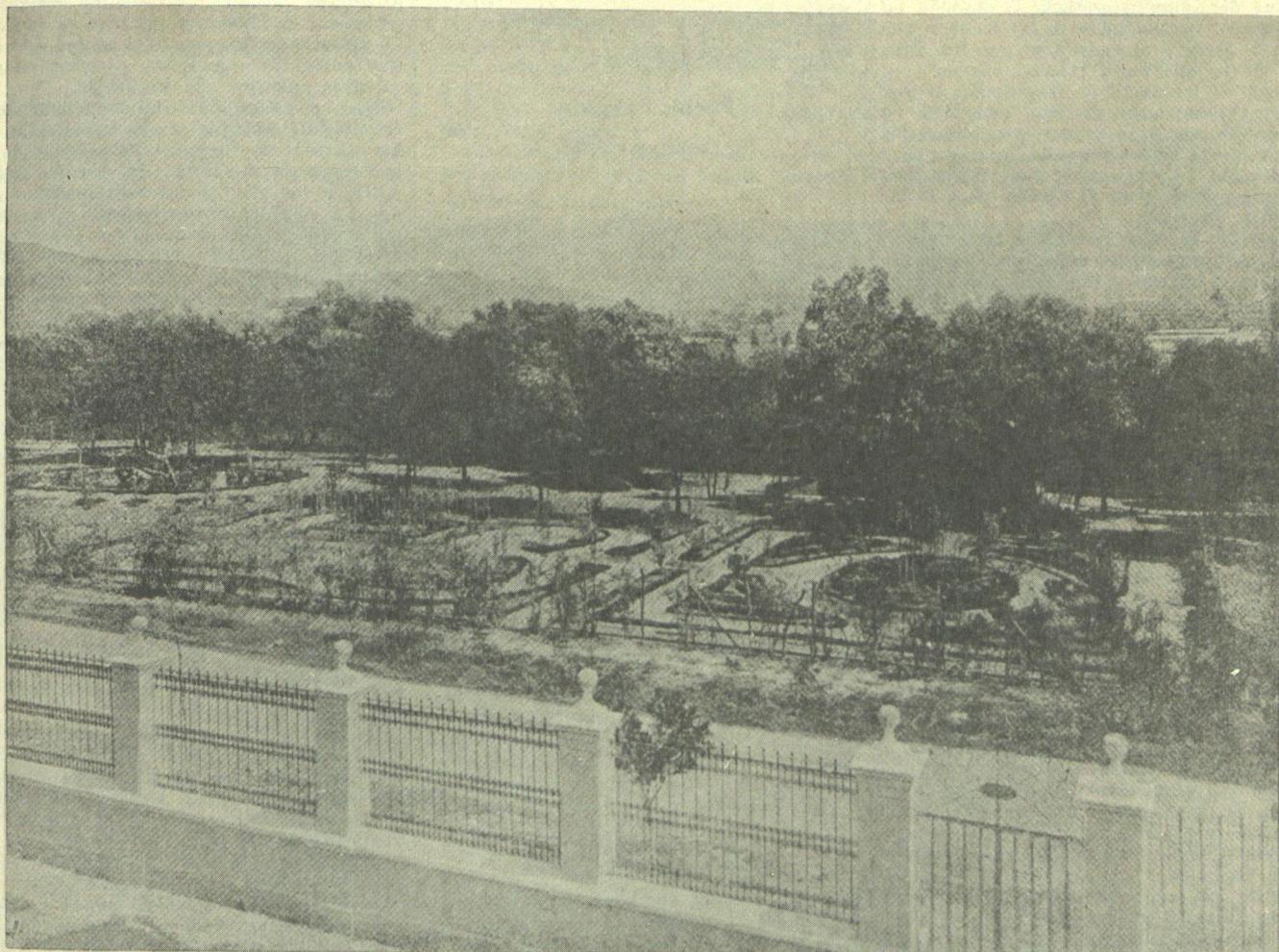
Sobre este estado psíquico morboso refiere el profesor *Beard* la observación de una mujer que estando en su clínica, oyó un trueno é inmediatamente se arrojó llena de pánico por tierra, cubriéndose la cara, en tanto que la madre que la acompañaba hacía otro tanto.

En fin, los hechos de este género son de observación vulgar. No hemos visto por ejemplo, personas que al primer amago de tempestad, un relámpago, un trueno, toman medidas preventivas, cubren los espejos, vístense de seda y encierran herméticamente en las habitaciones?

También existe la herencia emocional de los trastornos fisiológicos de que habla el profesor *Feré*, al referir el caso de obsesión nasal en que un enfermo por el más leve motivo, aunque fuera de alegría, desahaciase en lágrimas.

Entre todos estos curiosos fenómenos es digno de mención especialísima el caso de una señora atacada de obsesión diarrea, es decir del temor á la diarrea que no le permitía aventurarse á la calle sin tomar medidas convenientes. El padre de esta enferma padecía de lo mismo, hasta el punto de que la música determinaba el acto, caso en el cual bien puede decirse que la música le penetraba hasta las entrañas.

Todos estos hechos no tienen otro origen que la herencia similar, en la cual la imitación interviene contribuyendo á determinar el fenómeno.



VISTA TOMADA EN LA AVENIDA DEL PARAÍSO. — Caracas. — Fotografía de Schael

En efecto, los temores ó miedos mórbidos no sólo pueden transmitirse por herencia sino también comunicarse por contagio. Y esto no se verifica únicamente en el hombre sino también en los animales. El profesor Féré en sus "Comunicaciones á la Sociedad de Biología" menciona casos de *agorafobia* (horror al espacio) transmitida á los perros por sus amos. Hecho que prueba que los terrores mórbidos, creados por la herencia pueden ser transmitidos por contagio.

La *obsesión de las enfermedades cutáneas* es otro curiosísimo caso de *fobias*. En efecto es muy frecuente observar en personas predispuestas que están en contacto con individuos afectados de sarna, las erupciones imaginarias, principalmente en los estudiantes de medicina. Esta obsesión ante el contagio de las afecciones eruptivas, principalmente de la sarna, ha recibido del profesor Thibierge el nombre de *acarofobia*.

Este fenómeno puede producirse en individuos que anteriormente padecieron la enfermedad y que desde ese momento no pueden verse la más leve manifestación de la piel, sin creerse de nuevo atacados de la enfermedad; y es tal el efecto ó poder de la imaginación que no tardan en sentir comezones y prurito que obligándolos á rascarse acaban por determinar manifestaciones dérmicas como urticarias, prurigos, eczemas, etc.

Antes que M. Thibierge, ya M. Hallopeau había llamado la atención sobre un estado mórbido, caracterizado por sensaciones pruriginosas en las partes velludas de la superficie cutánea, que obligaba á los enfermos á extirparse, con cierta voluptuosidad, los vellos, fenómeno que llamó *trichotilomanía*.

Los casos de estas verdaderas *neurosis cutáneas* abundan en la ciencia.

Refiere M. Arnoz el caso de dos mujeres, madre, é hija, enviadas por M. Dubreuilh á su clínica.

La madre de cincuenta años de edad era nerviosa, impresionable, había padecido de crisis nerviosas y era sorda del oído izquierdo. La hija de veintidos años de edad, era débil, pálida, profundamente anémica. Padecía desde la edad de quince años de accidentes nerviosos, manifestándose por ataques pseudo-síncopales de varias horas de duración.

Ambas mujeres acusaban *erupciones puramente imaginarias* que las preocupaban hasta el punto de no tener otra idea fija que la enfermedad de que se creían afectadas. Después de emplear medicaciones empíricas, resolvieron consultar un médico.

Bajo la influencia de los baños sulfurosos prescritos, sintióse la madre mejor hasta el punto de considerarse completamente curada; pero cosa extraña, á medida que iba mejorando y su preocupación se disipaba, aumentaba la obsesión por la hija, atormentándose cada día más por ella hasta llevarla á la consulta de las enfermedades de la piel en la Facultad.

Hé aquí cual era el estado mental de estas dos enfermas. La madre, muy preocupada, muy convencida, de que tiene *sarna*, la hija responde con claridad á todas las preguntas que se le dirigen. La hija menos inquieta, más tranquila pero dominada, sugestionada por la madre, repite como un eco todo lo que dice la madre y manifiesta temor de haber contraído una grave enfermedad de la piel.

Practicado el examen sólo se encontraron

huellas de que la pseudo-enferma, sugestionada por el prurito imaginario que sentía habíase rascado con fuerza.

Se instituyó una medicación tónica interna y externa, y el uso de la hidroterapia, tratando de obrar también por sugestión en el espíritu de la enferma.

A favor de este tratamiento mejoró la enferma, pero hé aquí que la madre, más y más obsecada, protesta contra la mejoría y declara que su hija tiene toda la cara llena de *barros*.

Dos meses más tarde, cuando la curación de la hija se acentuaba, proseguía la madre en su obsesión, si bien menos afirmativa que anteriormente.

Hé aquí, pues, un caso de *fobia comunicada* por influencia, por contacto íntimo, por sugestión de un cerebro enfermo sobre un espíritu predispuesto, quizás por herencia.

La desaparición de estas fobias, el lazo patológico que unía estas mujeres y que mantenía en la hija la sugestión, quedaría roto por la separación de ellas, determinándose entonces la curación completa de la obsesión; pero la situación de ellas no se prestaba á practicar esta medida.

En estos casos, como en todos los de su género, que son más frecuentes de lo que parece, se trata de la *dermatofobia*, de una afección cutánea imaginaria que bajo la influencia del temor emocional se propaga á una ó varias personas, determinando por la intensidad de la sugestión verdaderas dermatosis, con comezones desagradables de una tenacidad que está en razón directa del grado de la obsesión.

En estas fobias comunes á varias personas, hay ordinariamente un individuo que es el agente activo del fenómeno psicopático,

el que determina y sostiene la obsesión en los demás, imponiéndose de tal manera que llega á veces á atormentarse por los otros más de lo que haría consigo mismo.

Como el fenómeno de la obsesión es por su naturaleza misma infinito, esta fobia de las dermatosis debe existir para todas las enfermedades susceptibles de propagación y de contagio. Deben existir pues, fobias para la tuberculosis, para el cáncer, para la hidrofobia, etc.

Además de estas nosofobias de evolución lenta, productos de contactos prolongados de sugerencias íntimas, nosofobias crónicas, puede decirse, deben existir también estados agudos análogos en ciertas epidemias de fiebre tifoidea, de viruela y sobre todo de cólera. Y así sucede, que en lo relativo á esta última enfermedad existe el prejuicio común, de que una de las causas determinantes de la afección en el individuo es precisamente el grado de temor de contraer la enfermedad, es decir, el *miedo emocional*, la *fobia* misma.

Haciendo abstracción de los casos en que el miedo morboso puede propagarse en razón directa de la transmisibilidad del mal que se teme, las obsesiones similares comunicadas, aunque raras, se verifican también, ya sea del hombre al hombre, ya de éste á los animales. Se ha observado el caso interesante de dos hermanas en las cuales una transmitió á la otra su obsesión en una confianza; pero con la singularidad de que la obsesión al transmitirse cambió de carácter; la de la primera era *onomatofobia* (temor de pronunciar ciertas palabras) y al transmitirse á la segunda se cambió en *rupofobia*, manía de incesantes y frecuentes lavados. Es decir que ambas hermanas adaptaron á su propio temperamento la forma psíquica de la obsesión.

Entre los casos de obsesiones similares comunicadas del hombre á los animales, existe el mencionado por el profesor Feré de perros que habían contraído la *agorafobia* en contacto con sus amos que eran agorafobos. Estos animales caminaban por las calles rozando las paredes; y cuando se veían precisados á atravesar la calle experimentaban un horror extremado, hasta el punto de ponerse á temblar. Separados de sus amos se curaban, y al estar de nuevo en contacto con ellos volvían á contraer la obsesión.

El profesor Capitán, cita el caso de un perro que se llenaba de terror al colocarlo frente á un espejo por una especie de ilusión del espacio.

Finalmente, las *fobias*, en especial las cutáneas, son susceptibles de transmitirse de una á otra ó á varias personas para constituir fobias mutuas ó recíprocas, con similitud más ó menos completa de una enfermedad.

Para terminar estas ligeras apuntaciones sobre estos interesantes fenómenos psicopáticos, citaremos una de las fobias más comunes entre nosotros, que por la naturaleza y origen del fenómeno podríamos llamar *insectofobia*; es el horror que experimentan ciertas personas por determinados insectos, gusanos, arañas etc.; con la curiosa singularidad de que la intensidad de la fobia está en razón inversa de la inofensividad del insecto.

ELÍAS TORO.

Caracas: agosto-1897.



PAGINAS + CORTAS

Perfiles rápidos

[POR JOSE PARDO]

I

Ricardo Jaimes Freyre—Boliviano.



Es poeta. Pertenece á la nueva generación, y abreva su inteligencia en el novísimo raudal de la decadencia.—Su espíritu está impregnado de cierta nebulosidad sugestiva, y las creaciones de su cerebro, visiones del Norte las más de ellas, tienen mucho de esa vaguedad exquisitamente bella de Maeterlinck. Su musa ama las desoladas regiones del hielo y se extasia ante las características blancuras de los témpanos polares. Los brumosos días atraen fuertemente la sensibilidad de su alma delicada, y la deja ir allá, á la última Thule, donde el misterioso albatros de alas majestuosas se cierne como un bajel fantástico y silencioso.

El sabe de los secretos de Walhalla y del idioma sagrado de Orga, y en sus versos musicales, cuyos ritmos poseen la orquestación wagneriana, pasan en fantástico acorde las enigmáticas ráfagas de los himnos runos.

En cuanto al estilo, es correcto y sencillo, exceptuando, naturalmente, aquellos galicismos dignos de ser cogidos con la pala burda y antigraciosa del excelentísimo señor don Miguel de Escalada (alias) Antonio de Valbuena.

**

RUBÉN DARÍO — AMERICANO



POETA delicado y exquisito, prosador de períodos armoniosos y elegantes, crítico demasiado benévolo y erudito notable y talentoso.

Rubén Darío reúne todas estas condiciones, lo que vale decir que es un literato de cuerpo entero, un verdadero literato.

Como poeta, ha triunfado ante las grandes autoridades europeas. Valera le ha prodigado flores, Castelar dice extasiarse con su prosa, y en Francia el maestro Jean Moréas le quiere.—Sus versos son gentiles y aristocráticos, y por más que se le haya llamado decadente y simbolista, nosotros sostenemos lo que ha dicho Groussac en el juicio sobre su último libro "Prosas Profanas."

Que Darío es un revolucionario en América y que ha impreso un sello especial á la literatura sud-americana, está fuera de duda. Ha tenido y tiene muchos imitadores; pero, salvo muy raras excepciones, todos han fracasado.—El campo que cultiva le pertenece, y quien vaya á él morirá ó vivirá endeble y raquítico.

Su primer libro "Azul" es un estuche de piedras preciosas. "Los Raros" un paseo lírico al través de las modernas letras universales, y "Prosas Profanas" el armonioso preludio de nuevas obras que le llevarán á la inmortalidad.

Nada decimos de sus primeros trabajos: ellos están tan lejos de lo que es hoy su autor, que sería imposible hacer comparaciones.

¿Qué más podríamos decir? Absolutamente nada. El es ya universalmente conocido.

**

LEOPOLDO DÍAZ — ARGENTINO



POCOS poetas habrá que hayan sido tan discutidos como Leopoldo Díaz.—Y esto, á nuestro modo de ver, es quizá un gran mérito para él.

¿Será su eclecticismo artístico el causante?... Tal vez. Se le ha visto libar en

diferentes florestas y se le ha creído sin personalidad. Nosotros por nuestra parte no lo discutimos: lo creemos el mejor poeta joven entre los argentinos, y le tributamos nuestros aplausos con sinceridad.

Díaz posee un dón altamente delicado de asimilación artística y sabe aprovechar. El ha querido ser Hugo, y ha conseguido ser una partícula de Hugo; ha querido ser Heredia, y también lo ha conseguido, y por fin, ha querido ser simbolista, y tenemos que decirlo, nos ha sorprendido. Pese á quien pese, su último libro "Poemas" es hermoso.—¿Dónde irá este poeta?... Seguramente lejos. El posee lo que se necesita, es decir, talento, y con talento y buenos puños se escalan las cumbres.—Arriba, pues!

**

LEOPOLDO LUGONES — ARGENTINO



ESTE es una joven águila más negra que la noche y más brava que los tigres.

Es un flagelador de la burguesía, cuyo látigo sabe sacar sangre para purificarla.

Poeta, es decadente (es decir, así le llaman,) y, salvo raras excepciones hace cosas muy bellas y muy hermosas.....

Bastará lo dicho para comprender que se trata de un escritor socialista, de un admirador de la Comuna y del estrepitoso derrumbe de la Bastilla.

El ama de todo corazón el pueblo esclavizado, y declarándose su paladín, cree cumplir con un deber sagrado.—Que prosiga, que marche adelante: nosotros los jóvenes le queremos; vemos en él el defensor de una causa santa, y le acompañamos.

Muchas veces hemos saboreado sus trabajos intelectuales y nos han sugestionado. No hay en sus composiciones tennes y suspirantes armonías, pero en cambio se encuentran grandes chispazos y grandes relámpagos con metáforas á lo Hugo.

Seguramente, llegará á la meta. Es muy joven: cuenta sólo veintidós años.

**

JOSÉ SANTOS CHOCANO — PERUANO



OMO Leopoldo Lugones, este poeta es también joven y amante del pueblo, aun cuando no con el furor socialista del primero. Chocano defiende el pueblo oprimido por un tirano entronizado, mientras que Lugones lucha contra el capital, contra los grandes industriales y contra el potentado de asnales patas que se hace arrastrar por árabes corceles.

El procedimiento artístico de Chocano es completamente distinto del de Lugones, lo que los separa sin dejarles casi punto de contacto.

José Santos Chocano como versificador es rudo y fuerte; posee el dón del apóstrofe, y tiene una lira bien templada, á la que sabe arrancar centellantes notas.

Indudablemente con el tiempo será todo un poeta de nervio; va por el camino de Almafuerte y Díaz Mirón, ó sea el camino que conduce al triunfo.

Varios libros ha publicado ya; primero "Iras Santas," bello libro, fuerte libro, terrible libro; después, "En la Aldea": aquí es un poco débil, pero se encuentra siempre al poeta; y por último "Azahares", conjunto de composiciones amorosas que.... algunas tienen versos de muchas sílabas.....

Nos tomamos la libertad de recomendar á este joven poeta, que siga los consejos de Luis Berisso; él le ama intelectualmente y espera mucho de su talento.

Buenos Aires.

Es de noche, mar de leva

[POR PAUL DUPLÁN]

Negra, negra como tinta está la noche; es imposible ver en tanta oscuridad, y sólo dirigiéndome á tientas con el bastón he logrado llegar al extremo del muelle; sopla un viento fortísimo; es impetuoso el embate de las olas.

La estación de baños ha llegado á su término; no quedan ya burgueses en Treport; se han ido al fin los que tanto fastidio me causaban. No más mecheros de gas, no más pianos. Sólo hay luz en nuestra casa, la única habitada; véola desde aquí brillar como punto luminoso en la profunda oscuridad.

Más y más se enfurece la alta mar. Envuelto en mi gran sobretodo de caucho llego hasta la barandilla y procuro verla á la distancia, más no puedo distinguirla del cielo, tan negro como ella. Me salpica el rostro, me golpea, me empaapa, me ciega con sus aguas espumosas y saladas. Ah! cuán mala es! Decididamente la siento, pero no la veo!

En las sombras de la noche llegan á precipitarse sobre el muelle las montañas de agua sacudiendo fuertemente el armazón que me sostiene. Fulgor fosforescente y apenas visible como mirada furtiva hieren á ratos mis pupilas..... No la veo, mas no importa, me basta sentirla. Oigo su estruendo ensordecedor y exclamo:— Sigue, sigue, atruena, cruje, gime, orquesta monstruosa, malvada, pérfida y brutal, que aterrorizas mi alma con tu imponente fragor y traes á mi mente graves y tristes pensamientos!

Quisieras asirme para envolverme y llevarme rodando entre tus olas; pero no, no me alcanzarás. Me basta con el baño soberbio que me has dado, y me voy á acostar. Adiós, bruto invencible!

Angellus

[POR CARLOS A. VILLANUEVA]

Era la hora de la tarde.

Condújome mi guía á una pequeña colina sita á la salida de Besançon y á corta distancia del hermoso valle de Fontainebleau.

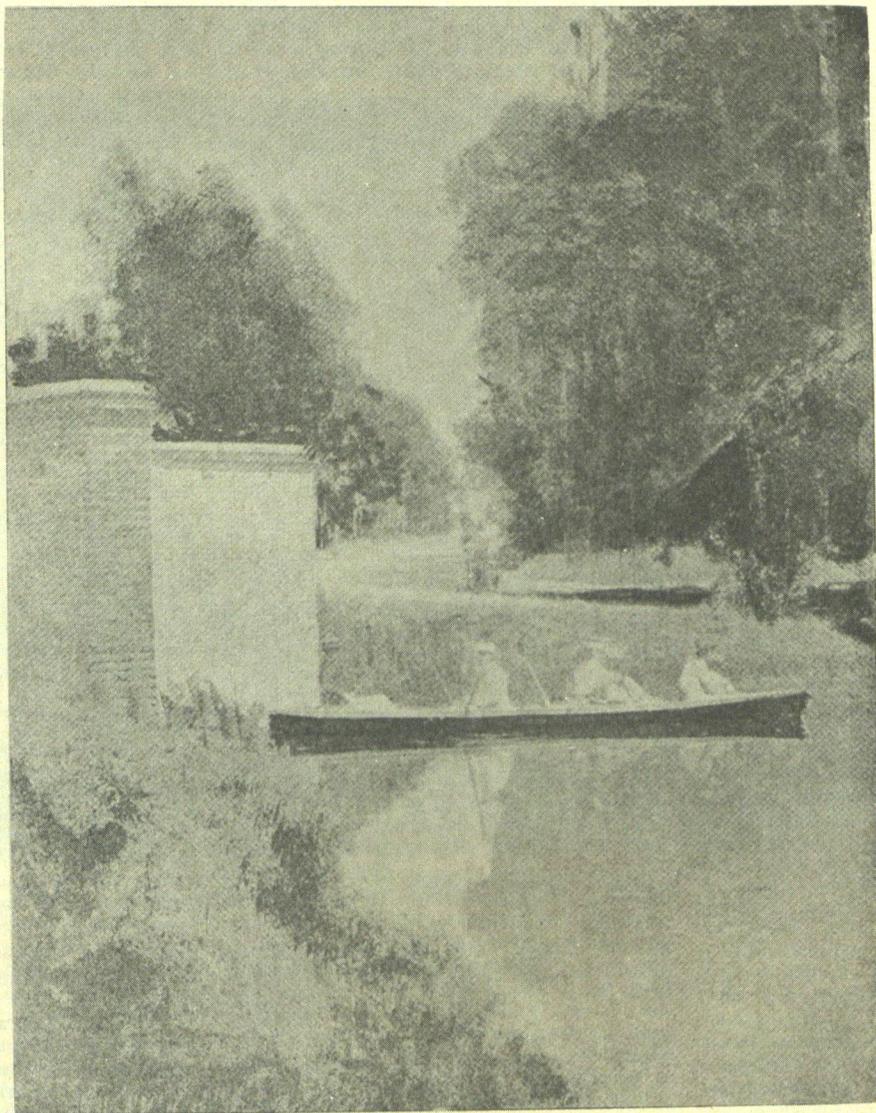
La grandiosa eterna luminaria de los cielos descendía majestuosa en occidente, y sus pálidos tintes de oro quebraban en la espiga de los trigos, en las ramas de la arboleda, en el campanario y en las musgosas ojivas de la vieja iglesia.

Allá en el campo veíanse caminar la vuelta del pueblito alegres labradores cargadas las espaldas con gruesos haces de espigas que apre-

taban contra el hombro con una hoz, cuya lámina al brillar del moribundo sol parecía el alfange de plata del musulmán infiel. Tras de ellos venían paciendo blancas ovejillas y el noble perro compañero del hijo de los campos.

En los aires vibró el sonido melancólico del bronce de la iglesia.

Los labradores al descubrir sus cabezas humedecidas por el rocío del trabajo, doblaron la



ESTANCIA "SAN JOSÉ" (EL LAGO). — Buenos Aires

rodilla, inclinaron la frente ante la tierra por ellos cultivada y recitaron la oración de la tarde.

Yo contemplaba desde la colina aquella escena noble y bella.

Mi guía puso la mano sobre mi hombro y me dijo:

—Aquí, en este lugar y á la misma hora, sentóse sobre esta piedra hace muchos años, triste y enfermo, el artista Millet; y abstraído como usted en la contemplación de ese panorama de encantadora poesía trazó con un viejo pincel su inmortal *Angellus*. Los habitantes de Besançon para recordar á la posteridad la inspiración del artista han colocado en esta roca su retrato.

Con efecto, en la piedra donde yo estaba sentado habían incrustado los hijos del pueblo de los artistas un bloque de bronce formando medallón y donde se destaca el busto de Millet, con este letrero al pie:

Angellus.

Londres: Julio de 1897.

Retraimiento

[POR JOL RASCO]

Al hacer á fin de año el balance moral de nuestra propia existencia en sus relaciones con el movimiento del mundo, se desprende siempre la nota característica del momento presente; así, para nosotros, los que vivimos en Burdeos, la observación ha dado por resultado que el 1897 sólo trajo en herencia languidez, tibieza y una molición del pasado que deprime por completo nuestra juventud. Es preciso confesarlo, no tenemos entusiasmo: las manifestaciones políticas presentaron los primeros síntomas de nuestro indiferentismo; ya nuestros estudiantes no luchan por los principios, ni se preocupan por la forma de gobierno? ¿En qué país vivimos? clamaban los ancianos—“Bah! responden, la tierra gira, dejadla que gire! Pero que ellos se interesen por el movimiento, que traten de acelerarlo ó de acentuarlo, eso, os aseguro que ni les pasa por la mente. ¿Descuidarán quizás la aplicación práctica por perseguir un ideal que los demás desdennan? —¡Ay! tres veces ¡ay! será acaso por la afición á los placeres? Nó, y eso es precisamente lo raro, pues lo que más languidece aquí es el placer exterior y bullicioso; dentro de poco no habrá quien asista al baile de los estudiantes, primera de las grandes fiestas carnavalescas que antes conmovían y arrasaban las multitudes; hoy van tan sólo algunos miles de hombres fastidiados á codearse por una ó dos horas, para dispersarse en breve, después de una monótona cena, igual en todo á la de la víspera y á las que habrán de sucederse después, sin animación alguna extraordinaria.

¿Qué hace entonces nuestra juventud? Ya las jóvenes buenas no tienen gusto en ir á las mascaradas; las que quieren pasar por elegantes y distinguidas abandonan los grandes círculos donde derrocharan tantas fortunas las generaciones pasadas. Podría alguno creer que los jóvenes de veinte años eran hoy más serios y trabajadores que sus abuelos, pero bien sabemos que en el cambio de nuestra juventud no va perdiendo nada el diablo. Es de lamentarse que á la general animación de nuestros pueblos del sur, al esplendor de las fiestas populares haya sucedido ese retraimiento, ese amor á la soledad, sin otra expansión que las pequeñas reuniones íntimas, pues la obra del progreso, esencialmente colectiva, se aumenta por medio de la asociación, que viene siendo como el lazo federativo, sea cual fuere la forma de sus manifestaciones; es de lamentarse, sí, ese individualismo exagerado,

nacido de los gobiernos absolutos, que continúa desarrollándose no obstante todos los esfuerzos que por contrarrestarlo hacen algunos espíritus sagaces y generosos.

Literatura Uruguaya

DANIEL MARTINEZ VIGIL

[POR JUAN FRANCISCO PIQUET]

Daniel Martínez Vigil es bien conocido. Su palabra de acentos dantonianos ha sacudido, ha electrizado á la muchedumbre reunida á su alrededor para oírle, ya en las asambleas políticas, ya algunas veces al pie del mausoleo que guarda los restos de los mártires caídos en defensa de la libertad.

Carácter austero, con severidades catonianas, sus producciones intelectuales son el reflejo esplendoroso de los sentimientos que anidan en su gran corazón. Por eso es tan admirable y tan apasionado cuando habla.

Tiene rugidos de león y mansedumbres de cordero.

El está llamado á sublimar el dicerio y divinizar el insulto.

Un crítico que pasa por implacable, pero que es en mí sentir tan inteligente como justiciero, refiere del modo que sigue la aparición de Daniel Martínez Vigil en la vida tribunicia de la República.

“Repentinamente surgió de la sombra. Era el aniversario de la hecatombe de Quinteros, y los hombres más conspicuos del Partido Colorado se reunían ante la tumba de aquellos mártires para tributarles su homenaje. De pronto entre la multitud que rodeaba el mausoleo se abrió paso un joven delgado, nervioso, de larga melena y ojos vivos é inquietos. Sube á la tribuna, y mientras los concurrentes al acto se preguntan los unos á los otros “¿quién es éste?”, “¿cómo se llama ese joven?”, él pasea una mirada altiva sobre la multitud y empieza su discurso. Las primeras palabras brotan de sus labios fáciles y espontáneas, vibrantes como toques de clarín marcial, llenas de luz y colorido. Luégo la dicción se extiende, ensánchase, uniéndose armoniosamente las oraciones incidentales, sucediéndose los párrafos con perfecta fluidez, con brillo inusitado, con sonoridades atrevidas é imperantes. A medida que avanza en su discurso, su semblante parece animarse, sus ojos arrojan relámpagos de inteligencia, sus ademanes se hacen majestuosos, su voz tiene notas metálicas, crujidos de vendaval al anatematizar á los verdugos de las ilustres víctimas. La valentía de sus ideas y lo esplendoroso de su período sacuden con descargas eléctricas á toda la concurrencia. “¿Quien es ese joven?”—se preguntan con mayor interés que antes, y algunos pocos, los amigos del orador, pronuncian su nombre, que muy luégo corre en todos los labios y que mañana será conocido de todo el público. Y él entre tanto, termina ya su oración magnífica con un párrafo grandilocuente, perfectamente redondeado, dicho con aquella voz sonora y vibrante que todos le envidiamos. El orador baja de la tribuna, recibe las calurosas felicitaciones de las personas que le están cerca, y cuando se aleja, nervioso y febriciente, aún resuenan los estruendosos aplausos con que el público le saluda.”

La envidia—esa serpiente atada al corazón de los pigmeos—protesta contra los que valen, incita á la calumnia, ó bajo la careta de hipócrita indiferencia, esparce el vaho mefítico de las injusticias en el ambiente que rodea á los que se yerguen sobre la vulgaridad triunfante.

A Daniel Martínez Vigil no le han falta-

do ruines detractores, ni adversarios oficiosos, así por el radicalismo de sus ideas, como por la superioridad de sus facultades intelectuales; pero ¿quién que vale se pasa sin ellos?

El rumor de la envidia y los murmullos de la censura son á veces, si no siempre, los homenajes que se tributan al talento. Así las palideces sombrías del horizonte hace más intenso el fulgor de los relámpagos. Y el mar que se tiende con voluptuosidad lujuriosa en las playas de arena, rugie con violencia y se levanta con soberbias olímpicas para golpear con furias de titán las riberas abruptas, erizadas de peñascos.

Donde está la oposición está la lucha; y la lucha, sea contra enemigos solapados, sea contra enemigos leales, glorifica. No son combatidos los que nada valen.

Las reputaciones usurpadas están á la orden del día. La alabanza mutua ó la propia, suena, con cadencias mareadoras en el órgano de la prensa.

Personalidades de segundo ó de tercer orden—la burguesía del talento—lo abarcan todo en nuestro país.

En torno de los que valen se hace el silencio; es ésta el arma de los impotentes; de los Castroles modernos.

En la turbamulta de los poetas jóvenes de la patria, muchos se precian de sobresalientes, muchos se creen la expresión sublime del sentimiento nacional; pero seamos francos; fuera de Carlos Roxlo, el cantor inspirado de las tradiciones de gloria que forman el *Libro de la patria*; Victor Arreguine, ese infatigable laborante de las bellas letras, tan ameno prosista como poeta galano, y Daniel Martínez Vigil, el autor de esas preciosidades literarias escépticas, sarcásticas, diabólicas, que todos hemos leído bajo el título de *Minucias*, ¿quiénes son los que pueden merecer las distinciones anexas á los verdaderos poetas? ¿quiénes han traído al concierto de las patrias letras una nota brillante, original, excelsa?

..*

Daniel Martínez Vigil sobresa le por la osadía del pensamiento y la brillantez de su estilo. Sus artículos en prosa son elocuentes, y algunos de sus párrafos son de estructura escultural. Sus composiciones poéticas son admirables por la intención que las informa, y muestra de ello son *Minucias*—esos arabescos literarios monóstrofos esencialmente analíticos, en los que domina siempre el pensamiento y al través de los cuales se percibe, las más de las veces, el sarcasmo.

La poesía briosa, luchadora, la que en un rasgo pinta un vicio ó flagela una iniquidad: esa es su poesía. Si nace del cerebro es una duda martirizante; un doloroso desengaño si brota del corazón: en todo caso es un grito de viril protesta.

Daniel Martínez es joven. Su reputación de literato no está hecha todavía. Semejante á un inmenso bloque granítico, cada una de sus producciones es un golpe de cincel que descubre un perfil ó traza una comba graciosa, de las que resultará con el correr de los días el perfilamiento de su reputación, mensajera de su gloria.

Mercado

[POR G. M.]

Palpitante de vida está aún la ciudad anamita en las ardientes horas del día y el mercado presenta un aspecto de grande animación.

Acurrucadas en el suelo las “bou-gais” al lado de sus mercancías; cocineros chi-

nos, compradores y simples curiosos moviéndose de uno á otro grupo, en tanto que las viejas “boios,” que han recogido para irse sus canastos vacíos y sus collares de moneditas ó “sapeques,” se encuentran y charlan lanzando al aire agudas interpelaciones.

Entre las hermosas frutas, las hojas frescas de betel, los canastos de peces y los grandes trozos de caimán, entre las espigas doradas del maíz, en torno de la vendedora de barquillos de arroz que con ayuda de dos palitos los echa á freír á fuego lento, los salvajes “uhos,” casi desnudos, se empujan y atropellan, en unión fraternal con los lechoncillos negros, los innumerables perros y pollos famélicos que de todos lados acuden y por donde quiera se encuentran, interrumpiendo el paso.

De este centro de luz y algazara aléjanse poco á poco las mujeres—ora en fila según la costumbre indígena, ya separadamente—todas con la túnica flotante, los lazos y brillantes cabellos atados en la nuca, la boca ennegrecida á fuerza de mascar betel; en breve se dispersan por la aldea de bajas y estrechas “cai-nhas,” que casi se tocan á la altura del techo, cerrando más aquellas angostas calles tiradas á capricho y entrecortadas por plazas y avenidas.

Mercancías de todo género: granos, legumbres, aves asadas, pescado ahumado se exhiben sobre los colgadizos de las tiendas, llamando sobre todo la atención las telas de colores chillones y las espantosas imágenes del dragón y del “ma cuy”; hongos y frutas secándose en cañizos sobre los tejados; y en todas las chozas hombres sentados ó muellemente tendidos en amigable plática, fumando sus pipas, escupiendo el betel y siguiendo fijamente con la vista el desfile de sus compatriotas.

Entretanto el sol en la mitad de su carrera lanza sus ardientes rayos verticales sobre la población oriental allí aglomerada, desaparecen las sombras y todo fulgura con vivísimo color; el fuerte olor del opio, del alcohol fermentado y del “nuoc-niam” se exhala de las chozas anamitas, del suelo abrasador y de los techos pajizos que el excesivo calor hace crujir; y allá, en el inmenso río de elevadas orillas refléjase magnífica la luz resplandeciente en medio de la cual resaltan como puntos negros los menudos “sampsans” y juncos de la China.

Todo es ahora silencio y soledad; percíbese tan sólo á ratos un ruido cadencioso como de remos—el silbido de los mirlos—el susurro de los bambús y demás copudos árboles que forman una como corona maravillosa á las orillas del río, ó el derrumbamiento de algún terrón desprendido al paso fugaz de la serpiente.

Mas de pronto óyense gritos penetrantes que salen de entre el follaje; son los “uhos,” que con acentos de regocijo—pero en tonos y modulaciones rarísimas para los oídos occidentales—estremecen el aire; y poco después, por en medio de los bambús aparece una caravana pintoresca de búfalos lentos y pesados que, obedeciendo al impulso de los conductores salvajes, de pie sobre sus lomos, se dirigen al río, atraídos á la vez por la frescura de sus aguas.

Las negras grupas serpentean por el camino de ziszáz; destácanse sobre el color ocre del piso los “uhos” con sus sombreros puntiagudos y sus oscuros sayos; luégo... una brusea zabullida..... y niños y animales dan fuertes resopidos en las tranquilas aguas que como cascadas de metal fundido se levantan, bañadas por la refulgente luz del claro día.

La imprenta

[POR ALBERTO MASFERRER]

Por dónde empezar? Aquí no hay principio, no hay más que hermosa confusión y desorden admirable. Palancas, ruedas, tipos, cilindros, pedazos de plomo, de madera, de hierro, manchados de tinta, de grasa, que retratan maravillosamente la confusión del pensamiento y el injusto desorden social.

Allá arriba, en elevado puésto, tosca rueda regula el movimiento de las máquinas, delicadamente construidas. De su correa penden los finos tornillos, las relucientes barras, las mil pequeñas piezas, dispuestas en complicado mecanismo. La rueda es un tirano, la correa es su látigo.

Ved como dividen el papel en láminas de diversos tamaños, con aquella gran cuchilla, guillotina creadora, cuyo afilado tajo mantiene viva y constante la producción de blancas hostias que encerrarán el pan eucarístico de la inteligencia. Y esas formas son muchas, porque la humanidad está cada día más hambrienta.

Amontonados, revueltos y cubiertos de polvo, letras, puntos, líneas, signos y espacios, esperan la mano ordenadora del tipógrafo. Soldados, cuya consigna es la disciplina absoluta, prontos están á destrozar una reputación, ó á castigar un crimen; lo mismo saben conceder una corona al mérito, que ofrecer sacrificios en los altares de un idiota ó de un malvado.

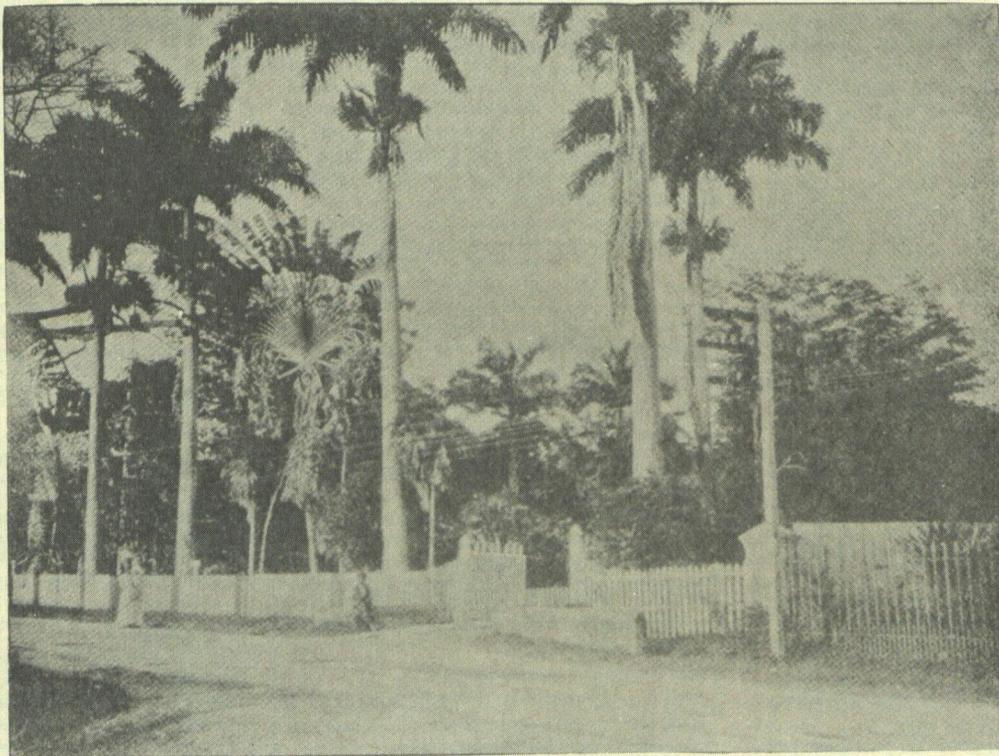
Sencillos éstos, adornados pomposamente aquéllos, todos cumplen á maravilla su destino: éstos, de forma simple y austera, compondrán el libro bienhechor, el verso delicado y sonoro, la ley justiciera; los otros pondrán su lujo pedantesco al servicio del anuncio de licores, hablarán del sombrero á la moda, de los excelentes manjares de un hotel, y aun, en raras ocasiones, su compañía prestará falsa honra á un título conferido en gracia de ignorados méritos.

Ahí están aguardando la hora del trabajo. Suena, y el cajista, con mano despiadada, los aprisiona en el componedor, los prensa, los estrecha, los aprieta, hasta dejarlos inmóviles. ¡Ay de aquél que horrorizado del empleo á que lo destinan, se muestre rebelde y esconda avergonzado la cabeza!.....Bien caro pagará sus escrúpulos, porque las pinzas, las terribles pinzas, le obligarán á ocupar su puésto, y rendido, humillado, irá con los demás esclavos á cumplir la voluntad de su amo.

Concluida la obra, vuelven á sus casillas, separados por algún inexperto aprendiz. Cayó uno, ahí se queda—soldado muerto en la pelea—La escoba le hará los últimos honores.

Mirad allá al prensista: en su mano tie-

ne la hoja tersa; déjala caer sobre la plataforma, como una piedra lanzada á un abismo. Pobre hoja! ¡pobre! se agita, tiembla, como si presintiera su destino; pero en vano; corre arrastrada por fuerza irresistible; agárrala el cilindro, la lleva consigo, ocúltala un momento en su vientre para darle alma, y luégo, la rechaza, la empuja y la arroja con desprecio sobre la tabla que la espera. Ya ha nacido, ya entró en el torbellino del mundo á recibir alabanzas y censuras, elogios y maldiciones, como si no fuera inocente de llevar sobre ella la luz ó la



AVENIDA DE SANTA ANA.— Puerto España — Trinidad. — Fotografía de Sellier

sombra. Y en tanto, el prensista indiferente prosigue su tarea de padre desnaturalizado, criando hijos para abandonarlos al vaivén de la suerte.

Aquí está el hombre—estatua; tiene colgado al cuello largo mandil que le libra de la suciedad. Sereno, impasible, ordena con habilidad extraordinaria sus legiones de letras. De repente una sonrisa contrae ligeramente sus labios: está componiendo dispartes que hacen asomar la burla á su semblante; pero no se detiene; otras veces su frente se anubla: acaba de leer la palabra injuriosa ó rastrera; pero no protesta, y si acaso siente agitarse una maldición en su alma, la encadena, para que no venga á interrumpir su trabajo. El suelto chocarrero, el gracioso epigrama, el asqueroso pasquín y la candente sátira, todo pasa por las manos, por el corazón y por el pensamiento del tipógrafo, sin dejar ni un borrón ni una sombra, porque tiene también un delantal para librarse de las inmundicias morales: su conciencia.

Nadie aquí atiende á los demás; es una tormenosa existencia. Los volantes giran, las palancas corren, el molde choca con la plancha, los resortes se estiran y contraen violentamente; y llaves y tornillos y resortes y barras se rozan, se encuentran, se golpean, se retuercen, produciendo chirridos que semejan gritos de dolor ó de rabia, arrancados por tanta sacudida.

Y de tanta confusión, de tanto choque, de tanto desorden, nace la palabra, águila que conduce sobre sus alas el pensamiento.

El diablo y su huésped

[ANÉCDOTA HISTÓRICA]

[POR N. N.]

Un día de septiembre del año 1831, un caballero delgado y bajo, elegantemente vestido, se presentó en la portería de una casa de París próxima á la iglesia de la Magdalena.

—¿Hay aquí cuartos para alquilar?—preguntó al portero.

—Indudablemente, caballero, y de lo mejor para una persona como usted. En el primer piso hay una habitación de primer orden, con magníficas alfombras, chimeneas, etc.

—Nada de todo eso—dice interrumpiéndole el elegante señor.

—Entonces en el tercer piso podrá usted ver una habitación de cuatro piezas, comodísima, con cocina, y . . .

—Tampoco me conviene. Quiero una buhardilla.

—¿Una buhardilla? Hay en efecto, una; pero casi inhabitable; sopla el viento por todas partes y es quererse buscar una pulmonía . . .

—No importa. ¿Cuánto paga de alquiler?

—Cien francos

al año; pero un caballero como usted, me parece . . .

—No tengo tiempo para pasar en discusiones. Quisiera tener inmediatamente la bohardilla á mi disposición—contestó con sequedad el desconocido.

Dio un luis al portero y se marchó en el lujoso coche que le esperaba á la puerta.

El portero, moviendo la cabeza, subió á la buhardilla . . . La barrió, quitó las telarañas, limpió los vidrios de la única ventana, y, en suma, la dejó habitable en lo posible.

Al cabo de una hora volvió el desconocido acompañado de un mozo cargando con una caja de ébano, larga como un ataúd.

Dejó la caja en la buhardilla, volvió á bajar, y al pasar por la portería le preguntó el portero lo que contenía aquella caja negra.

—No sé; pero le aseguro que pesaba lindamente.

—¿Si será un cadáver!—exclamó espantada la portera.

—Puede que no andes muy descaminada—dijo su marido.

En aquel momento apareció el desconocido en el umbral.

—Aquí—dijo en tono seco,—no recibiré más que á una sola persona; no dejarán ustedes entrar á nadie más. La persona de que hablo es un caballero alto, de buena presencia, de unos 40 años, de aire sombrío y taciturno.

—¿Su nombre?

—No lo dirá. Nadie debe saber que viene á bajar conmigo.

—Y entonces, ¿cómo nos compondremos para saber que es él, y no despedirlo?

—Dirá una frase convenida.

—¿Y será?

—“Quiero irme al demonio.”

El portero y su respetable mitad se hicieron atrás espantados; pero el desconocido, sin advertirlo, se alejó tranquilamente, dirigiéndose de nuevo á la buhardilla.

Aquel mismo día llegó el visitante. Era un hombre de aspecto desagradable. Fisonomía torva, cejas negras, ojos vivos é inquietos, color pálido. Llevaba una larga capa negra forrada de rojo, que envolvía toda su larga persona y le daba un aire terrible.

—¡Quiero irme al demonio!—dijo con voz de bajo profundo que hacía estremecer las fibras de los porteros.

—Haga usted el obsequio de subir—respondió el marido tembloroso,—el caballero que usted quiere ver está en casa.

El hombre tenebroso vino desde entonces todos los días á la misma hora, y los dos sabían juntos gran parte del día entonando canciones tan diabólicas, que hubieran erizado el cabello de los transeúntes. Por la tarde, á eso de las cinco, salían juntos, para volver á comenzar al siguiente día la misma siniestra diversión.

Los nuevos inquilinos empezaban á preocuparse desagradablemente al portero. Una mañana, decidido á ver claro en el asunto, se puso á escuchar á la puerta de la buhardilla. Lo que oyó fueron cosas terribles.

—¡Adelante, valor, Satanás!—gritaba el uno.

—El decirlo es fácil—respondía el otro al desconocido;—pero ¿cree usted que puede uno convertirse en diablo tan fácilmente?

—Es difícil, indudablemente; pero no imposible.

—Pues yo creo, que por estos medios no voy á ser nunca el diablo que usted desea.

—Y, sin embargo, tiene usted que serlo ¿será usted Satanás en obsequio mío!

—¡Dios nos asista!—exclamó angustiosamente el portero.

Y sobrecogido de espanto se precipitó por la escalera.

No había que dudar. Corrió inmediatamente al puesto más próximo de policía; se presentó al comisario; le refirió la llegada del desconocido, le describió la caja negra y le habló de las canciones impías y del satánico diálogo.

Precisamente en el instante en que uno de los desconocidos evocaba con tetricos acentos á todos los demonios del infierno, golpearon á la puerta de la buhardilla.

—¡En nombre del Rey, abrid!

Los desconocidos obedecieron. El comisario, con varios policías, entró: tras de él se formaron el portero, su mujer y otros inquilinos.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el comisario.

—Giacobo Meyerbeer—contestó sonriendo el elegante inquilino.

—¿Y su nombre de usted? . . . —volvió á preguntarle el comisario, volviéndose al otro.

—Nicolás Próspero Levasseur, primer bajo de la Gran Opera.

El comisario, atónito, se quitó, respetuosamente, la gorra y añadió:

—Ilustres señores, han sido ustedes acusados de brujería; no prestaba gran fe al testimonio del portero, y hubiera debido no molestarles; pero no hubiera sido la primera vez que una mezquina habitación sirviera á personas distinguidas para cometer. . . hasta delitos; los ilustres nombres de ustedes me dicen claramente que se trata de un error.

—Pero, ¿por qué?—preguntó sumisamente el portero—por qué se alborotaba tanto y se evocaba al demonio? ¿Qué es lo que hay en ese féretro?

Meyerbeer abrió la caja sobre la cual se leía en gruesos caracteres *Roberto il Diavolo*.

—Me he encerrado en esta buhardilla—dijo el maestro al comisario—para hacer aprender mejor al señor Levasseur la parte de Beltramo que ha de representar en mi nueva ópera. En el Hotel de los Príncipes, donde vivo, no podía dedicarme á ningún estudio. Necesitábamos estar solos, tranquilos, sin que nadie viniera á molestarnos y esta es la razón de por qué hemos conservado el incógnito.

El mismo Levasseur fue el que inventó las palabras de contraseña: “Quiero irme al demonio.”

Quince días más tarde, el 15 de noviembre de 1831, figuraban entre los asistentes á la primera representación de *Roberto el Diavolo*, el comisario de policía y el portero. Este aplaudió como un desesperado, pero al llegar á la escena de la evocación diabólica del acto tercero, cuando Levasseur, con toda la fuerza de su poderosa voz cantó su parte, el portero sintió escalofríos por todo el cuerpo y murmuró entre dientes:

Vaya, vaya . . . todavía no estoy yo muy convencido de que éste no sea el mismo demonio.

DUERME

A. R. M. SILVA

Ver me figuro el lecho en que reclina

Sus formas tentadoras

Cuya virgínea seducción me abruma;

Y la miro en mis ansias soñadoras,

Como estatua de rósea cornerina

Medio envuelta entre sábanas de espuma!

Suelta hacia atrás desciende por la almohada

La negra cabellera

Que corona su frente pensadora,

Cual si por blancas nubes descendiera

Una abundosa nocturnal cascada

Velando las espaldas de la aurora!

A través de los párpados parece

Que surja de sus ojos

La luz divina que sus formas baña;

Y su aliento al besar sus labios rojos,

Desciende al virgen seno y lo estremece,

Sube á su rostro y juega en su pestaña.

Su seno orgullo del celeste artista,

Imagen pudorosa

De aquel que de Endimión fuera desvelo,

Cubre botones de temblante rosa

Bajo linfa de flúeos de batista

Y sobre lampos de esplendor de cielo.

Me lleva el pensamiento á la sencilla

Incomparable estancia

Del sér que inspira mi fervor creciente,

Y al percibir su mística fragancia,

Sobre mi orgullo doblo la rodilla

Y sobre mi ambición bajo la frente.

Vendrá la aurora, polvorear de estrellas,

A darla en su aposento

El beso que á la flor da en las mañanas;

Y en casta y suave luz, mi pensamiento

Se bañará cuando se digan ellas

Que son ambas del cielo y son hermanas!

JACINTO AÑEZ



Transformación en pocas horas de un árbol en periódico y de un carnero merino en un traje

Una revista austro-húngara relata el curiosísimo hecho de haberse verificado recientemente en la fábrica de papel y pastas de madera de Menzel y Compañía un ensayo muy interesante, para comprobar el tiempo mínimo que se emplea en conseguir la transformación de un tronco de árbol en papel y éste en un periódico con todos sus requisitos.

En presencia de dos propietarios de la fábrica y de un notario, que requirieron para dar fe de la autenticidad de la experiencia, fueron cortados á las siete y treinta y cinco minutos, en un bosque próximo al Establecimiento, tres árboles. Se les transportó en seguida á la fábrica, donde se les cortó en pedazos de 50 centímetros de longitud; después, éstos se descortezaron y hendieron. Preparada así la madera, fue subida en un ascensor á las cinco máquinas que existen para hacer pasta, y una vez obtenida ésta, pasó á una de las pilas, donde se mezcló con las materias necesarias.

Terminada esta operación, la pasta líquida fue enviada á la máquina del papel. A las nueve y treinta y cuatro minutos estaba hecha la primer hoja de papel; de modo que toda la fabricación había durado tan sólo una hora y cincuenta y nueve minutos.

Separadas varias de las hojas obtenidas, los dueños siempre acompañados del notario, lleváronlas á una imprenta distante unos cuatro kilómetros de la fábrica. A las diez, había ya impreso un ejemplar del periódico.

Es decir que en dos horas y veinte y cinco minutos quedó hecha la transformación de un árbol en una hoja impresa. Si se descuentan ahora los momentos perdidos por interrupciones y tanteos, naturales en toda primer experiencia, resulta que los adelantos modernos permiten verificar todo el conjunto de operaciones citadas, en mucho menos de 145 minutos, ó sea en menos de dos horas y media.

Al Emperador de Austria se le ha regalado un traje de paño, el más singular que se ha hecho.

Once horas antes de que se concluyese, no se había esquilado la lana del animal vivo.

Se esquiló el carnero merino á las 6 y 8 minutos de la mañana; á las 6 y 11 se lavó la lana; á las 6 y 37 se tiñó; á las 6 y 50 se escogió; á las 7 y cuarto se le dio la última mano de carda; á las 8 se hiló; á las 8 y 15 se debanó; á las 8 y 37 se pasó al telar; á las 8 y 43 estaban listas las lanzaderas; y á las 8 y 70 se habían tejido siete varas y 3 cuartas de paño.

A las 12 y 3 se abotonó éste; á las 12 y cuarto se lavó; á las 12 y 27 minutos se atomizó; á las 12 y 31 se secó; á las 12 y 45 se tendió el cepillo; y á la una y quince, después de prensado, estaba listo para las tijeras y los cosidos del sastrero.

A las 5 de la tarde, el traje que se componía de chaqueta, chupa y pantalones, estaba listo para presentarlo al regío agraciado.

Los emblemas de diversa índole

QUE ANTIGUAMENTE REPRESENTABAN CIERTOS

ANIMALES, ENTRE LOS DIFERENTES PUEBLOS

También los animales han servido para antiquísimos emblemas, así como las flores y los colores; y si bien los emblemas vegetales han tenido más importancia tanto en lo profano como en lo religioso, será quizás porque los emblemas de que vamos á ocuparnos tienen menos idealismo, ya que están fundados en cualidades físicas y morales inherentes al instinto y organización de los animales. Completamente imposible es averiguar el origen de estos emblemas tan en uso por los pueblos de la antigüedad, en los que eran de bastante utilidad é importancia, supuesto que robustecían el débil cimiento de los falsos dogmas del Politeísmo.

La culebra

Fue signo de la vigilancia y de la prudencia, pero más ordinariamente fue emblema de la salud; bien por la propiedad que caracteriza á este reptil de renovar todos los años su piel, con lo que se rejuvenece [pues la manifestación de la vejez empieza siempre por la periferia], ó bien porque los médicos han de ser muy vigilantes y observadores para restablecer en lo posible la salud á los enfermos.

San Isidoro refiere que los antiguos tuvieron á las culebras por genios de los lugares en que vivían;

por eso los egipcios las guardaban en sus casas, creyéndolas deidades domésticas, y generalmente las tenían en cestas de mimbrés. San Clemente Alejandrino refiere, que los que celebraban las fiestas bacanales se ceñían el cuerpo con serpientes. Estas se ven en los reversos de muchas monedas antiguas.

Plinio decía que estos ofidios tenían muchas propiedades terapéuticas, sirviendo para la preparación de polvos, tisanas y caldos analépticos y afrodisíacos.

Nisandro afirma, que las serpientes más apreciadas fueron las Tyrias; y por la analogía de esta palabra, nos asalta la conjetura, de que tal vez esas serpientes hayan formado la base del antiquísimo y absurdo medicamento, conocido por la triaca, que todavía á principios de este siglo se preparaba solamente por el Colegio de los Profesores de Madrid, y en cuya confección entraban más de cien factores: coinciden con nuestra aseveración que el primitivo nombre era *Tyriaca*.

La culebra enroscada mordiéndose la cola, significaba la máquina del mundo: porque se revuelve en sí, y de sí misma se sustenta, y también porque todas las cosas que cría, las gastas y destruye el tiempo.

La serpiente enroscada en un bastón nudoso y una copa, era la insignia de Esculapio, dios de la Medicina.

Las Sibilas para pronunciar sus oráculos, se sentaban en un trípode de oro macizo, cubierto con la piel de la serpiente *Pitón*, por cuyo motivo se las llamaban *Pitonizas*.

El caballo

La fábula supuso que el primero salió de la Tierra al golpe del tridente de Neptuno, estando en disputa con Minerva acerca del nombre de la ciudad de Atenas, y convinieron en que fuese preferido el que produjese la cosa más útil á la Humanidad.

Estrabón, Justino y Marcial alaban la belleza y gallardía de los caballos españoles, especialmente los de la Celtiberia. Muratori poseyó una inscripción del gabinete de la casa de los Médici de Florencia, en donde se leían los nombres de los caballos, teniendo algunos esta nota: "*Hisp ó Baetic*."

Su simbolismo era militar. Se sacrificaba un caballo á Marte en las Nonas de Octubre, y sirvió de signo militar en las legiones romanas, hasta que Cayo Mario adoptó el Águila. También fue un distintivo en la proa de las naves gaditanas, para significar su velocidad. Servía de símbolo en las monedas, especialmente en las que representaban triunfos, pompas, combates, etc. Son innumerables las monedas que lo tienen en sus reversos, unas veces entero, otras de medio cuerpo, ó solamente la cabeza.

No debe deducirse que porque los Médici tuviesen caballos andaluces, sean éstos considerados los mejores. Lo que es indudable, es que los árabes son los mejores caballos del mundo, porque aparte de ser el clima de Arabia el verdadero clima de los caballos, siendo inquestionable la gran influencia del medio físico-geológico en las razas, la verdad es que ha contribuido en gran parte, el particular esmero que han tenido los árabes de evitar el cruzamiento de sus caballos con los de otra raza, así como su gran cuidado en la selección de los tipos de primera calidad para la generación. De este modo han conseguido, á fuerza de siglos, ennoblecer y perfeccionar la especie, más allá de lo que hubiera hecho la Naturaleza en el mejor clima.

La corneja

Dos cornejas juntas significaban el emblema de la boda, por la singular concordia y cariño que se profesan estos animales entre sí: de tal modo, que al fallecer una de ellas, la que sobrevive se mantiene en su estado de viuda y no busca la compañía de otra.

Estas aves viven en república perfectamente organizada, teniendo sus leyes establecidas que saben cumplir y respetar admirablemente para su mantenimiento y seguridad, y por este motivo también ha sido la corneja emblema de la concordia.

El gallo

Sirvió para hacer pronósticos, y fue emblema de la victoria y de la vigilancia. Se consagró á Esculapio, á Mercurio, y particularmente á Marte, para demostrar no sólo su bravura y denuedo en la lucha, sino por la vigilancia militar. Figura el gallo en el reverso de infinitas monedas, especialmente griegas.

El elefante

Este cuadrúpedo de la clase de los paquidermos proscideos fue emblema de la eternidad por su larga vida: por cuyo motivo era preciso que figurase en toda consagración ó *apoteosis*. También fue em-

blema del Africa. Denotaba la munificencia y símbolo del Poder Real, porque jamás dobla la rodilla, por causa de su enorme corpulencia, y porque es costumbre de estos animales y muy respetada, de seguir y obedecer al de mayor edad.

Son infinitas las medallas que ostenta el elefante en los reversos, sólo ó con otros símbolos; y en las de los Emperadores romanos suelen verse en el tiro del carro triunfal, en las de Julio César, Augusto, Tiberio, Nerón, Tito; también en las de algunas monedas Consulares.

En Siam, el elefante blanco es de una veneración casi divina, por existir la creencia de que las almas de los Reyes trasmigran á los cuerpos de estos elefantes. Antes de la invención de la pólvora, se servían de los elefantes para la guerra, según se practica hoy en Cochinchina.

Los romanos pintaban al elefante y al cerdo colocados en sentido inverso, para significar que la razón y el instinto brutal jamás podrán estar acordes, como cosas tan contrarias y diametralmente opuestas.

El Jabalí

Fue consagrado á Hércules, sin duda por haber sido una de las célebres hazañas de este semi-dios la victoria sobre el terrible jabalí de Erinanto; y también con él se hacían sacrificios á la diosa Ceres. Vióse en el reverso de las primeras monedas de Roma, y después pasó á ser enseña militar, como lo fueron el caballo, el dragón y el minotauro.

En la Phrygia [Troya] se usó el jabalí en los estandartes, en señal de su fuerza y valor, lo que bien acreditaron los troyanos en su largo sitio, del cual hubieran triunfado si la traición no los hubiese rendido, facilitando la entrada de los sitiadores.

El delfín

Se consagró al dios Apolo. Plutarco afirma que en Grecia había muchas aras de Apolo con delfines grabados en ellas.

Plinio y Aulo Gelio suponen que el Delfín es muy amante de los niños. Otros lo aplican también á Neptuno, como dios del mar, y así se le pinta ordinariamente con uno en las manos ó á sus pies. Todos los pueblos de importancia y poderío marítimo, lo tenían en los reversos de sus monedas, ya solos ó bien enlazados con tridente, según se ven en las monedas de Gales, Carteya, Cartago, Asido y otras.

El cocodrilo

Emblema de los saltadores de caminos, por su costumbre de salir al encuentro de los caminantes. El cocodrilo representaba el glotón desordenado; pues este saurio cuando ya está harto de comida, se queda con la boca abierta y adormecido, y entonces se llegan á él ciertos pajarillos que picotean los restos de comida que tiene entre sus dientes, de lo que recibe tanto gusto con este cosquilleo, que cada vez abre más la boca, y entonces su encarnizado enemigo el Iceneumon se le entra por las fauces y le come el corazón.

El perro

Símbolo de la fidelidad. Para los romanos fue algo antipático, porque entre ellos era de mal agüero el encuentro de un perro, singularmente si el encuentro era con una mujer embarazada. Los romanos hacían anualmente una fiesta, en la cual se sacrificaba un perro, y adornaban y sacaban con pompa á un ánzar, en memoria de que, cuando Roma fue acometida por los galos, fueron los ánzares los que con sus gritos y graznidos avisaron el peligro del Capitolio, estando á la sazón los perros dormidos.

El torpedos

Símbolo del defensor de muchos. Sabido es que este pez, lo mismo que el gimnotus y el tremielga ó tembladera, tiene entre sus escamas un órgano formado con placas á modo de aparato eléctrico, con el cual se defiende; y acontece que, cuando se ve cogido con otros peces dentro de la red, hace una descarga en el brazo del pescador que lo tiene asido, y éste, con la gran conmoción que experimenta, suelta la red, y todos los peces pueden recobrar su libertad.

El ave Fénix

Gran discordancia de opiniones existe respecto de esta famosa ave, que fue entre los gentiles símbolo de la eternidad por su larga vida; pues se afirma que en la Arabia alcanza la existencia de 300 años. Cuando está cercano su fin, forma un nido de varias plantas aromáticas, en el cual muere, y al cabo de cierto tiempo, con el calor del sol, nace un gusano, y éste se transforma en ave Fénix.

Entre los escritores que niegan la existencia del ave Fénix, están los Santos Padres, aunque Orígenes lo asegura, y algunos escritores dan completísimos detalles. Los Emperadores cristianos significaron en esta ave el símbolo de la Resurrección, por lo que se la pintaba siempre en los sepulcros de los mártires. Hoy nadie duda de que todo lo anteriormente expresado es una completa fábula.

La paloma

Símbolo de la inocencia y sencillez. Fue dedicada á Venus, y los agoreros hacían de ella feliz augurio. Desde la gran Semíramis, los asirios pusieron una paloma en su estandarte, pues supusieron que esta famosa reina se había convertido en paloma.

El ciervo

Los antiguos Emperadores de Roma y de Alemania se servían de ciervos para tiro de sus coches, y modernamente Augusto II, rey de Polonia, era conducido en su carro tirado por ocho ciervos. En algún tiempo, los Príncipes disfrutaron del infuerecero de cazar á estos animales, acosándolos con perros, cruel placer que ha ido extinguiéndose.

El águila

Fue enseña militar de primera clase que tomaron los romanos de los persas desde tiempo del célebre Cayo Mario, y las llevaban las legiones romanas. Símbolo de la Monarquía, por estar designada esta ave como reina y señora de todas.

Y concluiremos, por no hacer más extenso este artículo, que omitimos otros varios emblemas que carecen de interés y por no ofrecer particularidad alguna digna de ser mencionada.

RICARDO LLUL Y VALLER.

¿Qué se ha hecho el fonógrafo?

[POR HENRI DE PARVILLE]

"Ya no se habla de él. Hizo mucho ruido durante años. Hoy, silencio completo reina en redor suyo. ¿Ha perdido su fama? Ya no tiene aplicación?" Poco á poco. A fines de mayo último, el que esto escribe entraba por la calle Thibaud, por detrás del Luxemburgo, en un inmenso patio, cercado por casas de cinco pisos. Todo el mundo estaba en las ventanas oyendo un discurso pronunciado en alta voz, un poco vocalizada, según acostumbra los oradores al aire libre. Yo también oía aquella voz sonora, pero en vano buscaba al orador.

Por fin, en el fondo del patio divisé un pequeño estrado, cubierto con un tapiz rojo. Es allá, pensé. Y avancé. Pero no había nadie, absolutamente nadie. El estrado había cambiado de aspecto. Ahora era una trípode, medio oculta bajo un paño de terciopelo rojo. Sobre ésta, una especie de caja y hacia adelante un gran pabellón cónico, de metal lúcido. Era superfluo averiguar más: el orador era un fonógrafo como nunca había oído otro. El de Edison, y los que le han seguido, son sin duda extraordinarios; sin embargo, es necesario estar muy cerca de ellos, introducirse en el oído trompetillas para oír, ó bien, colocarse próximo á un pabellón distribuidor del sonido.

Aquí no hay nada de eso. La voz se percibe perfectamente á 25 metros de distancia, al aire libre, con timbre casi natural. Se juraría que es alguien que habla y que infla la voz para aumentar su alcance.

Todo el mundo ha oído en su vida un discurso oficial, en la inauguración de una estatua, en una ceremonia pública cualquiera. Uno semejante era el que pronunciaba el fonógrafo en cuestión. La ilusión la completaba el estallido de los aplausos que bajaban frenéticos de todas las ventanas. Luego, no ha desaparecido el famoso fonógrafo. Sólo que ha recibido serias modificaciones, que lo harán de ahora en adelante, oír más que nunca y entrar por todas las puertas. Ha sido M. Lioret el autor de este perfeccionamiento que torna eminentemente práctico al aparato; concebido éste en Francia, es justo que sea en la Francia en donde alcance su perfección. Así modificado, posee una intensidad de sonido no realizada antes; la articulación es de una extrema claridad, el timbre excelente y puede prestarse fácilmente á todas las reproducciones: discursos, óperas, operetas, dúos, tríos, fanfarrias, marchas militares.

Un bloque de plata

La plata nativa se encuentra en masas á veces enormes. Hace pocos años se habló bastante de una muestra recogida en la mina de Gibson. Era un más voluminoso que se había encontrado; pesaba 150 kilos. Pero ahora aquel monstruo parece iliputiense

al lado del que, según noticias, se ha descubierto recientemente en un yacimiento de Aspen, en los Estados Unidos. Los obreros que trabajan en la mina dieron con él por casualidad. Los ingenieros lo examinaron y el análisis químico reveló que aquel bloque negruzco y de mal aspecto, era sencillamente de pura plata. Fue preciso semanas enteras para sacarlo a luz. Pesa 1.650 kilogramos; vale, por consiguiente, 220.000 francos. Hoy por hoy es el pedazo de plata maciza más grande del mundo entero.

Lo que cuesta la escuadra inglesa

A propósito de la gran revista naval de Spithead, el *Times* hace observar que los 141 buques ingleses que desfilaron ante la reina, representan un capital de 31 millones de libras esterlinas; de los cuales 21 millones corresponden a los últimos diez años. Si se agrega a esta cifra los gastos de armamento, el costo total de la escuadra pasa de 40 millones de libras esterlinas, esto es, más de mil millones de bolívares. Es interesante comparar estos formidables gastos con los que sir William White daba para la escuadra inglesa en 1813. Entonces se componía de 480 a 490 navíos de servicio. Una cuarta parte de ellos eran buques de línea; otra, fragatas (cruceros del día) y la mitad restante, paquetes, bricks, sloops, etc. El precio total de esa escuadra, sin contar el armamento, no excedía de 10 millones de libras.

De modo que a principios del siglo, un navío de primera clase costaba infinitamente menos caro que lo que hoy cuesta un crucero de tercera.

Utilización del movimiento de las olas

La utilización de la fuerza suministrada por las ondulaciones del mar es un problema que en todo tiempo ha tentado a los investigadores; pero que hasta ahora no había recibido una solución verdaderamente práctica.

Una revista técnica inglesa nos hace conocer un dispositivo imaginado por M. Morley Fletcher y que ha dado resultados satisfactorios en los ensayos realizados últimamente en Douvres.

Este sistema consiste en sumergir y fijar en el fondo del mar, por medio de anclas, cadenas, etc., una placa sobre la cual se fija un tubo vertical que sirve de gufa a un cilindro hueco flotante. El cilindro lleva en su parte inferior un cuerpo de bomba en el cual se adaptan dos émbolos solidarios del tubo vertical fijo.

Se concibe que el cuerpo de bomba, al obedecer a los movimientos de las olas, tome un movimiento vertical alternativo y como los émbolos permanecen fijos se constituye así una bomba en acción. Sólo resta utilizar, de una manera cualquiera, el agua que sube por la bomba.

En los ensayos de Douvres se ha operado con un cuerpo de bomba flotante de 1,20 m de diámetro y una corriente máxima también de 1,20 m. La fuerza obtenida en tales condiciones era de 3,7 caballos de vapor.

Los experimentos continuarán con aparatos de mayores dimensiones.

Para los espíritus fuertes

Es cosa convenida que el hecho de encontrarse en la calle con una herradura es un signo de felicidad. Ahora bien, ha acontecido últimamente que un carruaje le ha destrozado un pie a cierta persona que recogía en la calzada uno de esos pedazos de dicha palpable.

Ahora no falta sino que le caiga una herencia a quienquiera que derrame un sulero, para dar al traste con esas ideas hasta el presente generalmente admitidas.

Concurso de arquitectura

El gobierno mejicano acaba de decretar las condiciones de un concurso internacional de arquitectura. Se trata de construir en Méjico un nuevo palacio del Parlamento que sirva para el Senado y la Cámara de Diputados. Debe levantarse en una gran plaza de la ciudad, ocupar una superficie cuadrada que mida cien metros de cada lado y costar millón y medio de dollars mejicanos [cerca de siete y medio millones de bolívares.] Los proyectos deben remitirse al Ministerio de Comercio, antes del 30 de noviembre de este año. Se acordará un premio de quince mil dollars al mejor proyecto; se distribuirá la suma de seis mil dollars entre los concurrentes que se clasifiquen como segundo y tercero. El cuarto recibirá una medalla de oro; el quinto, una de plata; sin hablar de la suma de quinientos dollars que le será entregada a título de indemnización. Para obtener los detalles del programa de este concurso,—redactado en español y en francés,—basta dirigirse al Ministerio de Comercio de Méjico.

El Papa en la tumba de los Apóstoles

Regularmente, una vez por año, León XIII, seguido de los Prelados de su Corte, desciende a la Basílica de San Pedro, para ir a orar sobre la tumba de los Santos Apóstoles, a la hora en que el templo se cierra al público, es decir, hacia las 8½ de la tarde.

Esta visita del Santo Padre a la tumba de los Príncipes de la Iglesia ha tenido efecto el 28 de junio último, víspera de su festividad.

También ha acontecido a León XIII ir a postrarse ante la "Confesión" en momentos difíciles y penosos para el Pontificado. Cuando tuvo lugar en Roma la inauguración de la estatua erigida, en Campo di Fiori, al heresiarca Giordano Bruno, el Papa, vivamente impresionado por aquella ofensa a la Iglesia católica, descendió a San Pedro, a orar durante tres días.

La "Confesión" es el nombre que se da, en lenguaje litúrgico, al lugar en donde ha sido depositado el cuerpo de un mártir, llevado a la muerte por haber confesado su fe. Bien que San Pedro, según la tradición, fue martirizado en el Janículo, su cuerpo fue trasladado, por la piedad de los primeros cristianos, al sitio en donde se levantó después el altar del primer templo patriarcal del Catolicismo y que ha recibido y conservado desde entonces el nombre de la *Confesión de San Pedro*.

Los restos insignes del Jefe de la Iglesia reposan en el fondo de una especie de pozo de seis pies de profundidad, cerrado por una losa de bronce macizo, con una gruesa cerradura. Esta cubierta no ha sido levantada sino raras veces, en honor de los más poderosos soberanos venidos a Roma a presentar sus respetos al Pontífice.

La parte exterior de la "Confesión," obra de Carlos Maderna [siglo XVII], desemboca en la gran nave de San Pedro, por debajo y delante del altar pontifical. Una bella balaustrada de bronce dorado cierra el cerco circular, a la altura del apoyo, en donde arden día y noche cien lámparas de cobre dorado, sostenidas por candelabros rameados del mismo metal.

Del atrio se baja a la cripta por una doble escalera de mármoles multicolores, dispuesta en herradura a lo largo de los muros. El centro del hemisclio inferior está ocupado por la hermosa estatua de Pio VI, de rodillas, esculpida por Canova.

La "Confesión" es el lugar de la Basílica en donde más se han arrodillado. Un decreto de la Congregación de Ritos, fechado en 1594, ordena a todos los que se aproximan allí, sin exceptuar emperador, ni rey, ni papa, que se pongan de rodillas.

Cuando el Papa va a aquel lugar, desciende en la silla gestatoria hasta la entrada de la capilla del Santo Sacramento, a la derecha de la Basílica y que está en comunicación directa con el interior del Vaticano. Su Santidad va acompañado por el Mayordomo de los Sagrados palacios, maestros de cámara, camareros secretos de servicio, algunos guardias nobles y un piquete de la guardia suiza. Una diputación de canónigos de la Basílica aguarda al Sumo Pontífice y le precede hasta la "Confesión," en forma de procesión. El efecto es conmovedor. En la inmesidad del templo lleno de sombra, apenas brillan a lo lejos las lamparillas y los cirios de los canónigos que alumbran la marcha del cortejo.

Llegado ante la reja abierta, el Papa se pone de rodillas y recita el rosario, acompañado de la asistencia. Se acerca en seguida a la "Confesión" propiamente dicha y se prosterna, con el rostro contra la tierra, permaneciendo en esta actitud de meditación hasta dos horas seguidas, pues es raro que el Papa vuelva a sus aposentos antes de las once dadas, habiendo entrado a las ocho y media.

P. ZIEGLER.

El secreto de la longevidad

No hay duda que él reside en el estudio de la Astronomía. La medida de la vida en los astrónomos pasa con mucho la de los hombres ordinarios. Júzguese por la lista siguiente, que no sólo se refiere a los astrónomos propiamente dichos, sino a todos los sabios que se han aplicado al estudio de la astronomía, las matemáticas ó la física. Basta tener cualquiera relación con la Astronomía para hacerse octogenario.

A la cabeza de la lista viene un centenario, Fontenelle. El autor de la *Pluralidad de los mundos* nació en 1657 y murió en 1757. Le sigue de cerca una mujer, Carolina Herschell, hermana del gran Herschell. Esta no se contentó con ayudar a su hermano, sino que por sí misma descubrió siete cometas y publicó varios catálogos de estrellas. Murió a los 98 años. Cassini murió en 1847, a la edad de 97 años; Sir E. Sabine, muerto en 1880, tenía 94 años; De Mairan murió en 1773, de 93; otra mujer astrónomo, Mary

Somerville, alcanzó hasta 92. El italiano Santini y el inglés Sharpe murieron de edad de 91 años.

Luégo vienen cinco nonagenarios: a su cabeza Thales de Mileto, después Humboldt, Airy, Robinson y Long.

Entre los que han pasado de 80 años se cuentan: Rogerio Bacon, Newton, Herschell, Halley, que fue el primero en reconocer la periodicidad de los cometas; Olbers, Nasmyth, Bernonilli [T.], Bernonilli [J.], Schwabe, Brewster, Barlow, Wallis, Gautier, Biot, de Lisle, de La Hire, y muchos otros que en larga lista trae la *Revue Scientifique*.

Indudablemente, en el mundo no hay régimen higiénico superior a eso de estarse todo el año, en invierno como en verano, observando día y noche las estrellas.

Música sagrada

Un colega europeo dice:

"El papa León XIII se propone dirigirse próximamente a los obispos, dándoles instrucciones sobre la música sagrada. El Santo Padre estima, no sin razón, que la música de iglesia es demasiado sensual y teatral, y querría restituirla su antigua gravedad." Añade el colega que no contento con reprobar cierto género de música, el Pontífice juzga también que debe hacerse el proceso de ciertos instrumentos que le parecen demasiado profanos, particularmente el violín, al que desearía proscribir de la orquesta.

Otro diario que inserta la noticia, discurre así:

"Presentada en tales términos, la noticia es sorprendente. Una orquesta sin "cuerdas" es una fanfarria. A menos de admitir que Su Santidad considere la música militar como el acompañamiento natural de los cantos litúrgicos, será dudoso que se entienda su pensamiento. Es probable que la intención de León XIII, al proscribir la orquesta de la iglesia y recomendar el empleo exclusivo de los cantos sin acompañamiento ó simplemente sostenidos por los acordes del órgano, sea ayudar con su alta autoridad a la restauración de la música palestiniana y gregoriana, por la cual han trabajado con tanta asiduidad, M. Bordes en Francia, y Pedrelle en España."

El reposo del domingo

En Rumania acaba de votarse una ley que impone el descanso dominical a todos los habitantes, sin excepción alguna.

Sin embargo, con la aproximación de los fuertes calores, se ha observado que tal prescripción amenaza la salud pública. La ley, en efecto, obliga a los habitantes a procurarse la carne, el pescado y otros comestibles el sábado, para comer el domingo, en tanto que el termómetro marca de 35° a 40°. Se ha recurrido, por consiguiente, a un término medio y el ministro de Comercio acaba de invitar a la Cámara de comercio de Bukarest a exceptuar de la ley de descanso dominical a los matarifes y otros proveedores de comestibles.

S. M. Behanzin

Todo el mundo recuerda aquel desgraciado Monarca africano que, caído prisionero en poder del general Doods, fue condenado a confinamiento perpetuo en la Martinica, donde ha tres años que sólo se ocupa en fumar, quejándose continuamente de frío y de aburrimiento, a pesar de la temperatura de las playas antillanas y de la compañía que le hacen algunos compatriotas suyos, que comparten con el caído el duro pan que les propina la Administración colonial francesa.

El Monarca a quien me refiero no es otro sino el jefe de aquellos regimientos amazons, que muchos creyeron una fábula: Behanzin, Rey de Dahomey, según le llaman los franceses, por más que su verdadero nombre suene en castellano *Bejanzin*, hien marcadas *j, e, i*, según me manifestó el propio interesado, a quien tuve la honra de visitar ha poco más de un mes.

El mencionado Rey africano habita en las cercanías de Fort de France, patria de la Emperatriz Josefina, y a fin de visitarle tomamos en el muelle de dicha población un coche, que nos condujo por linda carretera que serpentea entre campos de un verdor espléndido y esmaltados de flores tropicales, hasta la cúspide de la montaña, donde hay una fortaleza, desde la cual se disfruta de un paisaje bellísimo y grandioso.

Al llegar al fuerte, denominado Tartensón, exhibida la correspondiente licencia, que con facilidad sumos nos expidió la comandancia de artillería de la plaza, entramos en aquella ciudadela, custodiada por un solo empleado civil, cuyo *pelaje* indicaba a todas luces muy poco sueldo y quizás menos importancia administrativa.

Recibidos con extremada cortesía por dicho sujeto, entabló conversación con nosotros en esa especie de castellano que se habla en el interior de la República Argentina, y nos repitió la historia del Rey prisionero, que todos recordamos.

A poco tiempo de estar así entretenidos se nos presentó repentinamente un negrazo de atlética figura, vestido solamente de cintura para abajo, con una faldamenta de percal oscuro, que recogía caprichosamente al andar. Ese personaje resultó ser un canciller destituido; verdugo mayor del reino dahomeyano y gran ministro de Estado de Behanzin. Y digo de Estado, cuando realmente debiera haber dicho de Ultratumba, atendiendo á la clase de funciones desempeñadas por tan siniestro y aventajado competidor de M. Deibler.

Largo rato estuvimos escuchando los lamentos de aquel secretario de S. M., lamentos que pudieran llenar un capítulo entero de novela muy interesante; mas cuando estábamos engolfados en la conversación, se nos anunció con toda solemnidad la salida de Behanzin, quien había estado acicalándose expresamente para recibirnos con todo el esplendor del que aún se cree señor de los vastos dominios africanos sometidos en no lejanos tiempos á su cetro omnipotente.

Con pasos de majestad digna de cualquier protagonista de opereta de Offenbach, salió al patio de la fortaleza Behanzin envuelto en amplísima túnica de raso de algodón morado, la que llevaba terciada con no poca gracia sobre el hombro derecho, después de dar con ella varias vueltas á aquella figura ligeramente encorvada por cincuenta y tantos años de vida borrascosa.

Calzaba el Monarca sandalias amarillas, ligeramente atadas, y cubría su voluminosa cabeza con una especie de tricorno de terciopelo negro, cuajado de flores bordadas con sedas multicolores.

Acompañaba á S. M. una de sus esposas, llamada Ta-Ta, negra, de formas abultadas, que parecía de ébano; de relucientes ojos, y luciendo unos brazos y escote que me recordaron cierto soneto muy ingenioso de Manuel del Palacio. Dicha señora, verdaderamente simpática, está altamente poseída de su real grandeza, por ser preferida de Behanzin, á quien perservaba de rayos solares con un quitasol de tres pesetas, mientras otra negra presentaba al Monarca de vez en cuando una vasija de cristal, que es donde el Monarca suele depositar su real saliva, según costumbre tradicional de su país.

Al llegar el Monarca cerca de nosotros separó de la boca la larga pipa en que venía fumando un de testable cigarro de cinco céntimos y, alargando su diestra huesuda con el afecto de un antiguo conocido, nos saludó con fuertes apretones de manos, preguntándonos por nuestra nacionalidad y si éramos amigos de los franceses.

El régio cautivo conversó con nosotros un buen rato, en el cual nos produjo cierta impresión mezcla de simpatía y lástima, por más que en ciertos momentos nos fue imposible ocultar la risa que nos causó su manera de ser, digna de un personaje de opereta bufa.

Es Behanzin alto y fornido, de rostro no muy feo, que adorna canosa barba, poco poblada; tiene semblante y modales muy dulces, y recuerda su conjunto algunos tipos que en el condado de Niebla llaman descendientes de Colón.

La dahomeyana que presentaba la vasija á que antes hube de aludir, es una Princesa en la que las viruelas acaban de hacer unos estragos espantosos, y á pesar de su juventud nos pareció horrorosa, aunque sí muy inteligente, según pudimos deducir de nuestra conversación, la que tuvimos que interrumpir por ser hora de regresar á nuestro vapor y estar muy próxima la hora de comer.

Al salir del fuerte nos acompañaron las reales personas hasta el coche, muy cerca del que nos despidieron todas con fuertes apretones de manos, excepto la Reina Ta-Ta, por prohibir tal intimidad la etiqueta que de tiempo inmemorial viene rigiendo en la corte de los Reyes de Dahomey.

Cuando regresábamos por el pintoresco camino de Tarsensón contemplando aquella exuberante vegetación bajo el ramaje de copudos árboles seculares, empezamos á recordar que un hijo de Behanzin es el primer alumno del Liceo de Saint-Pierre de Martinica, y se nos ocurrió pensar, que quizás algún día ese aprovechado muchacho, al frente de un regimiento de sus famosas amazonas, pueda decir á los sucesores del general Doods:

"Esto matará aquello."

ADOLFO SUNDHEIM.

MISCELANEA

Higiene

LOS BOSQUES

[Por Henri de Parville]

Desde hace mucho tiempo se ha convenido en que el aire de las selvas y de los bosques es excelente. Acaso es afirmar demasiado. Se aconseja á los enfermos ir á respirar el aire cargado de aromas de los grandes bosques de encinas, álamos, hayas, etc. ¿Hay razón para ello? Sí y nó.

Es incontestable que el aire de los campos es mejor que el de las ciudades. A menudo está cargado de ozono, y el aroma de las flores es un excitante para el sistema nervioso. Así, es bueno frecuentar el bosque en los días muy secos: entonces se respira aire saludable.

En los días muy calurosos, el bosque no es favorable á los enfermos: respirarían mal y fatigosamente, porque el suelo, cubierto de hojas muertas, absorbe gran cantidad de calorífico y el aire se encuentra aprisionado en la red formada por los grandes árboles y por las hojas, y por consiguiente, no se renueva. Así, todo el mundo puede haber observado cuanto calor hace entonces dentro de los bosques. En los sotos, lejos de las grandes avenidas, sobreviene la asfixia; y á la aproximación de la tempestad, ya la permanencia en esos lugares es intolerable, porque á los inconvenientes señalados se agrega la molestia de los insectos.

Pero todo cambia después de la lluvia, cuando el cielo ha quedado gris y el tiempo húmedo. El bosque es una tentación, en su silencio embalsamado. Convida á permanecer en él horas enteras. Guardaos bien de hacerlo! Es, precisamente, cuando ha llovido mucho que el bosque tiene mayor peligro. El aire está saturado de humedad, sobre todo, á la caída del día ó en la mañana y el bosque se convierte en un nido de constipados y de reumas. Toda persona débil debe alejarse de él. Los árboles nos juegan malas pasadas cuando están muy húmedos.

En general, puede decirse que cada hoja evapora próximamente su propio peso de agua. Y es ese vapor frío que rodea á los árboles el que debe evitarse. Se diría, al abrigarse en la tarde bajo uno de esos grandes árboles, que se penetra en un gabinete de ducha, ó en un baño privado de aire por ocho días. Se siente la humedad y á poco más se tiraría en pleno mes de julio. Es que el vapor de agua es un poderoso absorbente de calorífico y se lo toma al cuerpo mismo. Para darse cuenta de ello, penétrese en un bosque, una tarde cualquiera, al salir de la ciudad. Al principio se experimenta la impresión de un manto frío que os envolviese y cuya frigidéz va aumentando. Los que gozan de buena salud no corren grandes riesgos; pero los débiles, los artríticos, los reumáticos, adquieren cartillos cerebrales, resfriados, lumbagos, dolores neurálgicos, etc.

Es preciso, pues, precaverse de los bosques; sobre todo, en la tarde. Todo el aire, á 500 metros de una selva, está húmedo.

La proximidad de los bosques no es tan conveniente, como se ha creído, para algunos enfermos. Hay personas que no pueden permanecer, al café ó á la cena, bajo los árboles de un jardín sin contraer un romadizo: á poco comienzan á estornudar. Y decir que muchas madres de familia y muchas nodrizas buscan los lugares más tupidos de árboles para colocar allí á los niños durante el día y hacerlos jugar sobre la yerba fría y húmeda! La imprudencia es manifiesta.

Yo he visto jóvenes y adultos dormir bajo los árboles y sobre el césped horas enteras.

Es bueno llamar la atención hacia estos importantes detalles higiénicos. Hay bosques y bosques, es cierto; pero, en general, aconsejamos formalmente á los que padecen de afecciones artríticas, que no escojan habitaciones de verano muy cerca de árboles y en todo caso, no permanecer en un bosque después de que el sol se haya puesto ó después de las grandes lluvias.

La humedad será siempre el enemigo del hombre y los árboles producen humedad.

Causas de la antropofagia

¿Cuáles son las causas de la antropofagia?—Hé aquí la pregunta que ha tenido que hacerse el célebre egiptólogo inglés M. Flinders Petrie, á raíz de los descubrimientos realizados por él en Egipto y que examina en un curioso artículo publicado en la *Revue des Revues*.

Un documento encontrado en Deshashah, cerca del Cairo y que data de tres mil años antes de nuestra era, ha probado que el canibalismo era función ho-

norable entre los antiguos habitantes de aquel país. Canibalismo parcial, si puede decirse así; pues sólo eran comidos los brazos y las piernas.

Y la antropofagia, bien que más tarde condenada oficialmente, sobrevivió aun durante largo tiempo en Egipto. Evidentemente parece que al principio sólo era una manera de honrar á los muertos; y de ahí ha partido M. Petrie para estudiar la psicología de los antropófagos.

Si se clasifican los motivos del canibalismo, puede hacerse un curioso catálogo que modificaría seguramente nuestros preconceptos de hombres civilizados. Se ha encontrado que los que se comen á los muertos para honrarlos, para probarles su afecto y para asegurarles, en fin, la dicha en otra vida, están en una proporción de 20 p. Se tales son los habitantes del Thibet, que consideraban que comerse á sus padres era hacerles los funerales más honrosos; ó los salvajes australianos y los de la América del Sud. Estos dicen solemnemente: "es mejor concluir en el vientre de un amigo, que ser tragado por la tierra fría." Los ostiaks y los samoyedos piensan que los ancianos tendrán una vida futura más dulce y más feliz, si se les devora de antemano. En la antigüedad, los Masagetas preferían "comerse á sus padres y amigos antes que abandonarlos á los gusanos." Estos diversos procedimientos constituyen lo que pudiera llamarse el canibalismo altruista.

Hay otro que prueba sentimientos más egoístas, pero no son inspirados, sin embargo, por un grosero materialismo. Así 19 p. de los antropófagos se comen á los grandes guerreros para apropiarse su valor, y á los niños muertos para asegurarse su juventud. Un 10 p. se comen al prójimo por motivos religiosos, bien en ceremonias de iniciación ó bien para tributar un homenaje á los dioses. Un 5 p. lo hacen por odio al enemigo, lo que siempre revela una causa sentimental. Los que devoran carne humana por necesidad ó por hambre pueden calcularse en un 18 p. Los 24 p. restantes obran del mismo modo, porque sus semejantes les parecen más apetitosos que cualquiera otra materia alimenticia. Así hacían los antepasados de los ingleses actuales.

En resumen, 46 p. de los caníbales comen hombres por comer, lo que ciertamente no es muy loable; pero 54 p. los comen por razones morales, que nuestros prejuicios inveterados pueden impedirnos admitir, pero no hacernos desconocer, en declarada injusticia, su sinceridad y relativa elevación.

La densidad de la tierra

La determinación de la densidad media de nuestro globo ha sido hecha por numerosos físicos, en el curso de este siglo. En 1778 fue fijada por Cavendish en 5,48; Basly, en 1842, encontró en la cifra de 5,66; y Cornu y Baille, en 1873, la fijaron en 5,56.

Todas estas medidas se hicieron con ayuda de la balanza de torsión.

Empleando un método distinto, imaginado y aplicado la primera vez por Joly, Richarz y Otto Krigar-Menzel, se ha encontrado la cifra de 5,505; esto es, que si la tierra estuviese formada de una sustancia homogénea, un decímetro cúbico de esta sustancia pesaría, en la superficie del globo, 5 kilos y 505 gramos, más de 5½ veces el peso del agua.

Esta cifra se aproxima á la encontrada por Cavendish.

El método seguido por los autores consiste, esencialmente: en el empleo de una balanza provista de cada lado de dos platillos superpuestos, separados por una distancia vertical de varios metros; y en la pesada sucesiva de un mismo cuerpo, en el platillo superior y en el inferior.

De la diferencia de pesos obtenidos, esto es, de la diferencia de atracción, puede deducirse fácilmente la densidad de la masa terrestre.

Las lluvias de azufre

La posibilidad de las lluvias de azufre debe colocarse entre las numerosas fábulas engendradas por la ignorancia de las leyes meteorológicas; y si en rigor está admitido que el azufre proveniente de las erupciones volcánicas, puede ser trasportado á grandes distancias, lo cierto es que las lluvias amarillas, cuya existencia no podría negarse, se deben á causas bien diferentes á las hasta ahora atribuidas.

Parece que el fenómeno de las lluvias de azufre es muy frecuente en Bordeaux, en donde se le observa cada año, por abril y mayo, cuando reinan vientos del oeste. Cae en esa época una lluvia fina, que cubre los objetos con un polvo amarillo, impalpable y sin olor.

M. Maye ha recogido este año muestras de ese polvo, lo ha examinado al microscopio y ha reconocido que lo forman granos de polen. Bordeaux



está rodeada, al sur y al oeste, por vastas selvas de pinos y no es dudoso que tales selvas sean el origen de esas lluvias amarillas, que se producen precisamente en la época de la floración de los pinos.

Pero el punto interesante en estas pretendidas lluvias de azufre, es que demuestran la existencia de corrientes ascendentes que habían negado ciertos meteorologistas.

El sol en los dominios de Albión

El sol ha brillado sobre Inglaterra de una manera casi continua durante el mes último. La oficina central meteorológica informa solemnemente á las poblaciones inglesas que jamás se vio en el Reino Unido días tan resplandecientes. A excepción del mar de Irlanda, que no ha excedido en mucho la cifra de sus horas de sol, el resto de la Gran Bretaña ha gozado de un exceso de luz poco habitual. Durante siete días la Escocia oriental ha contado sesenta y ocho horas de sol; la Escocia del Norte, 86; la Inglaterra del Nordeste, 70; la Escocia occidental, 90; la Irlanda meridional, 87; la Irlanda septentrional, 93; la Inglaterra del Nordeste 70; la Inglaterra meridional, 78; la Inglaterra del Sudoeste y del Este, 81; la Inglaterra del Noroeste, 93. Londres ha visto el sol durante 79 horas en Westminster y 82 en Greensvich. La Escocia oriental ha excedido su media en 28 horas: la del Norte, en 50 horas; la Irlanda del Norte, en 62; la Inglaterra del Noroeste, en 53; estas regiones han tenido por día entre 6 y 7 horas del sol más que su cantidad normal. Ha habido lugares en que el sol ha brillado durante 15 horas consecutivas.

Los microbios de la tinta

A primera vista no parecería que la tinta fuese un caldo de cultura favorable á los microbios. Sin embargo, se sabe que no deja de haber peligro en herirse con la pluma, y que los accidentes que de ello pudan resultar se deben en muy poco á la acción tóxica de los productos químicos que entran en la composición de la tinta.

En realidad, la tinta contiene multitud de microbios, sobre todo, cuando ha envejecido al contacto del aire. Un bacteriólogo de Leipzig, M. Marpmann, ha sometido á examen 67 muestras de tintas empleadas en las escuelas y el mayor número de ellas contenía gran cantidad de bacterias que no eran del todo inofensivas. Entre ellos se encontró uno que, ingerido á una rata, determinó en el animal una enfermedad rápidamente mortal.

Conclusiones prácticas: no dejar los tinteros abiertos y expuestos al polvo, que puede conducir fácilmente los microbios propios para reproducirse en el líquido; no herirse con la pluma; menos aún, humedecerla con la lengua antes de servirse de ella, como acontece en muchas escuelas en donde se ha permitido este mal hábito á los alumnos.

Las cometas y la previsión del tiempo

La Oficina de Meteorología de los Estados Unidos acaba de hacer experimentos con cometas flotando á alturas comprendidas entre 1.600 y 3.000 metros y cree poder afirmar que el uso de estos aparatos permite prever el tiempo de una manera más exacta y á lo menos 16 horas antes que con los métodos actuales.

Sería probable, en efecto, que los saltos de viento se produjesen á esas alturas, de 12 á 16 horas antes que el cambio de la dirección se manifestase en la superficie del suelo.

La Oficina ha continuado sus experimentos y espera poder llegar á establecer una carta telegráfica basada en las condiciones de la atmósfera á 1.000 metros sobre el nivel del suelo.

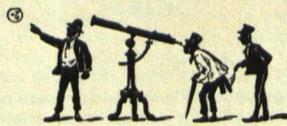
Esta carta comprenderá toda la región situada entre las Montañas Rocallosas y los Montes Alleghany.

Monstruoso puente giratorio en Chicago

Se trata de construir en Chicago un puente giratorio que no tendrá menos de 120 metros de largo, por 35 de ancho, y que dé paso á ocho vías férreas.



HOJAS DEL CALENDARIO



Martes

10

AGOSTO

.....hasta que al fin exánime, desesperado ya de encontrar materia que en tan estéril é infecundo día fijara dignamente vuestra atención, lector amigo, arrojé la pluma con ira y me lancé á la calle, al gran charco, á pesca de sucesos accesibles á esta torpe pluma.

Y qué?... Vaivén de gente; diálogos callejeros oídos de paso y á trozos en el movimiento incesante de la multitud que pasa; aquí el grito del que vende al pregón; más allá los lejanos acentos de una acalorada discusión electoral; luego una pareja municipal que arrastra á empellones á un ferviente adorador de Baco á quien sorprendió la aurora tendido á todo largo en el umbral de piedra de un portón, y mucho coche y mucho ruido y mucho fango en las calles desempedradas..... Y en vano me esforzaba yo en esprimir de toda aquella masa heterogénea, inarmónica, esencialmente humana una gota siquiera de utilidad social, de provechosa enseñanza en qué mojar la humilde pluma.....

No lo intentes, díjome Andrés, á quien hice partícipe de mis apuros; no lo intentes:

—Eso, que tú sólo refieres á nosotros, hazlo extensivo al mundo entero: en los actuales momentos, la nota seria, sentimental, transcendente no gusta, no tiene hoy prosélitos; la tendencia literaria que quiera hoy realizarse con éxito en el teatro, en el libro, en el periódico, debe antes que todo hacer reír ó por lo menos.....

—Comprendo lo que me dices, el humorismo está á la orden del día, es la última palabra.....

Y renuncié á mi inútil empeño, y me volví á casa, sin lograr lo que deseaba y con el ruido de mis pantalones un tanto salpicados de fango: todo lo cual me hizo exclamar con el refrán: "Martes, ni te cases, ni te embarques, ni de tu casa te apartes."

*

Miércoles

11

AGOSTO

La "Academia de Bellas Artes," como lo han hecho todos nuestros planteles educacionistas, rindió brillantemente sus exámenes, que fueron clausurados por el Ministro de Instrucción Pública que presidía el acto, con el examen de canto en el Conservatorio de Música fundado por el Gobierno en aquel Instituto.

El acto de clausura revistió el aspecto de una hermosa fiesta del arte, bella como todas las de su índole, en que sólo basta dar expansión á los sentimientos que él encarna para llegar á la realización de la belleza.

Entre los números de canto que amenizaron la fiesta fue calurosamente aplaudida, hasta merecer los honores de la repetición, la plegaria de la ópera *Moisés*, cantada en coro por todas las alumnas del plantel.

Si estrecho era el local para la numerosa concurrencia que allí se reunió, no fue ello obstáculo para amenguar en lo más mínimo el brillo de la fiesta.

Felicitemos al Director y Profesores de ese Instituto por el feliz coronamiento de sus esfuerzos.

Anotemos hoy una efeméride gloriosa de la América del Sur, la constitución de la República de Bolivia.

La campaña homérica del Libertador en Guayaquil había salvado la independencia amenazada en el Perú.

Destrozado Canterac en Junín, el ejército español hace un supremo esfuerzo, concentra sus tropas, y espera á Sucre en Ayacucho; y el 9 de diciembre de 1824 enfréntanse ambos ejércitos, triunfa Sucre, apodérase del Cuzco y asegura así definitivamente la independencia de la América del Sur.

Bolívar en tanto presenta su dimisión al Congreso de Venezuela y penetra en Lima á fines de 1824, convoca al Congreso del Perú para el año siguiente con el objeto de resignar sus poderes ante ese Cuerpo, que no acepta dicha resignación, antes bien confierele amplias facultades y después de proclamada el 6 de agosto de 1825 la independencia del Perú, constitúyese en República el 11 del mismo mes con el nombre de Bolivia, "confiando el poder ejecutivo al Libertador y el mando inmediato de los departamentos á Sucre."

Cuenta, pues, hoy la República de Bolivia setenta y dos años de haberse constituido en entidad libre.

*

Jueves

12

AGOSTO

Por noble y meritoria iniciativa del Dr. Odoardo León Ponte, Director de *El Pregonero*, hase creado una benéfica institución: "La Asistencia Pública," llamada á llevar consuelo y pan á los afligidos y menesterosos.

Para crearse de los fondos necesarios á la noble misión que se ha impuesto, se formará el "Gran Bazar Benéfico" formado con los donativos que del Comercio de Caracas recolecten las personas designadas al efecto, por la Junta Directiva de esta Institución.

Todo aplauso que se prodigue á tan benéficos intentos resulta pobre ante la grandeza y mérito de sus iniciadores y de sus colaboradores, que necesariamente habrán de ser todos los habitantes de Venezuela.

El 28 de octubre próximo es el día señalado para la inauguración del Bazar que será la primera piedra colocada en este noble edificio de la caridad.

La idea ha tenido la acogida que era de esperarse, y las distinguidas damas de nuestra culta sociedad que han favorecido con su entusiasmo la noble idea, aquilatan así con un mérito más el tesoro inapreciable de sus virtudes y de sus encantos.

Tribuamos nuestro aplauso á tan humanitarios impulsos, á la vez que ofrecemos llenos de satisfacción nuestro contingente á tan benéfica propaganda.

Viva todavía en nuestra memoria la catástrofe de la calle Jean Goujon, sugestión nuestro espíritu en la ocasión presente hasta hacer votos porque ningún contratiempo interrumpa el desarrollo de la generosa idea y que en el seno de ese Bazar benéfico no dé nuestro sexo feo motivo alguno que dé margen á lo que el escritor Nordau apellida "Bancarrotta de la galantería."

*

Viernes

13

AGOSTO

—Todavía en el siglo de las Luces, hay quien tema y asegure que el martes es día agorero y el 13 cifra fatal, precursora de catástrofes y desgracias de todo género.

Si hoy, por ejemplo, á una mesa se sentasen trece personas, y todas fueran ladrones (las que no sería muy fácil reunir) lo probable es

que pasaran un susto, pues reza hoy el calendario á San Hipólito, terror de los rateros, de los vagos, ociosos y mal entretenidos. Santo éste que se ha hecho respetable y á quien es preciso alumbrar con devoción.

*

Sábado

14

AGOSTO

Buen susto nos llevamos los fumadores con el aumento de precio que por instantes sufrió el artículo. No nos llegaba la camisa al cuerpo, porque somos de los consumidores más contumaces, por supuesto, favoreciendo las industrias

nacionales.

Se habló muy seriamente de que el pobre consumidor, que es siempre el pagano, le costaría, como en felices y pasados tiempos, treinta céntimos de bolívar la cajilla de cigarrillos; pero afortunadamente fue transitoria la triste realidad de esa amenaza; y lo único que nos escatima el vendedor es la cajilla de fósforos que á guisa de dadivosa fiapa venía á complementar felicemente la inflexible tiranía del despótico vicio.

*

Domingo

15

AGOSTO

Diferida por motivos que ignoramos la recepción que el primer sábado de cada mes acostumbra dar el Club Unión, verificóse al fin con toda brillantez:

—Cuándo, Cloto?

—Anoche, señor Cronista y colega. Y nos parece

un procedimiento perfectamente lógico esperar que el hecho se haya verificado para dar cuenta de él á nuestros lectores. Sólo que usted, apreciable cronista, quisiera tenernos en vigilia, inclinado, con la pluma en la mano, sobre las cuartillas, esperando la última nota, del último acorde, del valse postrero para registrar la fiesta. Y ni aun así, apreciable colega, porque esas recepciones ó bailes terminan regularmente cuando ya ha comenzado el nuevo día, entrando así en la jurisdicción de él parte del hecho de que se va á hacer mención.

—Y no cree usted que podría haber anotado en esta hoja de su calendario algo de más sustancia que ese baile del Club Unión?

—Podría suceder. Pero si se refiere usted á la llegada de algún nuevo candidato, recibido en hombros por sus amigos, le diremos, que esas noticias las dejamos nosotros para los periódicos políticos. Y santas paces, apreciable colega.

*

Lunes

16

AGOSTO

Las imposiciones de la gratitud, revisten en la conciencia de los hombres honrados, todas las preces de la justicia y del deber.

Háse efectuado en Caracas una modesta y hermosa fiesta, cuya índole sana y levantada, fue puesta en relieve por el más conspicuo de nuestros oradores, don Marco—Antonio Saluzzo.

Se trataba de solemnizar, con un acto de justicia, los importantes servicios prestados por el señor Isaac J. Pardo á la Institución "Caja de Ahorros de Caracas."

El acto estuvo de acuerdo con la índole que lo inspiraba. El retrato del estimable señor Pardo fue colocado en la Oficina del Instituto que tantos servicios recibió de ese hombre de bien.

Terminado el simpático acto la concurrencia fue galantemente obsequiada por la Junta Directiva.

*

Martes

17

AGOSTO

EL COJO ILUSTRADO, cecoso siempre del brillo de las letras patrias, abre un Certamen Literario para el 1º de enero próximo, en el cual tienen cabida todos los ingenios nacionales.

Propende siempre esta Revista, conceptuada por

todos como una de las más importantes de Sur América, á estimular por cuantos medios son posibles el espíritu literario de los venezolanos; y abre hoy ese palenque de las letras donde en gallarda lid entrarán á disputarse el merecido premio todos cuantos rindan homenaje á la literatura en Venezuela.

El Jurado nombrado para valorar el mérito de las composiciones presentadas, es muy respetable y digno de la mayor confianza de los concurrentes.

En efecto, en él tienen cabal y digna representación, la generación literaria que declina "cargada de merecimientos" y la juventud que se levanta persiguiendo con ahínco y cargada ya de triunfos, sus propios ideales.

Hé aquí una nueva y hermosa página de EL COJO ILUSTRADO, que conmemorará de manera digna é impercedera el séptimo aniversario de su existencia.

*

Miércoles

18

AGOSTO

La sociedad de Caracas lamenta actualmente la pérdida de dos honorables miembros, que la muerte implacable acaba de arrebatarse de su seno, sumiendo en hondo duelo é inconsolable dolor dos hogares dignos y honorables.

El señor Carlos Meoz, como si la ausencia de la esposa amada no diera treguas á su vivir, ha bajado á la tumba sobreviviendo apenas brevísimos días á la inseparable compañera de su vida. Y el doctor Eduardo Espelozín, en hora suprema de angustia para los suyos, dejó también la vida para renacer en la inmortalidad.

Que el recuerdo de esas virtuosas vidas temple en el seno de los suyos la eterna ausencia de tan caros afectos y que las evangélicas resignaciones consuelen con bálsamo divino el acerbo dolor de tan crueles separaciones.

*

Jueves

19

AGOSTO

Los ánimos se exaltan; la fiebre política sube de punto en el termómetro social, y apenas hay tiempo y vagar para asuntos que no sean de esa índole.

Acusa á diario la prensa incidentes desgraciados, desaguisos, riñas, muertes nacidas al calor de las políticas exaltaciones, sembrando duelos, conturbando los ánimos y sirviendo de pernicioso ejemplo que cunde y se propaga; pues como dijo el poeta

".....al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo."

*

Viernes

20

AGOSTO

Profunda sensación ha producido en los interesados la quiebra inesperada de la "Massachusetts Benefit Life Association de Boston," noticia transmitida de New York por órgano fidedigno. Lamentamos el infansto suceso, su-

ficientemente capaz de producir general escarmiento en todos los ánimos; y hacemos votos porque algo salven los asegurados de lo que puedan perder.

*

Sábado

21

AGOSTO

Desviemos un tanto la mente de tanto desagradable asunto y seamos un poco más ligeros; un si es no es menos adustos y más amables, como por fuerza habremos de parecerlo ocupándonos de nuestras bellas y discretas lectoras.

La estación ardiente, tórrida, sólo os permite, lectora amiga, llevar trajes muy ligeros, que no por eso dejarán de ser elegantes y aun lujosos. La tela de batista lisa, ó con calados, ó pintas de flores, palmas ó arabescos es muy sencilla y ligera, á la vez que muy rica y costosa.

Usanse con estas telas adornos de muselina de seda, ruchas, ecajes ó cintas, y sobre fondos de tafetán ú otra seda, resulta un conjunto lleno de gracia.

Hé aquí un elegante modelo, que aun profanos como somos al arte de la femenina indumentaria, nos aventuramos á proponeros:

Traje de batista amarillo paja sobre fondo de seda verde nilo. Chal—corpiño adornado con pinturas y bordados. Cinturón abotonado con hebilla de abigarrados esmaltes, y como complemento del traje, toca de fantasía de paja verde, con golilla de tul en derredor y airón de plumas á la izquierda.

Hay en las sombrillas gran diversidad de gustos y formas. Son algunas gigantescas flores formadas con gasas y plegados de muselina de seda.

*

Domingo

22

AGOSTO

Día luminoso y tórrido; el diáfano ambiente de la mañana tibia no propaga ni un eco; apenas en sus ondas repercuten tenuemente las voces distintas de las campanas vibrantes. En el cielo puro y casi blanco apenas sutiles giros de neblinas leves cruzan de oriente á ocaso, como visiones de poetas, débilmente impulsadas por brisas tenues, imperceptibles que no difunden aromas en el valle extenso y quebrado donde vive la ciudad de las casas bajas, de los techos rojos y de las paredes amarillas. Con los áridos nopales y el turbante musulmita diríase un paisaje de Bagdad.....

A lo largo de las calles desiertas y angostas grupos de mujeres vestidas de gala corren precipitadas en pos del último toque de la campana alegre; y grupos de cuervos negros se agolpan á la puerta del templo y estrechan el desfile de la hermosa bandada de palomas tímidas que llamó el campanario.....

Ni el rodar estridente de los carros, ni el vaivén del trabajo, puebla con sus ecos el silencio de las calles polvorientas.....

A la tarde llamadas de luz roja que ofenden los ojos, inundan la ciudad; la mole inmensa de la montaña próxima, parece que se acerca hacia nosotros y nos amenaza con su enorme pesadumbre; no hay tonos azules sino intensamente rojos; la sombra de la torre abrupta y pesada se proyecta á enorme distancia y todo cuanto vemos está envuelto en una nube impalpable y temblorosa de átomos rojizos y dorados palpantes.....

*

Lunes

23

AGOSTO

Después de su ausencia de la patria, de donde importantes misiones diplomáticas lo alejaron, ha regresado al seno de ella y de los suyos nuestro estimado amigo el General Jacinto R. Pachano, en unión de su hijo Jacinto. Nos con-

gratulanos por su feliz arribo á las playas de la patria, deseándole salud y prosperidad en su seno.

Cincuenta y dos años se cumplen hoy de la muerte del General Urdaneta, acaecida en París en fecha análoga del año 1845, en momentos en que autorizado por su gobierno contrataba allí un empréstito destinado á la abolición de la esclavitud en Venezuela. Sorprendió la muerte al ilustre patricio en el momento de coronar con ese nuevo lauro la causa liberal y gloriosa de la independencia de Venezuela.

Martes

24

AGOSTO

asesinando, bajo la ceguedad del fanatismo religioso á todos los protestantes. Allí perecieron los más brillantes y leales capitanes de Francia y de la Reforma.

Entre las víctimas más notables se citan á Ramus y al almirante Coligny; y refiérese que el mismo rey desde una de las ventanas del Louvre presenciaba tranquilo y satisfecho aquella horrible matanza.

Jueves

26

AGOSTO

los acordes de la música de la Garde que tocaba "La Marsellesa."

En el salón Luis XV del palacio "La Ferme" recibieron á Mr. Faure el Emperador y la Emperatriz, graciosamente ataviada ésta con traje gris perla y haciendo agradable mención del placer experimentado en su visita última á París.

Esta brillante acogida hecha al Presidente Faure hace esperar que irán acentuándose cada día más las cordiales relaciones entre Rusia y Francia.

CLOTO.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasiticida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones lenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el bochorno, grietas, barros y hasta las manchas de pecas, empleese para la toilette de todos los días, la **CREMA SIMON, Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 33, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

La Emulsión de Scott da al organismo elementos preciosos de reparación. Así lo reconoce el distinguido doctor Ordoñez, cuyo testimonio reproducimos á continuación.

Don José Ordoñez y Gómez, Médico Cirujano de la Facultad de Madrid.

Certifico: Que en los ya muchos años que he venido dedicado á la práctica de la profesión médica, he usado con frecuencia la Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, preparada por los señores Scott y Bowne, quedando satisfecho de sus resultados, por ser preparada que *enmascara el desagradable sabor del aceite de hígado de bacalao*, haciéndolo tolerable al estómago, y siendo al propio tiempo asimilable, dando *elementos preciosos de reparación al organismo*.

Y era que conste donde convenga expido la presente certificación en San Juan de Puerto Rico, á 2 de Mayo de 1894.

JOSÉ ORDOÑEZ.

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.

(DE VAN BUSKIRK)

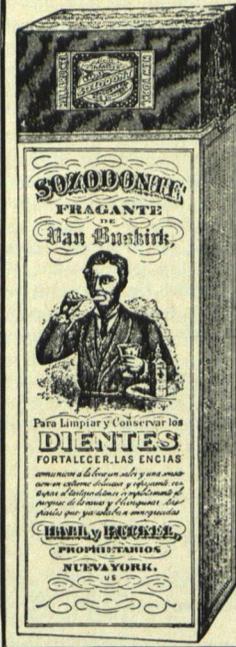
Es el dentrífico favorito del público de todo América así como también de todo Europa, desde el año de 1859. Es la preparación mas antigua del nuevo mundo.

La célebre actriz Sahara Bernhardt dice del **Sozodonte** que "es el único dentrífico de reputación universal."

El **Sozodonte** preserva la dentadura de su decaimiento, endurece las encias y perfuma el aliento, dándole el olor mas delicioso que ninguna otra preparación puede conceder.

El **Sozodonte** se vende en todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias. Se manda por correo un libro diciendos la manera de cuidar vuestra dentadura y una pastilla de **Jabon Sozoderma** de muestra á quien la pida dirigiendose á los propietarios

HALL & RUCKEL,
215 Washington St., New York, EE. UU. de A.



Esta es la figura exacta del paquete segun se vende.

LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

Son un TÓNICO para el cutis.
Son MEDICINALES.
El Borato es SALUDABLE.
El Azufre es PURIFICADOR.
Curan todas las ERUPCIONES.
Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Los mas blancos de todos los Polvos.
Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" portee pagado.
Preparados por el Eminentísimo Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Mouclair, N. J., EE. UU.

Deliciosamente perfumados.

15 L.

FABRICA DE CIGARRILLOS "EL COJO"

Lienzo, pinturas, pinceles, & c.

PARA LOS ARTISTAS

A LA VENTA EN EL COJO